# La Hija del Corsario Negro

EMILIO SALGARI



# Annotation

Después de que su padre, el temible Corsario Negro, pereciera, Yolanda, su hija, se vuelve al Caribe para tomar posesión de la herencia del padre, pero el pérfido gobernador de Maracaibo, la hace secuestrar con la intención de forzarla a que renuncie en su favor. Morgan y los filibusteros, orgullosos de servir la hija del más gran pirata de todos los tiempos, ayudarán a Yolanda.

---



---

# EMILIO SALGARI

# LA HIJA DEL CORSARIO NEGRO

# CAPÍTULO PRIMERO

## *LA TABERNA DEL TORO*

Aquella noche, contra lo acostumbrado, la taberna del Toro hervía de gente, como si algún importante acontecimiento hubiese acaecido o estuviera próximo a ocurrir.

Aunque no era de las mejores de Maracaibo y solía estar concurrida por marineros, obreros del puerto, mestizos e indios caribes, abundaban, la noche de que hablamos-cosa insólita—, personas pertenecientes a la mejor sociedad de aquella rica e importante colonia española: grandes plantadores, propietarios de refinerías de azúcar, armadores de barcos, oficiales de la guarnición, y hasta algunos miembros del Gobierno.

La sala, bastante grande, de ahumados muros y amplios ventanales, mal iluminada por las incómodas y humeantes lámparas usadas al final del siglo décimosexto, no estaba llena.

Nadie bebía y las mesitas adosadas a la pared estaban desiertas.

En cambio, la gran mesa central, de más de diez metros de largo, estaba rodeada por una cuádruple fila de personas que parecían presa de vivísima agitación, y que hacían apuestas que hubieran maravillado hasta a un moderno americano de los Estados de la Unión.

—¡Veinte piastras por Zambo!

—¡Treinta por Valiente!

—¡Valiente recibirá tal espolonazo, que caerá al primer golpe!

—¡Será Zambo quien caiga!...

—¡Veinticinco piastras por Valiente!

—¡Cincuenta por Zambo!

—¿Y vos, don Rafael?

—Yo apostaré por Plata, que es el más robusto de todos y ganará la victoria final.

—¡Canario! ¡Ese Plata es un poltrón!

—Como queráis, don Alonso; pero yo espero su turno.

—¡Basta!

—¡Adelante los combatientes!

—¡No va más!

Un toque de campana anunció que habían terminado las apuestas.

A los ensordecedores clamores de antes sucedió un silencio tal, que se hubiera

podido oír volar una mosca.

Dos hombres habían entrado en la sala por distintas puertas y se habían colocado en los dos extremos de la mesa.

Llevaban entre los brazos dos robustos gallos: el uno, todo negro, con plumas de reflejos azulados y dorados; el otro, rojo y con estrías blancas y negras.

Eran dos careadores, o sea criadores de gallos de pelea, profesión aun hoy día muy lucrativa y apreciada en las antiguas colonias españolas de la América meridional.

En aquella época, la pasión por ese bárbaro deporte alcanzaba los límites del fanatismo, y puede decirse que no pasaba un día sin que hubiera riña de gallos.

Como en los pugilatos ingleses, se usaba la esponja mojada en aguardiente para galvanizar a los combatientes, y las balanzas para pesarlos, y no faltaban hasta jueces de campo, cuyos juicios eran inapelables.

Se apostaba con furor, con verdadero frenesí, cruzándose a veces quinientas y hasta mil piastras, y los combatientes estaban reglamentados en evitación de cualquier fraude.

La educación de los gallos de pelea exigía cuidados exquisitos, tantos como la de los bulldogs destinados a luchar con toros, si no más, y se les acostumbraba a la pelea, desde pequeños. Se les daba una comida especial, compuesta en mayor parte de trigo turco, tasando el número de granos suministrados en cada comida; y para fortalecer los espolones e impedir que se rozasen o rompiesen, se les protegía con vainas de cuero forradas de lana.

Al aparecer los dos gallos prorrumpieron en un entusiástico ¡viva! los espectadores.

—¡Bravo, Zambo!

—¡Fuerza, Valiente!

El juez de campo, un grueso refinador de azúcar que debía de conocer las complicadas reglas de aquel duelo, pesó minuciosamente a los dos volátiles, midió sus alas y el largo de sus espolones para igualar las condiciones del combate, y, por fin, con voz fuerte declaró que la igualdad era perfecta y que todo iba bien.

Los dos gallos fueron dejados en libertad y colocados en los dos extremos de la mesa. Como ya hemos dicho, eran ambos magníficos y de raza andaluza, la mejor y la más pendenciera. Zambo era unas pulgadas más alto que su adversario y tenía el pico robusto y algo arqueado, como el de los halcones. Valiente parecía más fuerte, más recio, con las patas más gruesas y los espolones más largos, pero su pico era más corto y más estrecho; en la cabeza ostentaba una preciosa cresta de color rojo violáceo, y sus ojos eran más brillantes y provocativos.

Apenas en libertad los dos gallos, se irguieron todo lo posible, batieron las alas, ahuecaron las plumas del cuello y lanzaron casi simultáneamente su grito de guerra y de desafío.

—¡Asistiremos a una bonita riña! —dijo un oficial de la guarnición.

—Yo creo que durará poco y que la victoria se decidirá por Plata —dijo don Rafael—. Habéis hecho mal en apostar ahora.

Iban acometerse los dos gallos con la cabeza baja, casi rasando la superficie de la mesa, cuando cierto ruido de pasos y arrastrar de espadones los hizo detenerse.

—¿Quién turba la riña? —preguntó el juez de campo con rabia.

Todos se habían vuelto frunciendo el ceño y renegando.

Dos hombres habían entrado en la taberna abriendo ruidosamente la puerta, sin imaginar que estorbaban a aquellas buenas gentes, y menos a dos gallos de pelea.

Eran dos tipos de bravucones o de aventureros, personajes que entonces eran muy frecuentes en las colonias españolas y transatlánticas, y con aspecto de facinerosos. Llevaban deslucidos trajes, sombreros de fieltro de amplias alas con plumas de avestruz, casi sin barbas, altas botas de cuero amarillo y gran campana, y, apoyaban altivamente la siniestra mano en ciertos espadones que debían de producir escalofríos a más de un tranquilo burgués de Maracaibo.

El uno era de estatura muy alta, facciones angulosas y cabellos de color rubio rojizo; el otro, por el contrario, era bajo y membrudo y lucía una barba negra e hirsuta.

Ambos tenían la piel curtida y bronceada; bien por el sol o acaso por los vientos y el mar.

Oyendo a los espectadores murmurar y viéndose blanco de tantas coléricas miradas, los dos aventureros alzaron los espadones, se acercaron de puntillas a una mesita situada en el ángulo más obscuro, y pidieron al mozo que acudió a servirles un frasco de Alicante.

—¡Mucha gente hay aquí! —dijo el más bajo a media voz.

—Acaso encontraremos en esta taberna cuanto nos interesa.

—¡Sé prudente, Carmaux!

—¡No temas, hamburgués! Si tú tienes interés en conservar el pellejo, yo también.

—¡Magnífico espectáculo! ¡Una riña de gallos! ¡Ya hacía mucho tiempo que no veía ninguna!

—¡Los nuestros tienen que hacer otras cosas que educar gallos!

—¡Prefieren desplumar a quienes los crían! —dijo sonriendo el que se llamaba Carmaux—. Es más cómodo y más productivo.

—Sería preciso hablar con alguno de los espectadores.

—Con tal que no sea un oficial...

—Buscaré un burgués, Van Stiller —dijo Carmaux—. Al capitán le importa poco con tal que sea de Maracaibo.

—Mira aquel hombre panzudo que parece un rico plantador o refinador de azúcares.

—¿Sabrá algo ese hombre?

—Todos los grandes plantadores y comerciantes están en relación con el gobernador. Y, además, ¿quién no recuerda aquí al Corsario Negro? ¡Las hemos hecho

buenas con aquel valiente gentilhombre!

Carmaux lanzó un fuerte suspiro y con el dorso de la mano se secó una lágrima, añadiendo con voz conmovida.

—¡Maldita guerra! ¡Si en vez de volver a su Piamonte se hubiera quedado aquí, acaso estaría vivo!

—¡Calla, Carmaux! —dijo el hamburgués—. ¡Me entristeces demasiado!

—¡Me parece imposible que haya muerto! ¿Y si el capitán Morgan hubiera sido mal informado?

—Lo ha sabido por un compatriota del Corsario Negro que asistió a su muerte.

—¿Dónde le mataron?

—En los Alpes, mientras combatía valerosamente contra los franceses, que amenazaban invadir el Piamonte.

Pero se dice que aquel héroe buscaba la muerte.

—¿Por qué, Carmaux, nada me has dicho hasta ahora?

—Porque no lo supe hasta ayer, que me lo dijo el señor Morgan.

—¿Qué motivo le obligaba a jugarse locamente la vida? —preguntó el hamburgués.

—El dolor de haber perdido a su mujer, la duquesa de Wan Guld, muerta al dar a luz a la niña.

—¡Pobre señor de Ventimiglia! ¡Tan valiente! ¡Tan leal! ¡Tan generoso! ¡Vendrán otros filibusteros; pero como él, ninguno!

Una estruendosa gritería los hizo ponerse en pie. Los espectadores que circundaban la mesa parecían poseídos de un verdadero frenesí.

Unos exclamaban, otros imprecaban; todos se agitaban estremecidos.

Después de vaciar de un trago los vasos, Carmaux y el hamburgués se acercaron a los espectadores, colocándose detrás del plantador gordo, que era el señor Rafael, el que reservaba sus apuestas para Plata.

Los dos gallos se habían atacado con furor, y Zambo había recibido un espolonazo en la cabeza, perdiendo parte de la cresta y un ojo.

—¡Buen golpe! —murmuró Carmaux, que parecía ser entendido.

El careador se apoderó del vencido y le bañó las heridas en aguardiente para detener por algunos instantes la sangre.

Valiente, orgulloso por la victoria alcanzada, cantaba a grito pelado, pavoneándose y batiendo las alas.

La lucha, sin embargo, sólo acababa de empezar, porque Zambo aún no podía considerarse fuera de combate.

Así, a pesar de estar tuerto, podía disputar largamente la victoria, y hasta lograr arrancársela a su adversario.

Mientras el careador trataba de vigorizarle, los espectadores redoblaban las apuestas.

Se comprenderá que el favorito era Valiente, que tan alta prueba de su valía había dado.

Hasta don Rafael se había dejado tentar.

Después de una breve vacilación había gritado:

—¡Quinientas piastras por Valiente! ¿Quién las lleva en contra? ¿Quién?

Un golpecito en la espalda le interrumpió y le hizo volver la cabeza.

Carmaux aún no había retirado la mano.

—¿Qué queréis, señor? —preguntó el refinador o plantador frunciendo el entrecejo y mostrándose algo ofendido por tanta familiaridad.

—¿Queréis un consejo? —preguntó Carmaux—. Apostad por el gallo herido.

—¿Sois acaso un careador?

—Poco debe importaros que lo sea o no. Si queréis, apuesto doscientas piastras por él.

—¿Por Zambo? —preguntó el plantador con un gesto de sorpresa—. ¿Os pesa mucho el dinero en el bolsillo?

—¡Nada de eso! Al contrario; he venido a ganarlo.

—¿Y apostáis por Zambo?

—Sí; ya veréis cómo ganará. Apostad conmigo, señor.

—¡Sea! —dijo el obeso plantador después de una ligera vacilación—. ¡Si pierdo, tomaré el desquite con Plata!

—¿Apostamos juntos?

—Acepto.

—¡Trescientas piastras por Zambo! —gritó Carmaux.

Todas las miradas se fijaron en aquel aventurero que apostaba una suma relativamente fuerte por un gallo herido.

—¡Las llevo! —gritó el juez de campo—. ¡Adelante los combatientes!

Un momento después los dos campeones se encontraban de nuevo frente a frente.

A pesar de sus heridas, Zambo atacó el primero, saltando en alto; pero por segunda vez fue rechazado.

Valiente, que estaba en guardia, se irguió, y con un salto repentino se lanzó sobre su adversario, intentando atacarle en el cráneo para rematarle con un espolonazo.

Pero Zambo se había repuesto: también estaba en guardia, con las alas huecas y la cabeza gacha, y contestó con un picotazo tan bien dirigido, que le arrancó de raíz una de las dos campanillas del cuello.

—¡Bravo gallo! ¡Gallo fino! —gritó el plantador.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Valiente, que perdía mucha sangre, se precipitó sobre su rival con la furia y el ímpetu de un halcón.

Se vio a los dos enemigos luchar por algunos instante estrechamente unidos, rodar por la mesa y, por último, quedar inmóviles como si se hubiesen matado recíprocamente.

Zambo estaba debajo de su adversario, y casi no se le veía.

Don Rafael se volvió hacia Carmaux, diciéndole secamente: —¡Hemos perdido!

—¿Quién os lo ha dicho? —replicó el aventurero—. ¡Ah! ¡Mirad! ¡Tenemos ya en el bolsillo trescientas piastras, señor!

Zambo, en efecto, no estaba muerto, sino al contrario. Cuando los espectadores comenzaban a desesperarse, con imprevisto movimiento rechazó a su adversario, y cantando a grito pelado plantó los espolones sobre el cuerpo del vencido.

Valiente había muerto, y yacía inerte con el cráneo destrozado.

—¿Qué decís ahora, señor? —preguntó Carmaux mientras una salva de imprecaciones estallaba contra el vencido.

—Digo que habéis tenido un admirable golpe de vista —repuso el plantador con voz amable.

Carmaux recogió las trescientas piastras e hizo dos partes iguales, diciendo:

—Ciento cincuenta para cada uno, señor. ¡No ha sido mala jugada!

—No; os equivocáis —dijo don Rafael.

—¿Por qué?

—Yo no he apostado más que cincuenta piastras.

—Perdonar; pero hemos jugado en sociedad. Recoged vuestras piastras, lealmente ganadas al juez de campo, que las apostó por el muerto.

—¿Sois bastante rico para mostraros tan generoso? —preguntó con estupor el plantador.

—No tengo amor al dinero. He ahí todo —repuso Carmaux.

—También yo quiero haceros ganar, señor. Apostad por el gallo que traerán ahora.

—Veremos.

—Cuenta ya en su activo siete victorias.

—Veremos y juzgaremos —dijo Carmaux.

Otro careador que entraba en aquel momento puso sobre la mesa otro gallo de estampa magnífica, más alto que Zambo, con espléndida cola y todo el plumaje blanco plateado.

Era Plata.

—¿Qué os parece, señor? —dijo don Rafael volviéndose hacia Carmaux.

—¡Bellísimo; no hay duda! —repuso el aventurero, que le miraba atentamente.

—¿Apostáis?

—Sí; quinientas piestras por Zambo.

—Por Plata, querréis decir.

—No, señor; quinientas piastras por Zambo.

—¿Quién las lleva en contra? —gritó.

—¡Es una locura!

—¿Apostáis conmigo?

—¿Será invencible Zambo?

—¡Esta noche, sí!

—¿Sois el diablo?

—Si no soy Belcebú precisamente, seré un próximo pariente suyo —dijo Carmaux irónicamente—. ¡Ea! ¿Apostáis conmigo?

—Sí; la mitad. Plata, que era mi favorito, tiene mala suerte.

Las apuestas habían terminado y el silencio reinaba en la amplia sala.

Apenas estuvieron frente a frente los dos gallos se atacaron con furor, batiendo las alas y arrancándose mechones de plumas.

Parecían entrambos de la misma fuerza; y Zambo, aunque semiciego, no concedía tregua alguna a su adversario.

Pronto empezó la sangre a correr por la mesa.

Los dos combatientes ya se habían herido varias veces con los espolones, y Plata tenía la bella cresta violácea hecha pedazos.

De tiempo en tiempo, como de común acuerdo se detenían para tomar aliento y sacudir los coágulos de sangre que los cegaban, y volvían a la carga con mayor furia que antes.

Al quinto ataque, Plata quedó debajo de Zambo.

Un coro de imprecaciones resonó en la sala, pues la mayoría había apostado por el nuevo gallo.

Con un imprevisto movimiento Plata logró librarse de su enemigo; pero no rehuir un picotazo que le sacó un ojo.

—¡Por lo menos, así están iguales! —dijo Carmaux—. ¡Ambos tuertos!

El careador se había precipitado hacia Plata. Le hizo tragar un sorbo de aguardiente, le lavó la cabeza con la esponja para limpiarle la sangre, le exprimió en la órbita vacía un poco de jugo de limón, y tornó a lanzarlo en la mesa, diciendo:

—¡Sus, valiente!

Se había apresurado demasiado.

El pobre gallo, aún aturdido, no pudo hacer frente al fulminante ataque del heroico Zambo, y cayó casi en seguida con la cabeza destrozada de un picotazo.

—¿Qué os dije, señor? —preguntó Carmaux a don Rafael.

—¡Que sois un brujo, o el mejor careador de América!

—Con todas estas piastras que hemos ganado, podremos permitirnos le lujo de vaciar una botella de jerez. Yo la ofrezco, si no tenéis inconveniente.

—¡Dejadme ese honor!

—Como queráis, señor. ¡Eh, tabernero! ¡Jerez del mejor que tengas en tus bodegas!

# CAPÍTULO II

## *EL SECUESTRO DEL PLANTADOR*

Mientras llevaban nuevos gallos —pues aquellas riñas solían durar a veces noches enteras—, Carmaux, Van Stiller y el obeso don Rafael, sentados ante una mesa colocada en un ángulo de la estancia, bebían alegremente como antiguos amigos un excelente jerez de dos piastras la botella.

El español, de buen humor por las ganancias obtenidas, hablaba como una cotorra, alabando sus plantaciones y sus refinerías de azúcar y haciendo comprender a los dos aventureros que era un pez gordo en la colonia.

De pronto se interrumpió y preguntó a quemarropa a Carmaux, que seguía llenándole el vaso:

—Pero, señor mío, ¿no sois de la colonia?

—No. Hemos llegado esta noche.

—¿De dónde?

—De Panamá.

—¿Habéis venido a buscar ocupación? Siempre tengo algún puesto disponible.

—Somos gente de mar, y, además, no pensamos detenernos mucho aquí.

—¿Buscáis algún cargamento de azúcar?

—No —dijo Carmaux bajando la voz—. Estamos encargados de una misión secreta por cuenta del ilustrísimo señor Presidente de la Audiencia Real de Panamá.

Don Rafael abrió desmesuradamente los ojos y palideció ligeramente.

—Señores —balbuceó—, ¿por qué no me lo habéis dicho antes?

—¡Silencio, y hablad en voz baja! Debemos fingirnos aventureros, y nadie puede saber quién nos ha enviado aquí —dijo gravemente Carmaux.

—¿Estáis encargados de alguna investigación sobre la administración de la colonia?

—No. Debemos comprobar una noticia que interesa mucho al ilustrísimo señor Presidente. ¡Ah! ¡Ahora que pienso!... Vos podréis decirnos algo. ¿Frecuentáis la casa del Gobernador?

—Tomo parte en todas las fiestas y recepciones, señor...

—Llamadme simplemente Manco —dijo Carmaux—. ¡Tabernero, las botellas no se llenan solas cuando están vacías! ¡Busca en tu bodega si tienes algo mejor! ¡No me importa el precio!

—Nos embriagaremos —dijo don Rafael, que tenía ya el rostro rojo como la cresta de los gallos que en aquel momento reñían.

—Debemos representar nuestro papel de aventureros, y ya sabéis que la gente de esa ralea tiene siempre al gaznate seco. He aquí dos veneradas botellas de Alicante que prometen mucho. ¡A vuestra salud, señor! ¡Por Baco! ¡Cae como si fuese rocío! ¡Ni el ilustrísimo señor Presidente de la Audiencia Real lo bebe mejor! ¡Ah! Decía, pues, que vos, que frecuentáis la casa del Gobernador, podríais darme preciosos datos.

—Estoy a vuestra disposición. Preguntadme.

—Éste no es el lugar más adecuado —dijo Carmaux señalando a los espectadores —. Se trata de cosas muy graves.

—Venid a mi casa, señor Manco. —Las paredes oyen a veces. Prefiero el aire libre.

—A estas horas las calles están desiertas.

—Vamos al muelle; así estaremos cerca de nuestra nave. ¿Os disgustaría, señor?

—Estoy a vuestras órdenes para complacer al ilustrísimo señor Presidente. ¿Le hablaréis de mí?

—¡Oh! ¡No lo dudéis!

Vaciaron la segunda botella, pagaron la cuenta y salieron, mientras el cuarto gallo caía sobre la mesa con la cabeza destrozada por los espolones de su contrincante.

A pesar de haber vaciado nada menos que seis botellas, parecía que Carmaux y el hamburgués sólo habían bebido agua: el plantador, por el contrario, tenía inseguras las piernas y sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¡Prepárate para cuando yo dé la señal! —murmuró Carmaux al oído de Van Stiller—. ¡Será una buena presa!

El hamburgués asintió con la cabeza.

Carmaux cruzó familiarmente un brazo con el del plantador, para evitar que caminara haciendo eses, y los tres se dirigieron hacia la playa atravesando calles estrechas y obscurísimas, pues no se sentía en aquella época la necesidad del alumbrado de las calles.

Cuando desembocaron en el largo paseo de palmeras que conducía al puerto, Carmaux, que hasta entonces había permanecido silencioso, sacudió al plantador, el cual parecía adormecido, diciéndole:

—Podemos ya hablar. Aquí no hay nadie.

—¡Ah, ya! ¡El Presidente! ¡El secreto! —balbuceó don Rafael abriendo los ojos —. ¡Excelente Alicante! ¡Otro vaso, señor Manco!

—Ya no estamos en la taberna, mi querido señor —dijo Carmaux—. Si queréis, volveremos a vaciar otras dos o tres botellas.

—¡Excelente, exquisito!

—¡Basta! ¡Ya lo sabemos! ¡Vamos al hecho! Me habéis prometido darme los datos que necesito. Contad con que está de por medio el ilustrísimo señor Presidente de la

Audiencia Real de Panamá, y que tal hombre no gasta bromas.

—Soy un súbdito fiel...

—¡Bien; bien, señor!

—¡Hablad! ¿Qué deseáis? Yo soy amigo del Gobernador..., muy amigo...

—Un amigote; ya lo sabemos. Decidme, y abrid bien los oídos, y pensad bien lo que decís. ¿Es cierta la voz que corre de que se encuentra aquí la hija del caballero de Ventimiglia, el famoso Corsario Negro? El señor Presidente de la Audiencia quiere saberlo.

—¿Y a él que puede importarle eso? —preguntó don Rafael con asombro.

—Ni yo ni vos debemos saberlo. ¿Es cierto, o no?

—Es cierto.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hará quince días. La capturaron en una nave holandesa que cayó en poder de una fragata nuestra después de sangriento combate.

—¿Qué venía a hacer en América?

—Se dice que venía a recoger la herencia de su abuelo Wan Guld. El Duque poseía aquí y en Costa Rica vastos terrenos que no han sido vendidos.

—¿Es cierto que está prisionera?

—Sí.

—¿Y sigue prisionera?

—Olvidáis, sin duda, el mal que había causado en Maracaibo y en Gibraltar su padre, el Corsario Negro.

—Entonces, en venganza.

—Y para impedirle que entre en posesión de los bienes del Duque. Representan algunos millones, que el Gobernador piensa repartir entre su caja particular y la del Gobierno.

—¿Y si el Piamonte u Holanda reclamaran su libertad? Ya sabéis que no es súbdita española.

—¡Que vengan a buscarla si se atreven!

—¿Qué quiere hacer con ella el Gobernador?

—Lo ignoro; pero no me extrañaría que un día la hiciese desaparecer o se la diera a algún jefe indio del interior. Don Miguel es un hombre sin escrúpulos.

—¿Dónde está ahora?

—Lo ignoro —repuso don Rafael tras breve vacilación.

—¿No queréis decirlo?

—No quiero comprometerme con el Gobernador, señor Manco.

—¿Desconfiáis de nosotros?

Don Rafael se detuvo; dio un paso atrás, mirando con espanto a los aventureros, y maldiciendo de todo corazón los gallos, las botellas y su imprudencia.

—Aún no me habéis dado ninguna prueba de ser lo que decís —dijo.

—Os la daremos cuando estéis a bordo de nuestro barco. Venid con nosotros; no temáis nada.

Sea, con tal que crucemos al otro paseo.

—Están los aduaneros, y deseamos no ser vistos por nadie. ¡Venid, o...! —dijo Carmaux con acento amenazador y llevando la mano a la espada.

El pobre plantador palideció horriblemente, y de repente, con una agilidad que nunca se hubiera supuesto en aquel cuerpo tan gordo y orondo, echó a correr por entre los árboles que dividían los dos paseos, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro, aduaneros! ¡Me asesinan!

Carmaux soltó una imprecación.

—¡Bandido! ¡Vas a hacernos coger! ¡A él, hamburgués!

En dos saltos cayeron sobre el fugitivo. Bastó un puñetazo de Van Stiller para hacerle caer medio atontado.

—¡Pronto; la mordaza!

Carmaux se arrancó de un tirón la faja de lana roja que le ceñía, y la rodeó al rostro del plantador, no dejándole al descubierto más que la nariz para evitar que se asfixiara.

—¡Cógele por los brazos, hamburgués, y pronto a la chalupa! ¡Por Satanás! ¡Así me ahogue en el océano! ¡Los aduaneros!

—¡Tirémosle entre los árboles, Carmaux! —dijo el hamburgués.

Cogieron al desgraciado plantador y le dejaron caer en medio de un grupo de macupis, cuyas amplias hojas eran más que suficientes para ocultarle.

Apenas se habían alejado algunos pasos cuando una voz imperiosa gritó:

—¡Alto, o hacemos fuego!

—¡Por mil centellas! —murmuró el hamburgués—. ¡Ese perro de plantador lo ha echado todo a perder!

Dos hombres, dos aduaneros, habían corrido al paseo, dirigiéndose hacia los dos aventureros, que ya habían puesto la diestra en sus espadones como preparándose para resistirlos.

El uno iba armado de arcabuz, y el otro empuñaba una alabarda.

—¡Estamos cogidos! —murmuró el hamburgués—. ¡Bonito negocio! ¿Cargamos sobre ellos?

—No; déjame a mí —repuso Carmaux—. ¡Que vengan otros! ¡Ya sabes lo que espera a los corsarios de las Tortugas!

—¿Quién sois y adónde vais? —preguntó el aduanero del arcabuz.

—¡Somos personas honradas! —repuso Carmaux—. ¿Adónde vamos? ¡A respirar un poco el aire! ¡Este maldito lugar está lleno de mosquitos, y no se puede dormir! ¡Buen país, a fe mía! ¡Al menos en Panamá se puede pegar los ojos!

—¿Quién ha gritado: "¡Socorro, aduaneros!"?

—Un hombre que huía seguido por otro.

—¿De qué parte?

—De aquélla.

—¡Mentís! Venimos precisamente de allá, y no hemos visto huir a nadie.

—Me habré equivocado —repuso plácidamente Carmaux—. Habrá escapado por otro lado.

—¿Hacéis contrabando?

—¡Cómo!

—Tenéis un tipo sospechoso, señores. Seguidnos al puesto de guardia, y entregad ante todo vuestras espadas.

—¡La madeja se enreda! —pensó el hamburgués—. ¿Será esta la noche en que han de ahorcarnos?

—¡Señor aduanero —dijo Carmaux con acento de hombre ofendido—, no se detiene a dos tranquilos ciudadanos que pueden ser gentileshombres! No somos contrabandistas. ¡Por Belcebú, que sois bromistas!

—¡Al puesto, y fuera las espadas! —repitió el aduanero alzando el arcabuz—. ¡Pronto se verá quién sois! ¡Pronto, o hago fuego! ¡Ésa es la orden!

—¡Rayos! —dijo Carmaux volviéndose hacia el, hamburgués y desenvainando la espada como si se preparase a entregarla.

Apenas la tuvo en la mano, con un movimiento rapidísimo se echó a un lado para no recibir la descarga en el pecho, y dirigió al aduanero tan terrible estocada en el vientre, que casi le atravesó de parte a parte.

Casi en el mismo momento, el hamburgués que también se había puesto en guardia al oír la palabra pronunciada por su compañero, que debía tener algún significado, se precipitó sobre el segundo aduanero, que estaba muy lejos de esperar tan imprevisto ataque.

De un golpe cortó el mango de la alabarda, y con la guardia de la espada le golpeó terriblemente el cráneo, haciéndole caer al suelo medio muerto.

Los dos españoles habían caído uno sobre otro sin lanzar ni un grito.

—¡Buen golpe, Carmaux! —dijo el hamburgués—. ¡Le has ensartado como un sapo!

—¡Si llega a disparar, estábamos perdidos!

—¡Vámonos!

—¡Y a paso ligero! ¡La suerte no ampara más que una vez!

Tendieron una mirada en derredor, y no viendo a nadie, cogieron de entre las matas al plantador por las piernas y los brazos, y corriendo se dirigieron hacia la orilla.

Don Rafael, medio sofocado, y hasta medio muerto de espanto, no opuso ninguna resistencia, así como tampoco había aprovechado la intervención de los aduaneros para tratar de huir.

Verdad es que en aquel momento sus ideas no debían de estar muy claras, efectos del jerez y del Alicante.

Junto a la orilla había una de aquellas estrechísimas chalupas llamadas balleneras, provista de un pequeño palo con una entena y timón. Carmaux y Van Stiller subieron a ella, depositaron al plantador entre los dos bancos centrales, le amarraron de pies y brazos, le cubrieron con un trozo de vela y, cogiendo los remos, se lanzaron a la corriente.

—Es media noche —dijo Carmaux mirando a las estrellas—, y el camino es largo. No llegaremos hasta mañana por la noche.

—Sigamos costeando. En alta mar está vigilando la carabela.

—¡Pasaremos lo mismo! —repuso Carmaux—. ¡No te preocupes!

—¿Alzamos la vela?

—Más tarde. ¡Adelante sin hacer ruido!

La ballenera partió veloz y silenciosa, rasando el muelle para no salir de la sombra proyectada por las hileras de altísimas palmeras que se prolongaban largo trecho.

En el puerto todo era silencio. Las naves, ancladas aquí y allá, con las entenas y las velas caladas sobre el puente, estaban desiertas. Los españoles se consideraban bastante seguros en Maracaibo para no preocuparse de tener hombres de guardia.

Después de la última correría de los filibusteros de las Tortugas, guiados por el Olonés y el Corsario Negro, acaecida muchos años antes, habían alzado multitud de fuertes que creían inexpugnables, y un gran número de formidables baterías que dirigían sus tiros a las costas y las islas que protegían la ciudad. Sin embargo, los dos aventureros avanzaban con prudencia, ya que de noche no estaba permitido entrar ni salir en el puerto. Sabían que en la parte de allá de las islas una gran carabela estaba en crucero para impedir toda sorpresa.

Cuando la chalupa llegó a la extremidad del muelle, Carmaux y Van Stiller dejaron los remos e izaron una pequeña vela latina pintada de negro para que no se destacase en las tinieblas.

El viento era favorable, pues soplaba de altar mar; hasta más allá del muelle continuaba la sombra, porque la costa estaba cubierta de mangles frondosísimos y palmeras moriscas bastante altas.

—¿Siempre por bajo? —preguntó Van Stiller, que iba a popa llevando el timón, mientras Carmaux tenía la escota.

—Por ahora, sí.

—¿Ves la carabela?

—Estoy buscándola.

—¿Navegará con los fanales apagados?

—Cuida de que no la encontremos en el camino.

—¡Ah! ¡Allí está, doblando la punta de aquella isla!

—¡Lleva derecho! ¡No nos verán!

La ballenera, puesta al viento, empezó a correr con velocidad de tiburón, siempre

cerca de la costa.

En quince minutos alcanzó el promontorio que cerraba hacia Septentrión el pequeño puerto, y que estaba protegido por un fortín construido sobre una roca, y dobló sin que los centinelas la descubriesen, dirigiéndose hacia el Norte para atravesar el estrecho formado entre la pequeña península de Sinamaica, por un lado, y las islas de Tablazo y de Zapara, por el otro, a fin de llegar al golfo de Maracaibo.

Ya no tenían nada que temer, pudiendo hacerse pasar por pescadores.

—Cambiemos nuestros trajes y convirtámonos en marineros —dijo Carmaux—, para que nadie sospeche de nosotros.

Abrió una caja que se encontraba a proa y sacó dos groseras casacas de paño amarillo, fijas de lana y gorros terminados en punta con borla azul.

En pocos instantes se transformaron, echaron a lo largo de la borda algunas redes y lanzaron al agua los flotadores.

—¡Veamos ahora cómo está el amigo! —dijo Carmaux cuando hubo terminado—. No le he visto moverse. ¿Habrá muerto de miedo, o le habré apretado demasiado y se habrá asfixiado?

Levantó la tela que cubría al desgraciado plantador y le quitó la mordaza que le cerraba la boca. Don Rafael respiró profundamente, pero sin abrir los ojos.

—¡Ha podido más el sueño que el miedo! —dijo el aventurero riendo—. Aquel jerez o aquel Alicante eran realmente de primera calidad. El capitán Morgan se alegrará al ver esta captura, y hará hablar al prisionero.

—¡Con tal que no se muera de repente al despertar en manos de los filibusteros! —dijo Van Stiller—. ¡Los hombres gordos están predispuestos a las apoplejías!

—Tomaremos precauciones para no espantarle de repente.

—Mejor hubiera hecho en decirte cuanto sabía acerca de la hija del caballero de Ventimiglia.

—Le hubiera secuestrado igualmente.

—¿Qué quiere hacer Morgan con un habitante de Maracaibo?

—Querido, por este imbécil podrá tener excelentes noticias respecto al número de soldados que ocupan los fuertes y los cañones que los defienden.

—Entonces, ¿está resuelto a atacar la plaza?

—Sin género alguno de duda. —¡Será un hueso duro de roer, querido Carmaux! ¿Has visto qué imponentes construcciones han levantado los españoles? Maracaibo no es lo que era cuando la expugnamos con el Corsario Negro y aquel diablo de Olonés.

—Somos bastantes, y nos falta artillería. Los millones de piastras que recogeremos compensarán ampliamente los riesgos de tal empresa.

—¡Con tal que no descubran la flota!

—La bahía de Amnay está bien guarecida y nadie verá nuestras naves. Por otra parte, los nuestros están siempre en guardia y no dejarán huir a los espías y curiosos. ¿Tienes la vela de recambio?

—Está en el fondo de la caja.

—Ésta tan negra podría despertar sospechas. ¡Rumbo a Tablazo, Van Stiller! ¡Con el alba llegaremos!

El viento seguía siendo favorable y la ballenera avanzaba con creciente rapidez. Grácilmente inclinada sobre estribor, con la extremidad del gallardete inferior casi a flor de agua, marchaba sin ruido sobre las aguas tranquilas de la amplia laguna, dejando a popa una estela de espuma fosforescente.

Los dos filibusteros callaban y se rascaban enérgicamente de cuando en cuando.

Eran los mosquitos jejeus y zancudos tempraneros, que caían en espesas nubes sobre la chalupa y picaban feroz y dolorosamente a los aventureros. Son los tales bichos un verdadero azote de aquellas regiones. A ciertas horas del día aparecen los primeros; por la noche son los segundos los que se ponen en campaña y montan guardia, como dicen los indios caribes.

¡Y qué dolorosas son sus picaduras! Tanto, que los pobres indios, que van desnudos, prefieren hacer frente a un jaguar antes que pasar por entre una nube de zancudos. Por fortuna, el alba avanzaba. Las estrellas comenzaban a palidecer, y hacia Oriente una pálida línea blanca con delicados matices rosáceos empezaba a delinearse sobre los inmensos bosques de la costa de Altagracia y de la Rita.

Tablazo, una de las dos islas que cierran, o mejor dicho, resguardan la laguna de las olas del golfo, diseñaba más allá sus ricas y bellas plantaciones de cacao y de caña de azúcar y sus pintorescos pueblos, fundados en las hondonadas y habitados por indios.

Aquellos pueblos, que en la época de que hablamos abundaban en las costas del golfo y de la laguna de Maracaibo, y que hoy escasean bastante, daban un aspecto notablemente gracioso a aquella región, llamada por los primeros exploradores Venezuela, o sea pequeña Venecia.

Formábanlos una sola habitación de varios centenares de metros de largo y capaces para contener más de cien familias, que se construían a trescientos o cuatrocientos pasos de la orilla, lo más lejos.

Vistos en lontananza, parecían casas flotantes; pero estaban construidos sobre sólidos cimientos con palos de gayac, cuya dureza desafía al hacha y hasta a la sierra, y se creía que sumergiéndolos en agua adquirirían la dureza del hierro.

Encima de aquella empalizada, aquellos hábiles constructores formaban una inmensa plataforma de madera ligera, de bombax ceiba o cedro negro, y con bambúes entrelazados elevaban la habitación, cubriéndola con hojas de cenea o de vihai, que sustituían a las tejas o pizarras.

No había paredes, porque todo el año reinaba intenso calor; así es que los navegantes podían ver sin esfuerzo lo que ocurría en aquellas extrañas viviendas sin molestarse en entrar en ellas.

La laguna comenzaba a poblarse.

Canoas construidas con el tronco de algún oloroso cedro y tripuladas por indios completamente desnudos resbalaban sobre las aguas, dejando tras sí grandes burbujas, bien pronto deshechas por las ondas; a lo largo algunas pequeñas carabelas

marchaban lentamente, esperando la marca alta para entrar en los puestecillos de las islas.

¿A sota o barlovento? —preguntó el hamburgués.

—Sigue bordeando la costa —repuso Carmaux—. Pasaremos entre Zapara y la costa.

# CAPÍTULO III

## *LA FLOTA DE LOS FILIBUSTEROS*

A las ocho de la mañana la chalupa pasaba volando el estrecho formado por la punta oriental de la isla de Zapara y la costa de Capatarida, entrando en el golfo de Maracaibo.

A pesar de que los dos filibusteros habían encontrado dos grandes carabelas de guerra, y hasta un galeón, nadie los había molestado ni preguntado quiénes eran ni adónde iban.

Las redes que llevaban a lo largo de las bordas debían de haber hecho suponer a los españoles que fuesen tranquilos pescadores, y por eso no se habían cuidado de detenerlos.

Apenas llegados fuera del estrecho, Carmaux y Van Stiller pusieron la proa al Este, manteniéndose algo alejados de la costa, ya que por allí abundaban las hondonadas, de las cuales surgían en buen número villorrios de caribes.

Por aquellos lugares se veía flotar muchísimos grandes cestos, entre los cuales nadaban y revoloteaban anitras y gallinas de mar, sin manifestar ningún temor por aquellos flotadores.

—Dime, Carmaux —dijo Van Stiller—, ¿para qué sirven todos esos cestos? ¿Sabes?

—Para coger las aves marinas, querido hamburgués.

—¿Bromeas?

—Hablo en serio. Es un ardid de los indios para proporcionarse buenas anitras con poca fatiga. Ya sabes que todas las aves marinas sonrecelosas en extremo y que casi nunca dejan acercarse a las chalupas.

"Los caribes lanzaban un gran número de cestos atados entre sí con larguísimos bejucos para acostumbrar a los volátiles a su presencia.

"Cuando creen llegado el momento propicio, hábiles nadadores como son, se lanzan al agua con la cabeza metida en un cesto, en el cual han hecho algunas aberturas para ver con libertad.

—¡Comprendo! —dijo Van Stiller riendo—. Protegidos por los cestos, se acercan a los volátiles y los cogen debajo del agua.

—Precisamente —repuso Carmaux—; y puede asegurarse que hacen abundante caza y que nunca vuelven al pueblo sin llevar colgados del cinturón ocho o diez

pájaros. Cuando...

Un sonoro estornudo le interrumpió. Don Rafael había abierto los ojos y hacía desesperados esfuerzos por levantarse y soltar las ligaduras que le aprisionaban manos y pies.

—¡Buenos días, señor! —dijo Carmaux—. ¡Realmente era de primera clase aquel Alicante!

El desgraciado plantador le miró con ojos aviesos, y rechinando los dientes dijo con voz ronca:

—¡Sois dos malandrines!

—¿Malandrines? ¡Oh! ¡Estáis equivocado, señor! —repuso Carmaux—. Somos más caballeros de lo que creéis. Os convenceréis de ello cuando os desatemos y veáis que no hemos tocado ni al botón de esmeraldas que veo brillar en vuestro pecho.

—Entonces, ¿qué queréis de mí? ¿Por qué me habéis secuestrado? Supongo que no me repetiréis la historia del señor Presidente de la Audiencia Real de Panamá.

—Realmente, el tal señor no tiene nada que ver en el asunto —dijo Carmaux—. Os llevaremos ante una persona no menos poderosa y que tampoco gasta bromas.

—¿Quién es?

—Un altísimo personaje que parece interesarse bastante por la suerte de la hija del Corsario Negro, y que hará todo lo posible por salvarla.

—¿Quitársela al Gobernador? ¡No la dejará escapar!

—¡Ya lo veremos cuando los cañones desmantelen las fortalezas de Maracaibo! —replicó Carmaux—. Dieciséis años hace que las mismas piezas rechazaron a la guarnición.

Don Rafael había palidecido espantosamente.

—¿Seréis, quizás, filibusteros?-preguntó con desconsuelo.

—¡Para serviros, señor!

—¡Misericordia! ¡Soy hombre muerto!

—No lo creo; al menos por ahora

—dijo irónicamente Carmaux.

—¿Quién es vuestro jefe? —Morgan.

—¿El antiguo lugarteniente del Corsario Negro? ¿El vencedor de Puerto Bello?

—El mismo.

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! —suspiró el desgraciado plantador, con tan cómica desesperación, que hizo soltar la risa a los dos filibusteros.

—¡Oh! ¡No os asustéis tanto, señor! —dijo Carmaux—. El capitán Morgan no se ha comido nunca a nadie, y pasa por ser un honrado gentilhombre.

—¡Sí; un gentilhombre que ha hecho asesinar a todos los frailes y monjas de Puerto Bello!

—Tenían que colocar las escalas en los fuertes españoles con más celeridad y gritar más fuerte a los defensores de aquella roca que se rindieran. Fue el plomo

español quien mató a unos y a otros: echadle a él la culpa y a vuestros compatriotas.

—¡Sois unos miserables! —gritó don Rafael, que no podía contener la rabia—. ¡Sois hijos malditos de Satanás!

—Y es el Infierno quien nos ha vomitado —dijo riendo el hamburgués—. Al menos, eso dicen vuestros frailes. Señor, dejad vuestra ira, y aceptad un bocado. Tenemos aquí un poco de galleta, una hermosa anitra asada, y hasta un par de botellas de vino español que no desmerecen de las del tabernero. Es poco para un señor como vos, pero por el momento no podemos ofreceros cosa mejor.

Carmaux sacó de la caja las provisiones, desató los brazos al prisionero y, haciendo tres partes iguales, le dijo:

—Desechad los malos pensamientos, señor. Todo acabará bien; ya lo veréis, con tal que no os obstinéis en callar. En ese caso, no respondo de lo que pudiera ocurriros.

Don Rafael, a quien la brisa marina había abierto el apetito, renegando y poniendo cara fosca empezó a comer, y hasta no rechazó un par de vasos de Oporto gentilmente ofrecidos por el irónico Carmaux, ni un excelente cigarro de San Cristóbal, regalo del hamburgués. A mediodía la ballenera estaba ya en aguas del golfo Caro, formado de un lado por la costa venezolana, y por otro, por la península de Paraguana.

El hamburgués, que llevaba el timón y se orientaba con una brújula de bolsillo, puso la proa hacia el cabo Cardón, que ya se delineaba vagamente en el horizonte.

El golfo estaba desierto, porque rara vez las naves españolas se atrevían a lanzarse lejos de los puertos bien defendidos, no siendo un buen número, o a lo menos escoltadas por algún navío de alto bordo, por temor de caer en manos de los temibles corsarios de las Tortugas.

La ballenera continuó todo el día su camino hacia el Septentrión, favorecida por una brisa fresca y por el escaso movimiento de las aguas.

En el momento en que el Sol se ocultaba llegaba ante la bahía de Amnay, refugio casi deshabitado y muy poco frecuentado por las naves, que no tocaban allí más que en caso de violenta tempestad.

—¡Hemos llegado! —dijo Carmaux volviéndose hacia don Rafael.

El desgraciado plantador, que después de la colación se había encerrado en un obstinado mutismo, suspiró sin contestar.

La chalupa maniobró por entre una cadena de escolleras a flor de agua y se lanzó en la bahía, en cuya parte extrema se veían obscuras masas coronadas de altas arboladuras y entenas.

—¿Qué son? ¿Naves? —preguntó don Rafael.

—La escuadra del capitán Morgan —repuso Carmaux.

—¿Es una escuadra?

—Que mostrará su poder ante los fuertes de Maracaibo.

—¡Lo veremos! —repuso don Rafael.

—¡Aborda a la almirante! —dijo Carmaux a Van Stiller.

Una gran fragata que estaba anclada ante las otras naves, de tal modo que obstruía la entrada de la bahía, había aparecido de improviso tras una punta rocosa.

—¡Ohé! —gritó Carmaux haciendo portavoz con las manos.

—¿Quién vive? —gritaron desde el puente de la nave.

—¡Hermanos de la Costa! ¡Carmaux y Van Stiller! ¡Echad la escala!

La ballenera se acercó a la nave por estribor y se mantuvo junto a la extremidad de la escala de cuerda, pronto lanzada por los hombres de guardia.

—¡Señor, valor y subid! —dijo Carmaux cortando las cuerdas que sujetaban las piernas del plantador.

—¡Esta noche moriré! —dijo don Rafael con tétrica voz.

—¡Bah! ¡Nadie piensa en mataros! ¡Subid!

Aunque el pobre sintiera temblar sus piernas, se aferró a la escala, y tras media docena de suspiros a cual más profundos, se encontró en la nave almirante de la escuadra corsaria.

Algunos hombres, armados hasta los dientes y provistos de linternas, se habían acercado y miraban con viva curiosidad al plantador.

—¿Nos has traído este tonel de carne, Carmaux? —preguntó un marinero—. ¡Si estuviese lleno de vino, se le podría abrir un barreno!

Una clamorosa risotada, que erizó los cabellos del plantador, coreó aquella broma.

—¿Y el capitán? —preguntó Carmaux.

—En su camarote.

—¡Alumbrad! ¡Venid, señor, y no tembléis tanto! No hay jaguares ni leopardos en nuestras naves!

Cogió por un brazo al plantador, y parte empujándole, parte a rastras, le llevó al cuadro, introduciéndole en un saloncillo iluminado por una lámpara de plata, y cuyas paredes estaban cubiertas de armas blancas y de fuego.

Un hombre de mediana edad, baja estatura, pecho robustísimo, fiero aspecto y ojos muy vivos y negros estaba sentado ante una mesa y examinaba con profunda atención algunos mapas marinos que tenía delante.

Viendo entrar a los dos hombres se puso en pie, preguntando:

—¿Qué me traes, valiente Carmaux?

—Un hombre, señor, que podrá deciros cuanto deseáis saber acerca de la hija del caballero de Ventimiglia.

Una rápida emoción alteró por algunos instantes las facciones del terrible corsario.

—Está allá, ¿verdad? —preguntó a Carmaux.

—Sí, capitán.

—¿En poder de los españoles? —Prisionera del Gobernador. —¡Gracias, Carmaux! Vete, y déjame solo con este hombre.

# CAPÍTULO IV

## *MORGAN*

Después de la desaparición de su comandante, el Corsario Negro, Morgan no había abandonado el golfo de México ni a los filibusteros de las Tortugas.

Dotado de una fuerza de voluntad extraordinaria, de un valor a toda prueba y de gran entendimiento; no tardó en hacerse un sitio entre los Hermanos de la Costa, que pronto se habían dado cuenta de que aquel hombre podía conducirlos a grandes empresas, hasta entonces nunca concebidas ni soñadas.

Además, poseía una regular fortuna. Acaudilló a los supervivientes de la tripulación de El Rayo y se lanzó al mar, contentándose primero con atacar a las naves aisladas que cometían la imprudencia de surcar sin escolta las aguas de Santo Domingo y de Cuba.

Aquel crucero, más peligroso que fructífero, duró varios años con distinta suerte, cuando le fue ofrecido el mando de una escuadra compuesta de doce naves, entre grandes y pequeñas, y con una tripulación de setecientos hombres, para intentar alguna gran empresa en perjuicio de los españoles.

Morgan esperaba la ocasión de tener fuerzas suficientes para acometer sus grandiosos proyectos que debían crearle una fama inmensa y hacer de él el más célebre entre los famosos cabecillas filibusteros.

Zarpó, pues, de las Tortugas anunciando que iba a asaltar Puerto Príncipe, una de las más ricas y mejor defendidas ciudades de la isla de Cuba.

Un prisionero español que iba a bordo de su escuadra, con temerario arrojo se lanzó al agua, y habiendo logrado tomar tierra, corrió a advertir al Gobernador de aquella ciudad el peligro de que estaba amenazada.

El español tenía a sus órdenes ochocientos soldados valerosísimos, y sabía que podía contar con la población.

Marchó al encuentro de los corsarios y empeñó un desesperado combate; pero después de cuatro horas sus soldados emprendieron la fuga, dejando en el campo de batalla muertos o heridos las tres cuartas partes de los suyos.

El Gobernador mismo había perecido.

Envalentonado Morgan por el buen éxito, asaltó la ciudad, y no obstante la defensa opuesta por los habitantes, se apoderó de ella y la saqueó, aunque con poco fruto, pues sus moradores habían tenido tiempo de esconder en los bosques sus mejores cosas.

Habiendo sabido por una carta interceptada que un grueso cuerpo de ejército español iba desde Santiago para coparlos, los filibusteros se enemistaron con su capitán, acusándole de haberlos llevado a una empresa más peligrosa que fructífera.

Una riña ocurrida entre franceses e ingleses —pues la tripulación de Morgan se componía de marineros de ambas naciones— hizo estallar viva discordia.

Los primeros se separaron de Morgan, y los segundos, que disponía de ocho naves, juraron seguirle hasta donde quisiera llevarlos.

Se hablaba mucho en aquella época de la opulencia de Puerto Bello, una de las más hermosas ciudades de la América central, que recibía tesoros inmensos de Panamá, pero que era también una de las mejores fortificadas y custodiadas.

En la mente de Morgan nació la idea de caer sobre la ciudad e intentar expugnarla.

Aquel proyecto parecía tan temerario, que los filibusteros casi lo desaprobaron cuando los puso al corriente de él.

—¿Qué importa —dijo entonces el fiero corsario— que nuestro número sea pequeño, siendo tan grandes nuestros corazones?

La única objeción que se le hizo fue que Inglaterra estaba entonces en paz con España y que había prometido no inquietarla en sus colonias.

—Nosotros no hemos tenido representados en ese Congreso —repuso

Morgan—. Por lo tanto, ese tratado no reza con nosotros.

¿Cómo resistir a tal hombre? Confiando en su almirante, la escuadra hizo rumbo a Puerto Bello.

Morgan llegó de noche a algunas millas de la ciudad, dejó una pequeña guardia en los barcos, hizo subir a la mayor parte en las chalupas, y los filibusteros se acercaron en silencio a los fuertes.

Cuatro marineros que servían de exploradores se apoderaron de un centinela español y le llevaron ante Morgan, quien logró obtener los datos que precisaba para llevar a sus hombres al asalto. Llevándole a uno de los fuertes, le ordenó que invitase a la guarnición a rendirse si no quería ser cortado en pedazos.

Puerto Bello tenía entonces dos castillos, considerados por todos como inexpugnables y defendidos por trescientos soldados cada uno, más un buen número de cañones.

Morgan asaltó el primero; después de un sangriento combate penetró en él al frente de los suyos, hizo encerrar a la guarnición en un recinto, mandó colocar una mecha en el polvorín, y voló el castillo con los españoles.

Animados por aquel primero e inesperado triunfo, los filibusteros corrieron hacia la ciudad para asaltar el segundo, y fueron recibidos con un fuego tan tremendo, que los hizo dudar del resultado de la audaz empresa.

Recordando Morgan la toma de Veracruz, llevada a cabo años antes con el Corsario Negro, Laurent y Grammont, mandó salir de los conventos y de las iglesias a todos los frailes y a todas las monjas, y proporcionándoles algunas largas escalas, los

obligó a plantarlas ellos mismos en los fosos, sirviéndole como de baluarte para proteger a su hombres.

[1]

Los españoles no contuvieron el fuego, y causaron terribles estragos entre aquellos míseros y aquellas desgraciadas.

No obstante, los filibusteros no se arredraron. Lograron subir a los muros, alejando con granadas a los defensores, y apoderarse también del segundo castillo.

Pero aún no había terminado, porque un tercer fuerte dominaba á la ciudad, y en él se había refugiado el Gobernador.

Morgan los intimó a rendirse, prometiendo a la guarnición perdonar a todos la vida. La contestación fue una salva de cañonazos.

Los filibusteros, que ya estaban dispuestos a todo, no obstante las terribles pérdidas que habían sufrido y la heroica defensa de la guarnición, escalaron los muros con los sables en la mano, y, ¡cosa increíble! lograron también apoderarse de él.

El Gobernador y todos los oficiales habían perdido la vida.

Los supervivientes fueron perdonados.

Así, en un solo día aquel terrible corsario, sin artillería y con sólo cuatrocientos hombres, logró apoderarse de una de las más importantes ciudades de América, el mayor emporio de las colonias españolas, después de Panamá, en lo tocante a metales preciosos.

El botín fue inmenso, y, sin embargo, Morgan aún tuvo la audacia de enviar dos prisioneros al Presidente de la Real Audiencia de Panamá con encargo de pedirle cien mil piastras por el rescate de la ciudad.

Aquel Presidente disponía de mil quinientos hombres.

Intentó desalojar a los corsarios, y sufrió una completa derrota, viéndose obligado a internarse en el océano Pacífico.

Sin embargo, confiando en recibir nuevos refuerzos, intimó a Morgan que saliese de la ciudad. La respuesta fue que, si no la rescataba, la incendiaría, degollando a todos los prisioneros. Entonces le enviaron las cien mil piastras.

El descanso no se había hecho para el discípulo del Corsario Negro.

Reanudada en Europa la guerra contra España a fines de 1700, pidió patente de corso

[2] al Gobernador de Jamaica, quien no sólo la concedió, sino que le ofreció el mando de un navío de treinta y seis cañones para saquear las colonias españolas. Fue a hacer cruceros por las aguas de Santo Domingo, donde había lugares apropiados para encontrar ocasiones de hacer grandes botines; pero la nave saltó por los aires con trescientos de los suyos, y él salvó la vida por milagro.

Algunos franceses, prisioneros suyos por haberse puesto al servicio de España en contra de los ingleses, habían puesto fuego al polvorín.

Pero llevaban consigo un navío tan poderoso como el que le había sido confiado por el Gobernador de Jamaica.

Morgan se apoderó de él, y con los marineros supervivientes volvió a las Tortugas para organizar una gran expedición.

Ya había reunido varios barcos tripulados por unos novecientos filibusteros, y se preparaban para volver hacia las ciudades de Venezuela, que prometían ricos saqueos, cuando se esparció el rumor de que la hija de su antiguo capitán, el Corsario Negro, había llegado al golfo de México, y que los españoles la habían hecho prisionera, sospechando algún enredo.

Como ya hemos dicho, Morgan no había vuelto a saber nada del terrible corsario. Muchos años antes le había sido entregado un anillo con las armas cruzadas de los señores Ventimiglia y de Roccabruna y de los duques de Wan Guld, y sólo vagos rumores habían llegado a largos intervalos a las Tortugas, esparcidos por filibusteros provenzales y saboyanos, que aseguraban haberse retirado aquel valiente gentilhombre a sus castillos del Piamonte, después de haber hecho su esposa a la hija de su mortal enemigo Wan Guld.

Un marinero holandés que tripulaba una nave capturada por los españoles, en la cual iba la hija del Corsario Negro, había llevado la noticia a las Tortugas, produciendo enorme sensación entre los filibusteros, los cuales no habían olvidado al fiero caballero de Ventimiglia, que tantas veces los había llevado a la victoria.

Sobre todo Morgan, que conservaba una verdadera veneración por su antiguo capitán, quedó aterrado.

Hasta entonces había ignorado que el Corsario Negro hubiese tenido de su matrimonio una hija y que hubiera muerto en los Alpes defendiendo el Piamonte y a los duques saboyanos.

Hizo buscar al marinero holandés, el cual le confirmó que en la nave capturada se encontraba la hija de su capitán, y supo que había sido conducida prisionera a Maracaibo.

Entonces no tuvo más que una idea: ir a salvarla, aunque tuviese que devastar todas las ciudades españolas de Venezuela.

La proposición hecha a los marineros de la escuadra, gente ruda y feroz si se quiere, pero de gran corazón, fue aceptada, y las naves zarparon resueltamente hacia el Sur.

Por desgracia para ellos, una tempestad que se desencadenó antes de llegar a las costas venezolanas los diseminó en varias direcciones. Morgan había enviado a Van Stiller y a Carmaux, los dos marineros de confianza del Corsario Negro, a Maracaibo para obtener más precisos detalles acerca de la suerte corrida por la hija del gentilhombre piamontés, o para llevar algún prisionero que le suministrase detalles.

...

Una vez que Carmaux hubo salido, Morgan comenzó a observar con cierto interés al plantador, que seguía apoyado en la pared, pálido como la cera y temblando como si tuviese fiebres tercianas.

—¿Quién sois? —le preguntó finalmente con voz áspera.

—Don Rafael Tocuyo, señor capitán.

—¿Sabéis quién soy yo?

—Me lo han dicho —balbuceó el desgraciado.

—¿Es cierto que la hija del caballero de Ventimiglia, o mejor dicho, el Corsario Negro, está prisionera en Maracaibo?

—Eso he oído decir.

—¿Dónde está?

—En poder del Gobernador; ya se lo dije a vuestros hombres.

—¿Vive aún?

—Creo que sí.

—Contadme cuanto sepáis.

El plantador no se hizo rogar, y con voz temblorosa le contó cuanto ya había dicho a los dos filibusteros que le habían hecho prisionero.

—¿Es eso todo? —preguntó Morgan, clavando en él una escrutadora mirada.

—¡Lo juro, capitán!

—¿No sabéis dónde está recluida?

—Os aseguro que no —repuso don Rafael después de cierta vacilación que no se le escapó al corsario.

—Sin embargo, un hombre que frecuenta la casa del Gobernador debía saber algo más.

—No soy su confidente.

—¿Es joven la hija del corsario?

—Me han dicho que no tendrá más de dieciséis años y que se parece a su padre.

—¿De qué fuerzas dispone el Gobernador de Maracaibo?

—¡Ah, señor!...

Morgan frunció el entrecejo y una fuerza amenazadora brilló en sus ojos.

—¡No estoy acostumbrado a repetir las preguntas! —dijo con voz breve e incisiva como la hoja de una espada.

—¡Yo no soy soldado, señor! —balbuceó don Rafael.

—¡Pues bien; veremos!

Dio una palmada, y Carmaux y Van Stiller, que debían de estar de guardia en el pasillo, entraron.

—¡Llevad a este hombre al puente! —dijo Morgan.

—¿Qué queréis hacer de mí, señor? —preguntó don Rafael espantado—. ¡Yo soy un pobre hombre inofensivo!

—¡Pronto lo sabréis!

Los dos filibusteros le cogieron en brazos y le llevaron sobre cubierta. Morgan los seguía.

Viendo aparecer a su comandante, los hombres de guardia se acercaron con linternas.

¡Un cabo desde el gallardete de artimón! —dijo Morgan a media voz.

Un marinero subió a las jarcias y desapareció entre el velamen.

—¿Hablaréis ahora? —preguntó Morgan, volviéndose hacia el prisionero, que había sido colocado junto al palo de mesana—. ¡Os concedo medio minuto para soltar la lengua!

—¡No sé nada; os lo juro por la Virgen de...!

—¡Dejad a la Virgen y a los santos! —dijo el filibustero con impaciencia—. ¿Cuántos hombres tiene el Gobernador?

Don Rafael no contestó. La sangre española no le permitía cometer una traición.

De pronto lanzó un grito terrible.

Una cuerda bajó silenciosamente de lo alto, y a un gesto de Morgan, Carmaux pasó por el cuello del plantador el nudo corredizo, apretándole algo.

—¡Iza!... —gritó Morgan.

—¡No, no! ¡Lo diré todo! —exclamó el plantador, llevándose las manos al cuello.

—¡Como veis, tengo irresistibles argumentos! —dijo el corsario riendo irónicamente.

—¡Hay seiscientos soldados! —dijo don Rafael precipitadamente.

—¿Es cierto que el fuerte de la Barra se considera inexpugnable? —Eso se dice.

Morgan se encogió de hombros.

—¡También los de Puerto Bello se tenían por tales, y los tomamos! —dijo—. ¿Vos me aseguráis que está allí la hija del caballero de Ventimiglia?

—¡Lo repito!

—Esta misma noche volveréis a Maracaibo con una carta para el Gobernador. No olvidéis que sabré encontraros y castigaros si no me obedecéis en cuanto os diga. ¡Una linterna aquí!

Arrancó de un librito una hoja, y apoyándose en la borda escribió algunas líneas.

—Guardad bien estas palabras en vuestra memoria para poder repetírselas al Gobernador, caso de que se os perdiera el billete —dijo volviéndose hacia don Rafael.

"Al señor Gobernador de Maracaibo:

Os concedo veinticuatro horas para poner en libertad y entregarme a la hija del caballero de Ventimiglia y de la duquesa de Wan Guld, cuyo padre fue en otro tiempo Gobernador de Maracaibo y súbdito español.

Si no obedecéis, arrasaré la ciudad, y si es preciso, a Gibraltar también.

Recordad lo que supieron hacer los filibusteros guiados por el Corsario Negro, Pedro el Olonés y Miguel hace dieciocho años.

MORGAN, Almirante de la escuadra de las Tortugas.

—¿Y Si el Gobernador rehúsa recibir este billete? —preguntó don Rafael.

—¡Eso es cosa vuestra! —repuso Morgan—. Carmaux, haz preparar una chalupa tripulada por ocho hombres, y enarbolad la bandera blanca. Llevarán a este señor a Maracaibo.

—¿Debemos acompañarle Van Stiller y yo?

—Necesitáis descanso; quedaos abordo. Idos, señor, y pensad que vuestra piel está en peligro. ¡De vos depende salvarla!

Dicho esto volvió a su camarote, mientras el pobre plantador bajaba a la chalupa ya botada al agua.

# CAPÍTULO V

## *LA TOMA DE MARACAIBO*

Las veinticuatro horas transcurrieron sin que llegase noticia alguna a la flota filibustera, que no había abandonado su fondeadero, y —lo que era peor— tampoco la chalupa había vuelto, a pesar de que el mar seguía sereno y en calma y el viento no había dejado de soplar.

Una profunda emoción se había apoderado de los quinientos corsarios que tripulaban la escuadra, pues temían que los españoles de Maracaibo no hubiesen respetado la bandera blanca enarbolada por la chalupa, cosa que ya en otras ocasiones había sucedido, y de lo cual no debían extrañarse, por estar fuera de la ley, a pesar de haber imaginado pasar por corsarios.

Hasta Morgan, de ordinario tan impasible, comenzaba a dar indubitables señales de viva irritación paseando por la cubierta con agitado paso y ensombrecida frente.

Carmaux y Van Stiller estaban literalmente furiosos.

—¡Los han cogido y los han ahorcado! —repetía el primero.

—¡No respetan ni a vuestros parlamentarios! ¡Sin embargo, somos beligerantes patentados, ya que España está en guerra con Francia e Inglaterra!

—¡El capitán los vengará, amigo Carmaux! —contestaba el hamburgués.

—¡Arrasaremos a Maracaibo! ¡Esta vez no tendremos las consideraciones que tuvimos cuando entramos con el Corsario Negro y el Olonés!

Otras doce horas transcurrieron. Morgan, de acuerdo con Pedro el Picardo [3], su segundo en el mando de la escuadra, se disponía ya a dar la orden de levar anclas, cuando a los últimos rayos del Sol fue señalado un barquichuelo indio tripulado por un solo hombre, que remaba fatigosamente, tratando de embocar la pequeña bahía.

Fue enviada a su encuentro una chalupa tripulada por doce remeros, y veinte minutos después aquel hombre se encontraba a bordo de la nave almirante y ante Morgan.

Un grito de sorpresa y de rabia se escapó de los labios de todos los marineros, que habían reconocido en él a uno de los ocho filibusteros encargados de escoltar al plantador.

—¿Dónde están tus compañeros? —preguntó Morgan después de haberle dejado

vaciar un vaso de ron, pues aquel pobre diablo estaba rendido de fatiga.

—¡Ahorcados, capitán! —repuso el filibustero—. ¡Cuelgan de siete horcas levantadas en la Plaza Mayor de Maracaibo, en el mismo sitio en que hace dieciocho años fue ahorcado el Corsario Rojo, el hermano del señor de Ventimiglia.

Un terrible relámpago iluminó los ojos del almirante de la escuadra.

—¿Ahorcados? —gritó con voz terrible.

—Por orden del Gobernador.

—¿A pesar de la bandera blanca?

—La despedazaron ante nuestros ojos después de habernos hecho desembarcar y de recibirnos como parlamentarios.

—¿Y no os habéis defendido?

—Nos invitaron a deponer las armas, prometiendo respetarnos como enviados de paz.

—¡Miserables! Y a ti, ¿cómo te han perdonado?

—Para que os trajese la respuesta del Gobernador.

—¿La traes?

—Hela aquí —dijo el filibustero, sacando un billete de la faja de lana que le ceñía la cintura.

Morgan se apoderó de él vivamente y lo devoró con la mirada.

No contenía más que dos líneas:

"Espero en Maracaibo a los filibusteros de las Tortugas para ahorcarlos a todos—. El Gobernador de la plaza."

Morgan rompió con ira el billete, y volviéndose al marinero le preguntó:

—¿Te ha dicho algo de la hija del caballero de Ventimiglia?

—Sí; que fueseis por ella si' os atrevíais.

—¡Iremos! —repuso Morgan.

Y con voz de trueno, a fin de ser oído por los marineros de las demás naves, gritó:

—¡Levad anclas y desplegad las velas! ¡Antes de mañana Maracaibo será nuestro!

Un alarido inmenso partió de todas las naves.

—¡A Maracaibo! ¡A Maracaibo!

Media hora después las ocho naves salían de la bahía con rumbo al golfo.

El Rayo, que era la nave de Morgan, bautizada así en recuerdo del Corsario, abría la marcha. Era la mayor de todas; una especie de fragata de tres palos, armada con treinta y seis cañones de grueso calibre, entre ellos algunas piezas de caza [4], y tripulada por ochenta hombres que a nada temían.

Las otras que eran casi todas carabelas tomadas a los españoles, pero armadas con muchas piezas de cañón, pedreros y espingardas, la seguían en doble columna a una distancia de quinientos a seiscientos metros una de otra, a fin de tener campo suficiente para maniobrar sin correr el peligro de embestirse.

Todas llevaban los fanales apagados.

Sin embargo, aunque la Luna faltase, la noche era bastante clara, ya que la pureza del aire en las regiones tropicales y ecuatoriales, es extraordinaria.

Morgan, que iba en el puente de órdenes, escrutaba atentamente el horizonte, porque le habían referido días ' atrás que tres grandes naves españolas habían zarpado de los puertos de Cuba para darle caza y asaltarle antes de que intentara cualquier empresa contra las ciudades del continente.

Carmaux, que era su hombre de confianza, estaba con él.

Ambos cruzaron algunas palabras.

—¿Contáis con encontrarla en Maracaibo? —preguntaba con insistencia el marinero.

—¡Ese Gobernador se considera demasiado seguro en la ciudad, y estoy más que cierto de que ha tomado mi amenaza por una simple balandronada!

—Hay un fuerte que nos dará mucho que hacer.

—El de la Barra, ¿verdad?

—Le he visto, y puedo deciros que tiene un aspecto más imponente que los dos castillos de Puerto Bello.

—¡Le tomaremos igualmente; no lo dudes! —repuso Morgan—. Ya sabes que nuestros hombres, una vez lanzados, no se detienen ante nada.

—Me asalta una duda, capitán —dijo Carmaux.

—¿Cuál?

—¿No aprovechará nuestra tardanza el Gobernador, que conoce el fin de nuestra expedición, para ocultar a la hija del Corsario Negro?

Un profundo surco se trazó en la amplia frente de Morgan.

—¡Si no encontrase a esa joven —dijo con amenazadora voz—, no daría ni una piastra por la piel de los españoles de Maracaibo! Ya sabes que soy gentilhombre, como el señor de Ventimiglia; pero también tremendo e implacable, como Pedro el Olonés, que fue el más feroz y despiadado filibustero de las Tortugas.

—Ya lo habéis dado a conocer en Puerto Bello y en Puerto Príncipe —dijo Carmaux—. Pero ese perro de Gobernador, que me ha sido pintado como un hombre codiciosísimo, y que en otro tiempo fue amigo del duque de Wan Guld, el suegro del señor de Ventimiglia, sería capaz de hacerla desaparecer.

—¡Desventurado de él! ¡Si el Corsario Negro fue implacable con el Duque, no lo seré yo menos con el Gobernador de Maracaibo, y le perseguiré hasta la muerte! ¡Ah! ¡Si la hija de vuestro antiguo condotiero nos hubiese advertido su llegada a América, los españoles no la hubieran capturado! Los más célebres filibusteros de las Tortugas se hubieran considerado honrados con escoltarla y protegerla. Es extraño que no haya recordado que su padre contaba entre nosotros con un inmenso número de amigos y de camaradas fervientes, y que ignorase que en las Tortugas su padre posee aún una casa y plantaciones que yo administro hace diecisiete años.

—Acaso era su designio llegar entre nosotros de improviso, y sin el encuentro con la fragata española que capturó a la nave holandesa, sería ya la reina de las Tortugas.

—¡Ah! ¡Mira, Carmaux!

—¿Qué ocurre, capitán?

—¡Allá abajo; unos fanales hacia el Norte!

—¿Serán los tres barcos encargados de cazarnos? He oído decir que son grandes naves de alto bordo, tripuladas por marineros capaces de hacer frente a una escuadra más numerosa que la nuestra. ¡Guardémonos de esos lobos, capitán!

—Esos fanales van hacia Septentrión: así, no los encontraremos en nuestra ruta —repuso Morgan.

—¡Con tal que no tomen un rumbo falso para después caer sobre nosotros cuando estemos ocupados con los cañones del fuerte de la Barra! —dijo Carmaux.

—Llegarían tarde. Ve a advertir a Pedro el Picardo que estreche todo lo posible la costa, y has llamar a toda la tripulación a cubierta.

Mientras eran cumplidas sus órdenes, Morgan seguía atentamente con la mirada los seis puntos luminosos, que continuaban alejándose del golfo de Maracaibo, en vez de correr en defensa de la ciudad. Cuando los vio desaparecer en el horizonte respiró libremente, y las arrugas que surcaban su frente desaparecieron.

¡Si volviesen, llegarían cuando todo hubiera terminado! —murmuró—. ¡Cuando despunte el alba estaremos bajo el fuerte de la Barra, y veremos si los españoles resisten largo tiempo!

Las ocho naves que formaban la escuadra se habían replegado hacia la costa, ciñendo el viento cuanto podían.

Ya estaba a la vista la isla de Zapara, y, sin embargó, ninguna luz que indicase alguna vigilancia por parte de los españoles se veía brillar.

Seguramente el Gobernador, considerándose bastante fuerte para resistir cualquier invasión, había tomado la amenaza de Morgan por una simple bravata.

Algunas horas faltaban para el alba cuando la escuadra entraba a toda vela en la laguna de Maracaibo, pasando por entre la península de Sinamarca y la punta occidental de Tablayo.

Todos los hombres estaban en sus puestos de combate, tras las hamacas acumuladas en el bastionaje, o en las baterías detrás de las piezas, y los comandantes, en los puentes con el portavoz en la mano.

—Carmaux —dijo Morgan mirando al fuerte de la Barra, ya a la vista—, da orden a nuestros artilleros de no hacer fuego aunque nos bombardeen los españoles. Obtendremos mejor éxito; te lo aseguro.

Comenzaban a desvanecerse las tinieblas cuando la escuadra apareció ante las aguas jurisdiccionales del fuerte, dispuesta en una línea y con El Rayo en el centro.

Ya había sido dada la voz de alarma, y la guarnición entera del fuerte había subido precipitadamente a los baluartes del castillo. La sorpresa de aquellos soldados debía

de ser grande al ver llegar una escuadra que hasta entonces no había sido vista por las carabelas encargadas de vigilar la entrada de la laguna.

Probablemente el Gobernador no se había tomado la molestia de advertir al comandante del fuerte que se preparase a la defensa, no dando crédito a la amenaza de Morgan.

No obstante, los españoles no habían perdido su presencia de ánimo, y recibieron a la escuadra con un furioso bombardeo, creyendo echarla a pique fácilmente o, por lo menos, obligarla a retroceder hacia el golfo.

Pero tenían que habérselas con gente que no se inquietaba grandemente por los cañones. A pesar de la granizada de balas que caía sobre ellas, las naves corsarias continuaban tranquilamente acercándose sin molestarse en contestar.

Algún palo o algún gallardete caía, alguna amura se hundía y hasta tal cual filibustero era mutilado o muerto por las descargas; pero nadie osaba faltar a la orden de Morgan; tanta era le férrea disciplina que reinaba en los navíos corsarios.

El Rayo se encontraba a dos cables de la playa y se preparaba a botar al mar las chalupas, cuando el furioso cañoneo cesó como por encanto.

Disipado el humo que cubría los baluartes, las tripulaciones, con gran sorpresa, no vieron ni un hombre junto a las piezas.

—¿Qué significa esto? —se preguntó Morgan, que no había abandonado ni un instante el puente de órdenes—. ¿Se rendirán? Sin embargo, tenían este fuerte por inexpugnable. ¡Pedro el Picardo!

El filibustero que llevaba tal nombre, y que, como queda dicho, tenía el mando como segundo y gozaba fama de ser uno de los más intrépidos Hermanos de la Costa, dejó el timón y se acercó al comandante.

—¿Qué opinas de este súbito silencio? —le preguntó Morgan—. ¿Ocultará alguna sorpresa?

—Voy a averiguarlo —repuso el filibustero sin vacilar—. Dadme cuarenta hombres, tened otros cien preparados, y escalaré el fuerte.

—¿Habrán huido?

—Pronto lo sabremos, comandante.

Las chalupas habían sido ya botadas.

El filibustero eligió sus hombres y bogó hacia tierra, mientras las otras naves se preparaban a desembarcar parte de su tripulación para apoyarle en la arriesgada empresa.

Morgan, que temía una sorpresa, hizo descargar los veinte cañones de estribor, que derribaron las defensas avanzadas del castillo; pero nadie respondió ni apareció ningún soldado.

Una vez en tierra, los cuarenta corsarios de El Rayo escalaron las rocas armados tan sólo con una pistola y un sable corto y rivalizando en celeridad.

Aquel silencio, que podía ocultar alguna terrible sorpresa, no los preocupaba.

Acostumbrados a ver huir al enemigo, se tenían por invencibles.

Llegados bajo los muros, lanzaron entre las almenas algunas granadas; luego, trepando unos sobre los hombros de los otros, franquearon la última escarpa y se lanzaron dentro del fuerte gritando como energúmenos.

No encontraron más que los cañones y algunos fusiles abandonados por el enemigo en su silenciosa retirada.

Creyendo no poder contener a los corsarios, y espantada por el número de sus naves, la guarnición se había retirado a toda prisa a Maracaibo, contentándose con poner una mecha encendida en el polvorín para que al volar exterminara a íos corsarios.

Por fortuna, los corsarios estaban todavía en la escarpa cuando sobrevino la explosión.

Se hundieron con estrépito las celdas, las almenas y parte de las murallas, abriendo acá y acullá brechas enormes, pero sin causar destrozos entre la tripulación de El Rayo.

Oyendo aquel estruendo, y viendo alzarse una gigantesca columna de humo, las tripulaciones de las otras naves apresuraron a tomar tierra para correr en ayuda de sus camaradas, a quienes creían en grave aprieto, acaso luchando contra los españoles; pero fueron, por el contrario, acogidos con grandes gritos de victoria.

Informado de la retirada de la guarnición, decidió Morgan atacar la ciudad antes de que sus habitantes pudieran refugiarse en los bosques y poner a salvo sus tesoros.

El estallido del fuerte había es parcido el terror entre aquella desgraciada población, ya que conocía los horrores del saqueo, años antes realizado por los filibusteros del Corsario Negro, de Pedro el Olonés y de Miguel.

En lugar de prepararse a la defensa, se habían dado precipitadamente a la fuga para guarecerse en los bosques vecinos, llevando consigo cuanto tenían de valor.

Hasta entre la guarnición reinaba un pánico que la presencia del Gobernador y de sus oficiales no bastaba a contener.

El nombre de Morgan, el expugnador de Puerto Bello, hacía titubear a los más viejos soldados, que, sin embargo, habían dado tantas pruebas de valor en los campos de Europa, y que habían conquistado y derrocado imperios como los de los Aztecas y de los Incas en México y en el Perú.

Dejando a algunos camaradas de guardia en la escuadra y en las chalupas, los filibusteros se acercaron velozmente, prontos a destruirlo todo.

Morgan iba a su frente con Pedro el Picardo, Carmaux y Van Stiller.

Viéndolos desembarcar, los españoles abrieron un violentísimo fuego de mosquetería, mientras los dos fuertes que protegían la ciudad por el lado de tierra hacían tronar sus cañones.

Pero ya era tarde para detener a los filibusteros, a quienes los potentes cañones del fuerte de la Barra no habían podido contrarrestar ni dispersar.

Los bucaneros, que abundan en las naves corsarias y que en aquella época eran los mejores tiradores del mundo, con descargas bien dirigidas obligaron a la guarnición a abandonar las trincheras y a huir en precipitada fuga.

Diez minutos después las bandas de Morgan entraban en las calles de la desgraciada ciudad, invadiendo las casas y dando sin piedad muerte a cuantos intentaban oponerles resistencia.

# CAPÍTULO VI

## *DON RAFAEL*

Mientras los filibusteros se entregaban al saqueo y amenazaban de muerte a los habitantes si no les entregaban todas sus riquezas o no indicaban los escondites donde habían colocado sus tesoros, Morgan, con unos cincuenta marineros, se había dirigido hacia el palacio del Gobernador, en el cual esperaba encontrar al Gobernador, y donde temía hallar alguna resistencia.

Pero ya no había nadie. Todos habían huido dejando el portalón abierto y el puente levadizo caído.

Tan sólo siete horcas, de las cuales colgaban los siete filibusteros que habían acompañado al plantador, se elevaban en la amplia y desierta plaza.

Al verlas, un alarido de rabia estalló en el destacamento de Morgan.

—¡Incendiemos el palacio del Gobernador!

—¡Venganza, capitán; venganza! ¡Degollémoslos a todos!

Pedro el Picardo, que formaba parte del destacamento, gritó: —¡Traed aquí dos barriles de pólvora, y volaremos el palacio!

Ya algunos hombres se disponían a cumplir la orden, cuando los detuvo otra breve, pero enérgica, de Morgan.

—¡Soy yo quien manda aquí! ¡El que se mueva, puede considerarse muerto!

El filibustero se había lanzado entre la furibunda turba con el sable en la diestra y la pistola en la siniestra.

—¡Insensatos! —gritó—. ¿A qué hemos venido aquí? ¿No pensáis que acaso en ese palacio, en algún lugar secreto, puede hallarse la hija del caballero de Ventimiglia? ¿Queréis matarla por una estúpida venganza?

Al oír estas palabras la ira de los filibusteros amainó.

¿Quién podía asegurar que antes de huir no hubiese escondido el Gobernador en algún subterráneo a la joven por cuya salvación habían intentado aquel golpe de mano?

—¡Por las arenas de Olona, como decía Pedro el Olonés! —exclamó el Picardo —. ¿Qué locura íbamos a.hacer? ¡Capitán Morgan, somos unos estúpidos!

—¡En vez de gritar como locos —dijo el almirante de la flota corsaria—, tratad de hacer el mayor número posible de prisioneros! ¡Alguno quizás sepa decirnos dónde está la hija del Corsario Negro. Si se niegan, los encerramos a todos aquí dentro, y —¡palabra de Morgan!— los haremos saltar por los aires en unión del palacio, como

hicimos con la guarnición de los castillos de Puerto Bello.

—¡Eso se llama hablar bien! —dijo Carmaux, que también formaba parte del destacamento—. ¡Eh, hamburgués! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, compadre! —repuso Van Stiller.

—¡De caza, amigo! ¡Tratemos de coger algún pez gordo!

—¡No deseo otra cosa!

—¡Entonces, en marcha!

Mientras Morgan entraba con varios de sus oficiales en el palacio del Gobernador para recorrerlo de arriba a abajo y los otros se dispersaban en varias direcciones en busca de prisioneros, Carmaux y Van Stiller, que conocían bastante la ciudad, pues habían estado en ella dos veces con el Corsario Negro muchos años antes, tomaron una callejuela que serpenteaba por entre los muros de algunos jardines.

—¿Adónde me llevas? —preguntó el hamburgués después de recorrer unos cien pasos sin encontrar a nadie—. No es por aquí por donde huyen los habitantes...

—Quiero ir a hacer una visita a la taberna del Toro —repuso Carmaux—. Apostaría una piastra contra un doblón a que encontraremos a alguien por allá. Los nuestros no deben de haber llegado allí todavía.

—En efecto; no oigo ningún tiro en dirección de la laguna.

—¡Alarga el paso, hamburgués!

Los filibusteros de la escuadra, que apenas habían entonces comenzado el saqueo, se encontraban todavía en los suburbios que se prolongaban tras el fuerte de la Barra, y aún no habían llegado al centro de la ciudad.

Por aquella parte se oían espantosos clamores, seguidos de alguna que otra descarga de fusiles, y se veían de vez en cuando ligeras columnas de humo.

Por el contrario, en los jardines y casas adyacentes reinaba un silencio absoluto.

La población debía de haber aprovechado la breve resistencia opuesta por las tropas para desalojar precipitadamente, internándose en los bosques o en las islas de la laguna.

Carmaux y el hamburgués veían de cuando en cuando algún hombreo mujer atravesar velozmente los jardines; pero no trataban de detenerlos.

Hacía ya diez minutos que corrían, cuando se encontraron en una plazoleta en cuya extremidad y ante una puerta colgaban dos cuernos.

—¡La taberna! —dijo Carmaux.

—Sí; la reconozco por la muestra —repuso Van Stiller.

—También de aquí han desalojado, según parece.

—En efecto; no veo a nadie, y todas las puertas de las casas están abiertas.

—¿Habremos llegado tarde?

—Volvamos a los suburbios, Carmaux. Allí no nos faltarán fugitivos.

—¡Cuerpo de un barril sin fondo!

—¡Calla!

—¿Qué te ocurre?

—¡Alguien se acerca!

Junto a la taberna desembocaba una calle, y por allí se oía acercarse un tropel de personas corriendo desesperadamente.

—¡Atención, hamburgués! —gritó Carmaux lanzándose hacia allá.

Apenas había llegado al ángulo, cuando un hombre cayó entre sus brazos. Carmaux le estrechó contra su pecho, gritándole con voz de amenaza:

—¡Ríndete!

En el mismo instante ocho o diez negros que corrían alocados, cargados de voluminosos paquetes tropezaron con el hamburgués tan violentamente que éste cayó al suelo antes de poder levantar el arcabuz.

—¡Truenos de Hamburgo! —había gritado Van Stiller—. ¡Me despachurran!

Al oír aquella voz el hombre que había caído entre los brazos de Carmaux había levantado la cabeza, dejando escapar un grito de angustia.

—¡Muerto soy!

Carmaux soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡El plantador! ¡Agradable encuentro! ¿Cómo estáis, señor Rafael?

Sintiendo aflojar el brazo que le oprimía, el desgraciado plantador dio dos pasos atrás, repitiendo con voz desconsolada:

—¡Muerto soy! ¡Muerto soy!

—¡Realmente es manía la que tenéis de creer siempre que estáis muerto! —dijo Carmaux, que no dejaba de reír—. ¡Sin embargo, a mí me parece que estaréis a fuerza de salud!

—¡Bah! —exclamó en aquel momento Van Stiller, que se había levantado—. ¿Qué veo? ¿El plantador? ¡Buena presa, Carmaux!

Mudo de terror, don Rafael miraba a uno y a otro mesándose los cabellos.

—Hamburgués —dijo Carmaux—, haz una excursión a la taberna y trata de encontrar alguna de aquellas deliciosas botellas de Alicante. Este pobre señor necesita un buen vaso de vino. ¿No es así, don Rafael? Os aseguro que os sentaría admirablemente y contribuiría a disipar vuestro miedo. ¡Vamos, por cien mil delfines! ¡No os caigáis!

—¡No me matéis! —suplicó el plantador.

—¡Nadie piensa en eso, don Rafael! Pues qué, ¿nos tomáis por bandidos?

—¡Sois filibusteros!

—Sí; gente honrada.

—¡Ay de mí! —suspiró el plantador—. ¡Me ahorcaréis para vengar a vuestros camaradas, a quienes el Gobernador hizo colgar en las horcas de la Plaza Mayor!

—¡No fuisteis vos!

—Ya lo sé; pero vuestro comandante quizá lo crea.

—¡Bah! —dijo Carmaux, que se divertía inmensamente y hacía sobrehumanos

esfuerzos por permanecer serio—. ¡Valor, señor mío! He aquí a Van Stiller, que trae triunfalmente cuatro botellas que deben de haber sido encorchadas en tiempo de Noé. ¡Por Baco! ¡Qué olfato tiene este hamburgués! ¡Ha descubierto en seguida la bodega!

Carmaux había cogido por un brazo al plantador y le apretaba para que no se escapase, cuando a breve distancia resonaron algunos tiros de arcabuz, y por una calle lateral desembocaron corriendo velozmente varios hombres, que llevaban sobre los hombros grandes envoltorios conteniendo, probablemente sus últimas riquezas.

—¡Misericordia! —exclamó el plantador—. ¡Nos matan!

—¡Razón de más para refugiarse en la taberna! —dijo Carmaux—. ¡No sabe uno lo que puede pasar!

Le empujó violentamente al interior de la taberna, donde estaba Van Stiller decapitando con su sable cuatro botellas.

La sala estaba vacía, pero en completo desorden. La mesa en que reñían los gallos yacía con las patas por lo alto, las mesitas habían sido amontonadas junto a las paredes, y taburetes, vasos y botellas hallábanse esparcidos por el suelo.

Parecía que antes de huir, el propietario no había querido destrozar cuanto no podía llevarse.

—¡Con tal que esté intacta la bodega! —dijo Carmaux—. ¿Es así, hamburgués?

—¡Verdadero Alicante! —contestó Van Stiller paladeándolo como inteligente—. ¡Es del mismo que bebimos la noche de la riña de gallos! Cuida de que no vengan otros a bebérselo, porque no he encontrado más que estas botellas. ¡Ese imbécil tabernero ha inutilizado casi todas sus existencias! ¡Necio! ¡Podía habérselas bebido si no quería dejárnoslas!

Llenó un vaso, encontrado intacto por milagro, y se lo ofreció al plantador diciéndole:

—¡Elixir de larga vida, señor español! Es de aquél... ¿Os acordáis?

Don Rafael, que sentía flaquear sus piernas, lo vació de un trago, y murmuró las gracias.

—¡Otro! —dijo Carmaux, mientras el hamburgués se llevaba a los labios una de las cuatro botellas.

—¿Queréis embriagarme por segunda vez para después ahorcarme? —preguntó don Rafael.

—¿Os ha dicho alguien que el capitán Morgan haya decretado vuestra muerte? —preguntó gravemente Carmaux.

—Entonces, ¿soy un moribundo? —exclamó don Rafael poniéndose lívido—. ¿Quiere vengar en mí la muerte de sus siete marineros?

Carmaux le miró algunos instantes frunciendo el entrecejo, y dijo:

—De vos depende que os salvéis.

—¿Qué debo hacer? ¡Decídmelo! ¡Soy rico, y puedo pagar un gran rescate a vuestro capitán!

—Ése nos lo pagaréis a nosotros, querido señor —dijo Carmaux—, ya que nosotros hemos sido los que os hemos hecho prisionero; pero por ahora no se trata de dinero, sino de la piel.

—¡Explicaos mejor! —dijo don Rafael, que ya respiraba más libremente—. ¡No tengo ningún deseo de bailar un fandango de una cuerda!

—Entonces, contestad, y pensad bien lo que decís —dijo Carmaux, que de repente se había puesto amenazador—. ¿Dónde está escondida la señorita de Ventimiglia?

—¡Cómo! —exclamó don Rafael haciendo un gesto de sorpresa—. ¿No la habéis encontrado?

—No.

—Sin embargo, yo no la he visto huir con el Gobernador.

—¡Ah! ¡Ese buen señor se ha largado! —exclamó Van Stiller con voz irónica.

—Con sus oficiales y en buenos caballos —repuso el plantador—. A estas horas debe estar ya muy lejos, y tendríais mucho que correr para alcanzarle.

—¿Y no iba con él la hija del Corsario Negro?

—No.

—¡Don Rafael! —gritó Carmaux dando un puñetazo formidable sobre la mesa—. ¡Mirad que os jugáis la vida!

—Ya lo sé, y por lo mismo no he de engañaros.

—Entonces, ¿está aquí todavía? —Tengo la más completa seguridad.

—¿La habrá matado? —preguntó Carmaux palideciendo.

—No creo que el Gobernador haya tenido el valor de mancharse las manos con su propia sangre.

—¿Qué decís? —preguntaron a la vez los dos filibusteros.

El plantador se mordió los labios como arrepentido de haber dejado escapar tales palabras, y encongiéndose de hombros, dijo:

—¡Yo no he jurado guardar el secreto! Además, mi vida está en vuestras manos y tengo el derecho de defenderla lo mejor posible.

Carmaux bebió un sorbo de Alicante y, cruzando los brazos y clavando la mirada en el plantador, dijo:

—Don Rafael, hablad pronto o doy orden a Van Stiller de que vaya a colgar, otra cuerda en una de las horcas de la Plaza Mayor. ¡Y os advierto que no acostumbro a bromear! ¿De qué sangre habláis?

—¿Tendréis paciencia para escucharme?

Iba a contestar Carmaux, cuando algunos disparos sonaron en la plaza y varias personas pasaron corriendo frente a la taberna.

Cinco o seis filibusteros, que empuñaban arcabuces aún humeantes, viendo la muestra del Toro se lanzaron a la taberna, gritando:

—¡Una bodega! ¡Hurra! ¡Vaciemos los pellejos!

Carmaux se lanzó con el arcabuz en la mano, gritando:

—¡Atrás, camaradas!

—¡Vaya! —exclamó uno de aquellos corsarios—. ¡Los dos inseparables! ¿Queréis bebéroslo todo? ¡Satanás! ¡El español que ha hecho ahorcar a nuestros compañeros! ¡Quemadle vivo!

—¡Es nuestro prisionero! —gritó Carmaux.

—¡Aunque lo fuera del diablo yo no me voy sin abrirle un agujero en la tripa! —dijo otro corsario—. ¡Fuera, camarada! ¡Ese hombre pertenece a la justicia de los Hermanos de la Costa!

El pobre don Rafael, que estaba blanco de terror, se había refugiado detrás de la mesa y trataba de encogerse cuanto podía.

—¡Fuera de aquí! —gritó Carmaux apuntando resueltamente su arcabuz contra los filibusteros—. ¡Este hombre es prisionero del almirante y fusilaré a quien le toque! ¡Palabra de Carmaux!

Oyendo estas palabras, los corsarios se detuvieron titubeando, volvieron la espalda y se alejaron corriendo; tanto era el terror que inspiraba Morgan, hasta entre aquellos depredadores del mar, que no reconocían leyes ni gobiernos.

—¡Hablad ahora! —dijo Carmaux y volviéndose hacia el plantador—. Ya nadie vendrá a molestaros.

Don Rafael bebió de un trago un vaso de Alicante para tomar fuerzas, y dijo:

—La historia que voy a narraros es un secreto que sólo poquísimos españoles conocen y que todos vosotros ignoráis. Pero antes de empezarla quisiera saber por qué existía un implacable odio entre el Corsario Negro, señor de Ventimiglia, y el duque de Wan Guld, Gobernador que fue de esta ciudad. Vos, que habéis sido marineros, y acaso confidente del terrible Corsario, que tanto mal hizo en nuestras colonias, debéis de saber algo, y yo esclareceré acaso el porqué del odio que el Gobernador actual siente hacia la joven hija del Corsario.

—¡Cómo! —exclamó Carmaux—. ¿El Gobernador odia a la hija del Corsario Negro? ¿No es, pues, tan sólo el interés lo que le ha empujado a hacerla prisionera?

—Sí; hay aquí un odio de sangre —dijo gravemente don Rafael—. Si el duque ha muerto, ha dejado unvengador no menos implacable que él.

—¿Qué me decís? —preguntó aterrado Carmaux.

—Contestad a la pregunta que os he hecho, y me explicaré mejor.

# CAPITULO VII

## *EL MONASTERIO DE LOS CARMELITAS*

Carmaux, que parecía presa de vivísima agitación, quedó algunos instantes en silencio; luego dijo:

—El odio entre El Corsario Negro y el duque de Wan Guld se remonta a hace veintidós años, y no tuvo su principio en América, sino en Flandes.

"Eran entonces los señores de Ventimiglia cuatro hermanos, y combatían contra España con las tropas del duque de Saboya, aliado de Francia. Todos eran gallardos, valientes, audaces y tenían fama de ser los más nobles gentileshombres del Piamonte.

"Un día estaban sitiados con su regimiento en un castillo flamenco por un número extraordinario de españoles y al mando del duque Wan Guld, que se había puesto al servicio de los duques de Saboya.

"Tenazmente resistieron algunas semanas, hasta que una noche el enemigo entró en el castillo a traición y se apoderó de él después de haber muerto a uno de los cuatro hermanos, que había acudido a cortarle el paso. Un hombre había vendido el castillo abriendo sus puertas: aquel miserable era el duque de Wan Guld.

—Ya había oído hablar vagamente de esa historia —dijo don Rafael—. ¡Continuad!

—Para sustraerse a la ira de los señores de Ventimiglia, el duque pidió al Gobierno español un puesto en las colonias de América, y fue nombrado gobernador de esta ciudad.

—¡Era el precio de la traición! —dijo el hamburgués golpeando la mesa.

—El duque —prosiguió Carmaux— creía haber sido olvidado por los señores de Ventimiglia; pero se engañaba. No habían pasado seis meses desde que tomó posesión de su cargo, cuando aparecieron en las Tortugas tres naves tripuladas por los tres hermanos piamonteses. Eran

El Corsario Negro, El Corsario Rojo y El Verde, que habían jurado no dar paz al traidor y vengar a su hermano, asesinado en el castillo.

—Conozco lo ocurrido —dijo don Rafael—. Después de varias vicisitudes, el duque logró capturar y ahorcar al Corsario Verde, y luego al Rojo, mientras El Negro, sin saberlo, se enamoraba de la hija de su mortal enemigo, creyéndola una princesa flamenca.

—Así es —repuso Carmaux—; y cuando el Corsario Negro, que había jurado

sobre los cadáveres de sus hermanos exterminar sin misericordia a 'cuantos llevasen el nombre del traidor, supo que la joven a quien amaba era la hija del duque, aunque llorando, la abandonó en medio de las aguas en una chalupa cuando iba a estallar la tempestad en el golfo de México. Pero Dios velaba por ella, y la chalupa, en vez de ser tragada por el abismo, fue a naufragar en las costas meridionales de La Florida, habitadas por una tribu de caribes, los cuales, seducidos por su belleza maravillosa, en vez de devorar a la gentil doncella, la proclamaron su reina.

—¿Y el Corsario mató al duque? —preguntó don Rafael?

—No; porque habiéndole abordado algunos meses después, también en las aguas de La Florida, antes que caer vivo en manos de su enemigo, el viejo traidor prendió fuego a la santabárbara y se fue a pique con su nave en el golfo mexicano.

—¿Estaba todavía a bordo el Corsario?

—Nosotros —dijo Carmaux —ya habíamos expugnado el navío del duque cuando la explosión nos lanzó al agua en unión del Corsario. Salvados sobre algunos maderos, por una afortunada casualidad llegamos dos días después a las costas de La Florida, donde nos hicieron prisioneros los súbditos de la duquesa, la reina de los caribes. Si no nos devoraron fue porque la hija de Wan Guld nos reconoció a tiempo y porque aún no se había extinguido en ella el amor profundo que sentía por El Corsario.

—¿Y no se vengó? —preguntó don Rafael.

—¡Al contrario! Una noche se embarcaron juntos en una chalupa, y durante muchos años no se supo nada de ellos. Fue un filibustero italiano quien más tarde nos hizo saber cómo la duquesa y El Corsario habían sido recogidos en alta mar por una nave inglesa en ruta hacia Europa, y conducidos al Piamonte, donde se desposaron.

"Su felicidad, como acaso ya sabréis, fue corta. Diez meses después la duquesa moría dando a luz una niña, y al año siguiente El Corsario, que no podía resignarse a la pérdida de su compañera, se hacía matar en los Alpes combatiendo contra los franceses, que habían invadido la Saboya y amenazaban al Piamonte.

—Así fue —dijo don Rafael—. El Gobernador de Maracaibo fue bien informado.

—¿Por qué se interesaba tanto por El Corsario? —preguntó sorprendido Carmaux.

—Porque había recibido de su padre una terrible misión.

—¿Cuál?

—La de vengarle.

—Pero, ¿quién era su padre?

—El duque de Wan Guld.

Un grito de estupor lanzaron simultáneamente Carmaux y Van Stiller...

Ambos se pusieron en pie.

—¡El duque ha dejado un hijo! —exclamaron.

—Sí; un hijo tenido con una marquesa mexicana, y a quien se puso el nombre de conde de Medina y de Torres, puesto que no podía llevar el de su padre.

—¿Y es él el Gobernador de Maracaibo? —preguntó Carmaux.

—Sí; y él ha sido quien ha hecho prisionera a Yolanda de Ventimiglia, hija del Corsario Negro. Fue informado por los agentes, a quienes había enviado a Italia para espiar al Corsario, de que la joven había embarcado en una nave holandesa en ruta para América, a fin de entrar en posesión de los inmensos bienes dejados por el duque.

"Dos poderosas naves fueron enviadas a vigilar el paso de Las Antillas, con encargo de capturar al velero holandés, temiendo el conde de Medina que la hija del Corsario fuese antes a las Tortugas para pedir ayuda a los filibusteros en el intento de recobrar los bienes que el Gobierno español, por instigación del gobernador de Maracaibo, había secuestrado.

—¿Por qué?

—Para vengarse del mal causado por El Corsario Negro a las colonias españolas —dijo don Rafael.

—¿Y quién administra esos bienes? —preguntó Carmaux.

—El bastardo del duque, que acabará por quedarse con ellos. Por si no lo sabéis, os diré que esas posesiones valen acaso más de diez millones.

—¿Y no las reclamó la duquesa de Wan Guld, la esposa del Corsario?

—Ciertamente; pero sin resultado.

—¡Por cien millones de arenques! —exclamó Carmaux—. ¡Ahora comprendo mejor que antes por qué ese bandido del Gobernador tenía tanto interés en aprisionar a la hija del Corsario y tenerla en su poder! ¡Mi querido don Rafael, he aquí una magnífica ocasión para que salvéis vuestro pellejo y su contenido! Yo me comprometo a que os respeten mis camaradas; pero es necesario que descubramos el paradero de la joven. Si el Gobernador no se la ha llevado consigo.

—De eso estoy seguro —dijo el plantador.

—Debe de estar aún aquí. Pero ¿dónde? A vos os toca decirlo.

Don Rafael permaneció un momento en silencio y con la mente entre las manos, como si pensase profundamente.

De pronto se levantó, diciendo:

—¡Sí; tan sólo al capitán Valera puede haber sido confiada!

—¿Quién es ese capitán? —preguntó Carmaux.

—Un íntimo amigo del conde de Medina, y casi su sombra.

—¿Dónde vive?

—En el convento de los Carmelitas.

—¿No habrá huido?

—No. Estará quizás escondido en los subterráneos, que son muy extensos, y que, según dicen, comunican con la laguna.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un valiente, capaz de defender con su vida la presa que le han confiado.

—¡No perdamos tiempo! —dijo Carmaux—. Si los subterráneos comunican con el lago, ese bribón puede fugarse esta noche con la joven.

—¡Enviemos un aviso al capitán! —dijo Van Stiller.

—¡Y traed con vosotros algunos hombres! —dijo don Rafael.

—¡Ya somos muchos yendo los dos! —dijo Carmaux—. Sabemos manejar la espada como dos gentileshombres; ¿verdad, Van Stiller?

—Somos discípulos del Corsario Negro, la primera y más fuerte espada de las Tortugas —repuso el hamburgués.

—¡En marcha! —continuó Carmaux.

Vaciaron la última botella y salieron.

Dos filibusteros cargados de vasos de plata y objetos sagrados, probablemente robados en alguna iglesia vecina, pasaban en aquel momento ante la taberna.

—¡Ohé, camaradas! —les gritó Carmaux—. ¡Advertid sin pérdida de tiempo al capitán Morgan que estamos sobre la pista de la hija del Corsario Negro y que no se preocupe si tardamos en volver.

—¡Buena suerte, Carmaux! —contestaron los dos corsarios alejándose velozmente.

—¿Está cargado tu arcabuz, hamburgués? —preguntó Carmaux.

—¡Sí, compadre!

—Guiadnos, don Rafael, y no olvidéis que vuestra vida está en manos de la señorita de Ventimiglia.

—Ya lo sé —repuso el plantador exhalando un suspiro—, y haré lo posible por salvarla.

Se dirigió hacia una calle, que debía de ser un atajo, abierto entre una plantación de añil y de caña de azúcar, haciendo seña a los dos filibusteros de que le siguieran.

El saqueo de la ciudad continuaba en los barrios centrales.

Más allá de la doble fila de casas y palacios se elevaban nubarrones de humo y chispas, y se oían disparos de fusil y ensordecedores clamores.

Probablemente la parte de población que no había tenido tiempo para salvarse en los bosques trataba de oponer resistencia a los saqueadores, y éstos procuraban espantarla descargando sus fusiles e incendiando cabañas y casas.

Después de recorrer algunas callejuelas que separaban las últimas casas de la ciudad de las plantaciones y de la laguna, don Rafael se detuvo ante un viejo palacio, ennegrecido por el tiempo y coronado por dos torrecillas campanarios.

—El convento de los Carmelitas —dijo.

—Parece que lo han abandonado sus habitantes —dijo Carmaux, viendo la puerta abierta.

—Han huido todos. Ya sabéis que los corsarios infieles no perdonan a nuestros frailes.

—Es verdad —repuso Van Stiller—. A cuantos cogen los matan a pistoletazos. ¡Son verdaderos salvajes esos puritanos!

—¿Entramos? —preguntó el plantador.

—¡Por Baco! —exclamó Carmaux—. ¡Quiero ver al valiente capitán, si no se ha ido!

—Estoy cierto de que no ha huido.

—¡Prepara las armas, hamburgués!

Empujaron la puerta de hierro, que estaba entornada, y se encontraron en una vastísima sala. Era una especie de capilla; a derecha e izquierda había algunos altares, en los cuales brillaban muchas antorchas.

Aunque los filibusteros de Morgan no habían llegado hasta allí, reinaba en aquel recinto un gran desorden.

Bancos y sillas estaban unos encima de otros, los altares habían sido precipitadamente despojados de cuanto tenían de valor, y por el suelo, yacían cuadros, imágenes sagradas y crucifijos.

—¿Es grande este monasterio? —preguntó Carmaux.

—Bastante —repuso don Rafael—. Pero creo inútil recorrer las salas y las celdas. Si el capitán se encuentra aquí, estará en los subterráneos.

—¿Dónde están?

Don Rafael indicó un ángulo de la iglesia, diciendo:

—Bajo esa piedra.

—¿Tiene compañeros vuestro capitán?

—Lo ignoro.

—¡Ah, diablo! —exclamó Carmaux—. ¿Habremos cometido una imprudencia no trayendo refuerzos? ¿Qué opinas, hamburgués?

—Que somos fuertes, que estamos bien armados —repuso Van Stiller y que no es éste el momento de abandonar la empresa.

—¡Hablas como un libro impreso, compadre! ¡Ya que hemos empezado, pase lo que pase, terminaremos!

Imitando al hamburgués, recogió un cirio del suelo, lo encendió y se dirigió hacia el ángulo indicado por el plantador.

—Confío, don Rafael —dijo—, en que no trataréis de prepararnos una encerrona. Yo iré delante, pero mi compañero os seguirá espada en mano. Y os advierto que cuando tira una estocada atraviesa a un hombre como a un escarabajo.

El plantador se enjugó el sudor que le bañaba la frente.

Tras una especie de nicho se veía una piedra circular provista de una argolla de hierro y que parecía cubrir alguna tumba.

En efecto: se veían algunas letras esculpidas en ella, y hasta un blasón que representaba dos leones rampantes en una faja diagonal.

—¡Aquí es! —dijo con voz ahogada el plantador.

Carmaux pasó el cañón del arcabuz por la argolla, y con ayuda del hamburgués levantó la piedra.

Una bocanada de aire fétido hizo retroceder a los dos corsarios.

—¡Vaya un escondite mal perfumado! —dijo Carmaux—. ¿Es posible que el capitán se haya refugiado aquí dentro?

—Sin duda alguna —dijo el plantador.

—¿Cómo lo sabéis vos?

—Por el Gobernador y por el superior del monasterio.

—¡Sabéis muchas cosas, don Rafael! ¡Ha sido una verdadera fortuna haberos encontrado en la riña de gallos aquella noche!

—¡O una desgracia!

—Acaso para vos, pero no para nosotros —dijo riendo Carmaux—. ¡Vaya, bajemos!

Una escalerilla de piedra en forma de caracol conducía al interior de los subterráneos del monasterio.

Carmaux desenvainó la espada, encendió el cirio del hamburgués y bajó resueltamente, mirando con cuidado dónde pisaba.

Don Rafael le seguía, murmurando. Van Stiller iba el último, con el arcabuz amartillado.

Después de descender quince escalones, los dos filibusteros y el plantador se encontraron en una especie de cripta, en cuyas paredes se veían féretros de piedra con blasones e inscripciones diversas.

—¿Son los sepulcros del monasterio? —preguntó Carmaux.

—Sí —repuso don Rafael.

—¡El sitio no es de los más alegres! ¡Preferiría estar en la taberna del Toro ante dos botellas de jerez!

De repente se volvió hacia el plantador, diciéndole:

—¿Supongo, don Rafael, que no tendréis intención de meternos en un atolladero?

—¡Los muertos no matan! —repuso el plantador.

—¿Y si estuviesen aquí escondidos el Gobernador y sus oficiales?

Don Rafael se encogió de hombros.

—Ésos están muy lejos —dijo.

—¿Adónde vamos ahora?

—Entrad en aquella galería que conduce al refugio del capitán Valera.

—¿Estará solo con la hija del Corsario Negro?

—No puedo saberlo, ya os lo he dicho.

—¡Vamos, compadre! —dijo Carmaux al hamburgués—. ¡No quiero que este hombre crea que tenemos miedo!

Elevó la antorcha para ver mejor por dónde iba, y penetró resueltamente en el corredor, llevando la espada desnuda. Hasta en aquel corredor se veían tumbas y monumentos que representaban caballeros españoles con coraza, espada y yelmo.

Pocos minutos tardaron en llegar ante una cancela de hierro medio oxidado, que no estaba cerrada.

En la parte de allá se veía una segunda cripta, y al final Carmaux y Van Stiller distinguieron con alegría un sutil rayo de luz que se proyectaba sobre el húmedo y negro pavimento del subterráneo.

—¡Ya estamos! —murmuró Carmaux apagando las antorchas.

—¿He cumplido mi promesa? —preguntó don Rafael.

—¡Como un gentilhombre! —dijo Carmaux—. ¿Encontraremos aquí a la hija del Corsario Negro?

—Estoy seguro.

—Le han buscado una prisión detestable.

—Necesitaban sustraerla a vuestras pesquisas.

—¡Compadre Stiller, prepárate a luchar! —dijo Carmaux—. ¡El capitán no se rendirá sin defenderse!

—De eso estoy seguro —dijo don Rafael—. ¡Es un valiente!

Se acercaron con cautela y vieron que un tenue rayo de luz salía por debajo de una puerta.

Carmaux pegó un ojo a la cerradura y miró atentamente, conteniendo la respiración.

Vio una estancia bastante grande, con las paredes cubiertas de madera y sencillamente amueblada con algunos estantes y viejas poltronas de cuero de Córdoba.

Dos hombres sentados ante una mesa que había en el centro parecían engolfados en una partida de ajedrez.

El uno tenía aspecto de gentilhombre y lucía el elegante traje de los españoles ricos; el otro parecía un soldado, pues llevaba una coraza, y en la cabeza un medio yelmo de acero con una pluma.

—¡Son dos nada más! —dijo Carmaux en voz baja al hamburgués.

—¿Está abierta la puerta?

—Me parece que sí. —¡Entremos! ¿Y las antorchas? —La estancia está iluminada: no nos hacen falta.

—¡Adelante, pues!

Carmaux empujó violentamente la puerta, que no debía de haber sido asegurada por la parte interior, y penetró con la espada en la mano, diciendo con voz un tanto irónica:

—¡Buenas noches, señores!

# CAPÍTULO VIII

## *UN DUELO TERRIBLE*

Viendo entrar a aquellos tres personajes, dos de ellos armados de espada y arcabuz, los jugadores se habían puesto rápidamente en pie.

El que parecía gentilhombre era de alta estatura, delgado como un vizcaíno, con las piernas y los brazos extremadamente largos, y podría tener unos cuarenta años.

Su rostro, de líneas duras y angulosas y con los ojos grises de mirada viva, no era simpático.

El otro, el que debía de ser soldado, era bajo de estatura y bronceado como un indio, o, por lo menos, como un mestizo.

Tenía ojos muy negros y facciones menos duras que su compañero, aunque su rostro recordaba algo el del jaguar.

—¿Cuál de vosotros se llama el capitán Valera? —preguntó Carmaux, descubriéndose con fina cortesía.

—¡Yo soy! —repuso el hombre delgado mirándole de pies a cabeza—. ¿Y vos, quién sois?

—¿Os interesa saberlo?

—¡Sí, antes de echaros de aquí a puntapiés!

—¡Ah! ¡Eso me parece algo difícil, señor mío! —dijo riendo el filibustero—. Tengo, pues, el honor de deciros que somos dos corsarios a las órdenes del capitán Morgan.

Una blasfemia salió de los labios del español.

—¿Quién os ha guiado hasta aquí?

Carmaux había lanzado una rápida ojeada hacia la puerta y vio sólo al hamburgués. El prudente don Rafael no había osado presentarse ante el capitán, que probablemente no le conocía.

—Hemos venido solos —dijo, juzgando inútil comprometer al plantador.

—¿Y qué queréis?

—Nada más que la restitución de la señorita de Ventimiglia, que os ha sido confiada por el conde de Medina.

—¿Quién os lo ha dicho? —gritó el capitán desenvainando rápidamente la espada.

—¡Despacio con las armas! —dijo Carmaux dando dos pasos hacia adelante, mientras el hamburgués levantaba el arcabuz.

—¿Nos amenazáis?

—Somos gente de guerra, querido señor. ¡Basta! ¡Ya hemos hablado bastante, y no tenemos tiempo que perder! ¡Entregadnos a la hija del Corsario Negro!

—¡A mí, Alcázar! —gritó el capitán—. ¡Aplastemos a estos bandidos!

El soldado se lanzó espada en mano: con un brusco movimiento tiró la mesa con los candelabros, quedando los combatientes rodeados de tinieblas.

Van Stiller había disparado sobre el capitán; pero a causa de la oscuridad había errado el golpe.

—¡Mano a la espada, compadre! —gritó Carmaux.

—¡Se nos vienen encima! ¡Don Rafael, encended una antorcha! Nadie contestó.

—¡Truenos de Hamburgo! —gritó Stiller, retrocediendo hacia la puerta y dando tajos a diestro y siniestro para impedir que los españoles se acercasen—. ¡El plantador se ha escurrido como una anguila! ¿Puedes resistir tú solo algunos minutos?

—¡Sí, compadre!

Carmaux llegó a la puerta, y recordando que habían dejado las antorchas en el corredor apoyadas en la pared, se adelantó a tientas para cogerlas y encenderlas con la mecha y el pedernal.

El hamburgués, que ya no corría peligro de ser herido por su compañero, tiraba estocadas en todas direcciones y se cubría con molinetes vertiginosos, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Avanzad, si os atrevéis! ¡Tomad ésta, capitán! ¡Para ti, soldaducho, que tiemblas como un conejo! ¡Truenos de Hamburgo! ¡He de haceros cinco mil pedazos!

Los dos españoles, atrincherados detrás de la mesa, también tiraban mandobles por doquier para alejar a sus adversarios, y gritaban simultáneamente:

—¡Ladrones!

—¡Asesinos!

—¡Fuera de aquí, bandidos!

—¿Queréis la hija del Corsario? ¡Tomadla con la punta del acero!

Mientras los tres hombres batallaban en las tinieblas sin atreverse a avanzar un paso, Carmaux había, por fin, encontrado las antorchas pero no al plantador, que había aprovechado la ocasión de huir, y encendió una.

—¡Ahora veremos cómo se las arreglan! —dijo—. ¡Es preciso que dejen el paso libre, o los atravesaré con la estocada napolitana que me enseñó El Corsario Negro!

Abrió la puerta y se precipitó en la sala gritando:

Los dos españoles se pusieron en guardia y respondieron:

—¡Avanzad, si os atrevéis! Carmaux plantó la antorcha en una fisura del pavimento, y avanzó diciendo:

—¡Tú, con el soldado; yo, con el capitán!

—¡Sí! —repuso el hamburgués.

Pero antes de cruzar los aceros, Carmaux hizo una última tentativa.

—Somos discípulos del Corsario Negro, que fue el más formidable espadachín de las Tortugas —dijo—. ¡Os mataremos con toda seguridad! ¿Queréis rendiros y entregarnos a la señorita de Ventimiglia?

—¡El capitán Valera no se rinde a un granuja de tu especie! —repuso el español —. ¡Ya verás cómo te rajo el vientre!

—¡Truenos del aire! ¡Sea!

De un salto se lanzó Carmaux a la mesa tras la cual estaban los dosespañoles, y cruzó su espada con la del capitán.

Van Stiller por su parte, cayó sobre el soldado, que se vio obligado a abandonar su refugio para no ser cogido de espaldas.

Los cuatro duelistas mostraban conocer a fondo los secretos de la esgrima y ser espadachines de valía.

Pero los dos corsarios, que habían hechos sus primeras armas con El Corsario Negro, el más famoso esgrimidor de su tiempo, desde los primeros golpes inspiraron algún miedo a los españoles, que se habían figurado poder terminar pronto el combate, por no ser temibles en general los filibusteros más que como arcabuceros, Carmaux atacaba furiosamente al capitán, sin concederle un instante de tregua. Le había obligado a abandonar el parapeto y retroceder dos o tres veces, y a la sazón combatían en un ángulo de la sala.

Van Stiller enloquecía al soldado con una lluvia de estocadas. Ya le había tocado dos veces; pero como el español tenía el pecho cubierto con la coraza, no le había hecho ningún daño.

Se comprendía que su adversario, bastante menos diestro que el capitán, no podía resistir demasiado tiempo.

—¿Te rindes? —preguntó al cabo de un rato el hamburgués, viendo que ya no paraba las estocadas con la rapidez de antes.

—¡Nunca! —contestó el soldado—. ¡Los coraceros mueren, pero no se rinden!

—¿No ves que voy a matarte y que ya no puedes más? —¡Entonces, toma ésta!

El soldado, que estaba junto al marco, con un movimiento imprevisto se lanzó sobre el hamburgués, y mientras le cogía la espada guarda contra guarda, alargando la pierna, intentaba echarle una zancadilla para hacerle caer.

—¡Ah, traidor! —gritó el hamburgués—. ¡Eso no es leal! ¡Muere, pues!

Se echó atrás para dejar libre su acero, y se tiró a fondo rápidamente.

La punta de su espada entró por la axila derecha del soldado, no defendida por la coraza, y desapareció en el cuerpo del desgraciado.

—¡Tocado! —murmuró el español con apagada voz.

Se apoyó en la pared, dejando caer el acero, abrió mucho los ojos, murmuró algunas palabras y cayó al suelo arrojando sangre a borbotones.

—¡Tú lo has querido! —dijo el hamburgués secando el arma en un tapiz viejo que colgaba de una pared.

—¡Voy en tu ayuda, compadre! —dijo yendo hacia Carmaux.

El capitán hacía frente al filibustero; mas parecía estar bastante fatigado.

Había cambiado de mano la espada para tratar de desconcertar a Carmaux, que, no siendo zurdo, no debía de hallar muy de su gusto aquel cambio.

—¡Ya estoy yo aquí! —dijo Van Stiller poniéndose en guardia.

—¡No, compadre; no sería leal! —dijo Carmaux—. ¡Déjame a mí despachar solo este negocio!

Oyendo tales palabras, el capitán dio un salto atrás y bajó su espada.

—Os creía un ladrón de mar —dijo— capaz de asesinarme a traición, y me encuentro con que sois un gentilhombre. En vuestro lugar, otro no hubiera rechazado el concurso de un compañero.

—¡El Corsario Negro me enseñó a ser leal! —repuso Carmaux—. ¿Os rendís?

El capitán cogió su espada con ambas manos, la apoyó en una rodilla y la partió en dos, diciendo:

—¡Soy vuestro prisionero!

—¡Ya no sabemos qué hacer con los que tenemos! —dijo Carmaux—. Morgan tiene demasiados. Es a la hija del Corsario Negro a quien venimos a buscar.

—Me ha sido confiada por el Gobernador, y sin orden suya no puedo entregarla.

—El Gobernador huyó a los primeros cañonazos, y no sabemos dónde estará. Así es que no puede en este momento daros el permiso.

—¿Han tomado, pues, la ciudad?

—Está en nuestro poder hace tres horas.

—Entonces, señores, toda resistencia por mi parte sería inútil, ya que todos han huido, hasta el Gobernador.

—¿Dónde está la señorita de Ventimiglia?

El capitán tuvo una última vacilación, y al fin dijo:

—Os la entregaré, si me prometéis que vuestro capitán me permitirá salir de la ciudad sin ser molestado.

—El señor Morgan os lo concederá —dijo Carmaux—. Empeñamos nuestra palabra.

—Coged las antorchas y seguidme.

Van Stiller obedeció. El capitán tomó una llave del cinturón de piel que llevaba, y se dirigió hacia una puerta que se veía en la extremidad de la sala subterránea.

—¡Despacio, señor! —dijo Carmaux, que era desconfiado—. ¿Estabais solos aquí?

—No hay nadie más —repuso el capitán—. En otro caso, al ruido de la lucha hubieran venido, y tal vez entonces su resultado no habría sido el mismo.

—¡Tenéis razón! —dijo Carmaux.

El capitán introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta, y se dirigió a otra sala iluminada por una lámpara veneciana, sala que tenía el pavimento cubierto por

espesa alfombra y estaba amueblada con cierta elegancia.

En su extremidad se veía otro cuarto cuya tapicería de seda recamada de oro estaba descolorida por efecto del tiempo y de la humedad.

—Señora —dijo el capitán—, os ruego que os levantéis. Dos personas que han conocido a vuestro padre os esperan.

Un gritó se oyó detrás de las cortinas, un grito de asombro y de alegría. En seguida salió de la alcoba una joven que clavó los ojos en los filibusteros, los cuales se habían descubierto.

Era una bellísima joven de quince o dieciséis años, alta y flexible como un junco, de tez blanca, alabastrina, con un tinte que recordaba el de su padre, el Corsario Negro; dos ojos grandes, negros y brillantes, y largas pestañas que sombreaban su rostro.

Sus cabellos, negros como el ala del cuervo, estaban sueltos por la espalda, tan sólo sujetos junto a la nuca por una pequeña hilera de perlas.

Llevaba una sencilla bata con guarniciones de piel recamadas de oro en sus amplias mangas.

Viendo a los dos corsarios, un segundo grito salió de sus labios y quedó con la boca abierta, mostrando una doble fila de dientes pequeños como granos de arroz y más brillantes que el ópalo.

—Señorita de Ventimiglia —dijo Carmaux algo cortado e inclinándose torpemente —, somos dos fieles marineros de vuestro padre, enviados aquí por el capitán Morgan.

—¡Morgan! —exclamó la joven—. ¡Morgan! ¿El segundo de El Rayo?

—Sí, señorita. ¿Habéis oído hablar de él?

—Mi padre murió antes de que yo pudiera oírlo —dijo la joven con profunda tristeza—; pero en sus memorias he encontrado muchas veces el nombre de ese valiente corsario, que le siguió en los mares y le ayudó a cumplir su venganza. ¿Dónde está ahora?

—Aquí, en Maracaibo, señorita.

—¿Morgan aquí? Entonces, ¿los filibusteros de las Tortugas han tomado la ciudad?

—Esta mañana.

—¿Podré verle?

—Cuando queráis.

—Y vos, capitán, ¿me permitiréis verle? —preguntó al español.

—Sois libre, señorita, puesto que el Gobernador ha huido.

—¡Ah! —dijo la joven con acento irónico—. ¿El señor Conde de Medina ha escapado ante los filibusteros de las Tortugas? ¡Le creía más valiente!

—Es preferible la fuga a la prisión.

—¡Sí; para los que no saben morir luchando! Entonces, ¿soy libre?

—Y estáis bajo nuestra protección, señorita —dijo Carmaux.

—¿Me habéis dicho...?

—Que éramos dos fieles servidores de vuestro padre, el Corsario Negro.

—¿Vuestros nombres? —Carmaux y Van Stiller.

La joven se pasó la mano por la frente como para reavivar sus recuerdos, y dijo:

—¡Carmaux! ¡Van Stiller! Debéis de haber acompañado a mi padre a La Florida después de la explosión del navío de mi abuelo el Duque. En las memorias escritas y legadas a mí por mi padre he encontrado muchas veces vuestro nombre.

Adelantó algunos pasos y extendió sus dos manos finas y afiladas a los dos corsarios, diciéndoles:

—¡Dadme la mano, héroes del mar, fieles compañeros de mi padre en su triste vida de aventuras!

Confusos y azorados los dos filibusteros, cogieron las dos manecitas entre las suyas, recias y callosas, murmurando algunas palabras de gratitud.

—Y ahora —dijo la joven— soy con vosotros, si el capitán no se opone.

Se cubrió los hombros con una mantilla de seda negra con encajes venecianos, y cogiendo un gracioso sombrero de fieltro obscuro adornado con una pluma negra, se colocó entre los dos corsarios, diciendo al capitán con ironía:

—¡Mis saludos al señor conde de Medina y Torres; y decidle que si quiere cogerme tendrá que ir a las Tortugas, si se atreve!

El capitán no contestó; pero apenas Carmaux y Van Stiller salieron con la joven, dijo:

—¡Estúpidos! ¡No me habéis matado! ¡Pronto tendréis noticias mías! ¡Y ahora tratemos de alcanzar al Gobernador sin esperar su salvoconducto!

# CAPÍTULO IX

## *YOLANDA DE VENTIMIGLIA*

Cuando los dos filibusteros y la hija del Corsario Negro salieron del convento de los Carmelitas, encontraron en la puerta a don Rafael.

El honrado plantador había huido por temor a que los dos filibusteros llevasen la peor parte en el combate y que el capitán le hiciese pagar cara la traición; pero no se había atrevido a lanzarse a través de las calles de la ciudad, que eran recorridas por los hombres de Morgan, los cuales podían hacerle pasar un mal rato.

Por eso se había ocultado tras la puerta del monasterio, en espera de que saliesen el capitán o los corsarios, y dispuesto a ponerse bajo la protección del uno o de los otros.

—¡Ah! ¿Estáis aquí, don Rafael? —exclamó Carmaux viéndole acurrucado detrás de la puerta—. ¡Buena prueba nos habéis dado de vuestro valor dejándonos solos contra vuestros compatriotas!

—Ya sabéis que yo no soy un guerrero —dijo el plantador—. ¿Qué queríais que hiciese por vos si además, no tenía ningún arma? ¡Ah! ¡La señorita de Ventimiglia! ¡Qué hombres! ¡Lográis todo cuanto os proponéis! ¿Habéis matado a los otros?

—A uno solo: al soldado —repuso Carmaux—. Llevadnos al palacio del Gobernador; a ser posible, por calles apartadas.

—Atravesaremos las plantaciones —repuso don Rafael.

—¿Os fiáis de ese hombre? —preguntó la joven.

—Es un antiguo amigo nuestro —repuso Carmaux riendo—. ¡No temáis nada de ese conejo!

Se pusieron en marcha a través de pequeñas plantaciones de índigo y de algodón que se extendían detrás de los suburbios de la ciudad.

No se veía a nadie. Españoles y negros esclavos habían huido, o ya habían sido capturados por los filibusteros de Morgan, que hasta allí habían llevado sus correrías, a juzgar por las puertas destrozadas de las casas y por los montones de muebles rotos que se veían en las calles, y que debían de haber sido lanzados por las ventanas.

Sin embargo, hacia el lago aún se veían nubarrones de humo negro, y se oían detonaciones como estallidos de cajas de pólvora o de granadas.

Debían ser los depósitos de la Marina que ardían para impedir a los españoles armar sus naves mercantes o reforzar sus castillos y fortalezas.

Cuando después de un largo rodeo llegaron a la Plaza Mayor, gran parte de los corsarios de Morgan estaban allí reunidos.

Montañas de baúles, de balas de algodón, de pilones de azúcar, harinas y otros comestibles se amontonaban en la plaza, que parecía transformada en un vasto mercado.

Varios centenares de prisioneros españoles elegidos entre los más conspicuos de la ciudad se encontraban en un ángulo, custodiados por destacamentos de corsarios armados hasta los dientes.

Viendo aparecer a Carmaux y a Van Stiller con la joven y con el plantador, varios filibusteros habían salido a su encuentro, gritando:

—¡Buena presa, Carmaux!

—¡Cuernos de toro! ¡El viejo marinero ha elegido una verdadera perla! ¿Dónde has pescado esa belleza, tunante?

—¡Éste es el traidor que hizo ahorcar a nuestros camaradas! —clamaron varios rodeando a don Rafael—. ¡Hagámosle bailar con una cuerda al cuello!

—¡Una soga! ¡Una soga!

—¡Oh, canalla, ya no te escapas!

Veinte manos se habían alargado hacia el desgraciado plantador, que parecía más muerto que vivo, y ya iban a cogerle cuando Carmaux se lanzó entre ellos sable en mano, gritando:

—¡Fuera! Es presa mía, y ¡ay de quien le toque!

—¡Ahorquémosle! ¡Déjanos, camarada! ¡Te lo pagaremos lo mismo!

—¡Es del capitán! —contestó Carmaux—. ¡Ya me lo han pagado! ¡Marchaos!

—¡Danos, al menos, esa bella joven! —dijo un hombretón tratando de abrazar a la señorita de Ventimiglia.

Aún no había terminado de decirlo cuando cayó al suelo con la cara cubierta de sangre.

Carmaux le había golpeado furiosamente con la guarda de su espada, partiéndole la nariz y arrancándole varios dientes.

—¡A la hija del Corsario Negro se le respeta! —gritó Carmaux—. ¡Tocadla, si os atrevéis!

Un grito de estupor y de admiración salió de todos los labios. El círculo se abrió rápidamente, y aquellos hombres, que parecían dispuestos a tomar la defensa de su compañero, dejaron caer sus espadas y sables y se quitaron la gorra o la boina.

—¡La señorita de Ventimiglia! —exclamaron.

La joven había permanecido impasible, mirando a aquellos rudos hombres de mar con las cejas fruncidas. Ni se había estremecido cuando Carmaux había destrozado el rostro al hombre que había intentado abrazarla.

Tan sólo hizo un ligero ademán con la cabeza cuando vio a los filibusteros descubrirse respetuosamente.

—¡Vamos, señorita! —dijo Carmaux envainando su espada—. ¡El capitán nos

espera!

—¡Un momento! —dijo el hombre herido restañándose la sangre y levantándose penosamente—. ¿Me perdonáis, señorita? ¡Yo, que fui marinero de vuestro padre, el más fiero y leal gentilhombre de toda la filibustería, me he portado como un verdadero bruto!

—¡Tenéis mi perdón! —repuso la joven.

—¡Gracias, señorita!

El círculo se abrió, y Carmaux y Van Stiller se dirigieron hacia el palacio del Gobernador, donde se alojaba Morgan.

Según su costumbre, los filibusteros lo habían devastado todo, con la esperanza de encontrar dinero oculto.

Los muebles estaban rotos, las tapicerías cortadas y hasta las losas de piedra del pavimento habían sido levantadas.

Carmaux, que conocía el palacio por haber tomado parte en el saqueo llevado a cabo diecisiete años antes con el Olonés, el Corsario Negro y Miguel, llevó a la joven a una de las salas superiores, más respetadas que las otras, diciéndole:

—Esperadme aquí, señorita y tú, Van Stiller, ponte de guardia en la puerta e impide a todos la entrada. Voy a buscar al capitán.

Morgan estaba en la vasta sala del Consejo con sus oficiales, todos ocupados en encajonar el dinero, el oro y las piedras preciosas fruto del saqueo.

Viendo entrar a Carmaux, a quien desde por la mañana no veía, y habiendo recibido el aviso de que estaba sobre la pista de la hija del Corsario Negro, le salió solícitamente al encuentro, preguntándole:

—Nada, ¿verdad?

—La hemos encontrado.

—¡A Yolanda de Ventimiglia! —exclamó estremeciéndose Morgan.

—Está aquí.

—¡Eres un hombre maravilloso, Carmaux! ¡Tú y tu compañero el hamburgués tendréis doble parte en el reparto del botín! ¡Llévame a su presencia!

—¡Un momento, mi capitán! He sabido un secreto referente al Gobernador de Maracaibo, que la hija del Corsario Negro ignora, probablemente; pero que vos debéis saber antes de verla.

Morgan le llevó a un gabinete contiguo a la sala y cerró la puerta.

Cuando Carmaux le hubo contado todo cuanto sabía por don Rafael, el estupor del Almirante no tuvo límites.

—¡El conde de Medina, hijo de Wan Guld! —exclamó—. ¡He aquí un enemigo que se parece a su padre y que nos dará que hacer! ¡Es necesario que caiga en nuestras manos antes de que partamos de Maracaibo! ¡Su raza es implacable cuando odia! ¿Sabéis dónde se ha refugiado?

—Todos lo ignoran, capitán.

—Mientras esté libre, Yolanda de Ventimiglia debe temerlo todo de él, si es cierto que su padre le ha encargado vengarle en los descendientes del Corsario Negro.

Reflexionó unos instantes, y añadió:

—Debemos visitar a Gibraltar sin perder tiempo. Sé que la escuadra española ha sido vista a lo largo del puerto de Chimax, y podría de un momento a otro llegar a impedirnos la salida de la laguna. Daré a los míos orden de embarcar hoy mismo, y esta noche iremos con rumbo a Gibraltar. ¡Llévame ante la joven, valiente Carmaux: estoy impaciente por verla!

Volvieron a la sala del Consejo. Morgan conferenció brevemente con sus oficiales, dándole las órdenes oportunas para que antes de anochecer las tripulaciones, los prisioneros y las riquezas fuesen embarcados, y siguiendo a Carmaux entró en el salón donde se encontraba la hija del Corsario Negro.

Apenas el Almirante se encontró frente la joven, un grito salió de sus labios.

—¡Me parece ver en vos, señorita —dijo inclinándose galantemente—, el fiero gentilhombre de ultramar!

—¿Vos sois el capitán Morgan? —preguntó la joven con armoniosa voz, clavando su mirada en el formidable corsario, que llenaba el mundo ya con sus audaces empresas.

—Sí —repuso el filibustero—; yo era el lugarteniente de vuestro padre, señorita.

—¡Morgan! —dijo Yolanda sin dejar de mirar al audaz bucanero—. ¡Cuántas veces he encontrado ese nombre en las Memorias dejadas por mi padre! ¿Sabéis que vine de Europa para pediros protección?

—¿Contra quién, señorita! —preguntó el filibustero.

—Contra el Conde de Medina, que me niega los indiscutibles derechos que tengo sobre la herencia de mi madre, la duquesa Honorata de Wan Guld.

—Si vos, señorita, antes de zarpar de los puertos de Europa, me hubieses advertido vuestras intenciones, yo habría zarpado de las Tortugas con una imponente escuadra para saliros al encuentro en la entrada del golfo de México, Hubiera bastado la noticia de que la hija del Corsario Negro venía a pedir protección a los Hermanos de la Costa para que todos los filibusteros de las Tortugas se hubiesen lanzado al mar. Vuestro padre, señorita, a pesar de los años que hace que se alejó de nosotros, cuenta todavía con más amigos que los más formidables corsarios, yo entre ellos.

—Sí —dijo suspirando la joven—; mi padre tenía aquí, entre los héroes del mar, muchos fervientes camaradas suyos.

—Señorita —dijo Morgan con ímpetu—, ¿os han hecho alguna villanía los españoles? ¡Hablad, y, palabra de Morgan, pronto tendréis venganza!

Yolanda le miró largo rato en silencio, casi sonriendo y luego, dijo:-¡No!

—¿Ni el Gobernador?

—¡No!

—Sin embargo, yo sé que meditaba haceros desaparecer.

—¿A mí?

—Sí, señorita.

—¿Por qué causa? —preguntó asombrada la joven.

—En otra ocasión os lo diré.

—¡Esas palabras me sorprenden! Sé que el Gobernador insistía en que renunciase en favor del Gobierno español mis derechos sobre las vastas posesiones pertenecientes a mi padre después de la muerte del Duque, mi abuelo.

—¿Y habéis renunciado?

—¡Oh! ¡Nunca!

—¿Y no os ha amenazado?

La joven pareció reflexionar algunos instantes; luego, dijo:

—Me ha hablado, sí, de una venganza de la cual había quedado encargado.

—¡Miserable! —exclamó Morgan—. ¡El jaguar quería engañaros antes de devoraros!

—¿Qué decís? —preguntó Yolanda.

—Señora, se dice que el Gobernador ha huido a Gibraltar. En este momento mis hombres están embarcándose para ir a buscarle. No estaré tranquilo hasta tener a ese hombre en mis manos. Os ofrezco un sitio en mi nave, que lleva el nombre glorioso y temido del invencible Rayo que mandaba vuestro padre. ¿Me seguiréis? Estaréis bajo la protección de los Hermanos de la Costa, y nadie podrá llegar hasta vos si antes no nos han matado desde el primero hasta el último. ¿Aceptáis?

—Tengo fe en la lealtad de los filibusteros compañeros de mi padre —repuso la joven—. ¡Capitán Morgan, yo pertenezco a la filibustería!

—¡Venid, señora y que intenten los españoles arrancaros de las manos de los bucaneros de las Tortugas!

# CAPÍTULO X

## *EL SAQUEO DE GIBRALTAR*

Aquella misma noche la flota corsaria zarpaba de Maracaibo, no dejando en la ciudad más que un pequeño destacamento de filibusteros encargados de buscar a los habitantes, que debían de estar ocultos en los bosques de los contornos, y vigilar la entrada de la laguna para que las naves españolas, ya señaladas, no les cortaran el paso.

Morgan pensaba, como ya lo había hecho diecisiete años antes con el Corsario Negro, el Olonés y Miguel, sorprender a Gibraltar y apoderarse de él sin mucha resistencia.

Sabía que la ciudad había renacido más bella y más rica en aquel período de relativa calma, y que los españoles la habían fortificado. Era, por lo tanto, casi seguro que el Conde de Medina hubiese buscado allí refugio, no habiendo otro de importancia en aquella vasta laguna de Maracaibo.

A media noche la escuadra, compuesta de siete naves —pues habían dejado una para los filibusteros que se habían quedado en tierra—, con viento favorable hacía rápidamente rumbo hacia la bahía de la Mochila, en cuyas orillas se alzaba la ciudad

[5].

Morgan, como de costumbre, dirigía su nave por ser un práctico conocedor de aquellas aguas. Además, era un hombre a quien bastaban algunas horas de descanso para reponerse completamente de la fatiga. Carmaux y Van Stiller, que eran casi sus ayudantes de campo y que gozaban de su absoluta confianza, le hacían compañía fumando grandes cigarros españoles y charlando entre sí.

La noche, bastante clara, aunque no hubiese luna, permitía a la escuadra seguir el largo de las islas que entonces más que ahora, poblaban la laguna. Los pilotos, sin embargo, seguían exactamente la ruta de la nave almirante formando una sola línea, ya que no todos eran prácticos en aquellas aguas, que ocultaban bancos y hondonadas en gran número.

Comenzaba a alborear cuando la flota llegó a la vista de las verdeantes costas de la Mochila. Se veían algunas luces en el horizonte, aún obscuro, anunciadoras del pequeño puerto de Gibraltar.

—Carmaux —dijo Morgan, que no había abandonado en toda la noche el timón—,

¿recuerdas aún el puerto?

—Sí, mi capitán, a pesar de que han transcurrido tantos años.

—¿Es hacia Levante hacia donde tenemos que virar?

—Desde luego.

—¿Te ha dicho tu plantador con qué medios de defensa cuenta la plaza?

—Ese pobre diablo me parece desde ayer que se ha vuelto imbécil y no sabe nada.

—¿Le has embarcado con nosotros?

—Está en mi camarote. Me rogó que le embarcara, cuando ya le había olvidado por creer que no nos servía para nada.

—Acaso te engañes, Carmaux. Puede sernos muy precioso, ya que es uno de los notables de Maracaibo y conoce al Gobernador. Confío más en él que en todos los demás prisioneros.

—Con el miedo que tiene, me parece que no nos valdrá para nada. Se le ha metido en la cabeza que el capitán Valera se dio cuenta de que fue él quien nos guió a Van Stiller ya mí al monasterio y tiembla por su piel.

—Le dejaremos marchar sin rescate.

—¡Si se atreve a marcharse! —dijo el hamburgués riendo.

—Ve a despertarle —dijo Morgan. Van Stiller vació su pipa, y pocos instantes después volvía a cubierta con el plantador.

El pobre hombre parecía realmente imbécil. Se notaba, en efecto, que no era un guerrero, ni mucho menos.

—Tengo aún que liquidar con vos una cuenta atrasada —le dijo Morgan cuando le tuvo delante—. No os he perdonado, como podréis figuraros, que hayáis sido, directa o indirectamente, la causa de que hayan ahorcado a los marineros que os escoltaban.

—¡Ah, señor! —gimió el pobre diablo—. ¿Creéis aún que...?

—¡Basta! Os necesito.

—¿Todavía? ¡Entonces, matadme!

—Si así lo deseáis, os haré ahorcar más adelante. ¿Conocéis Gibraltar?

—Sí, señor.

—Os envío allá como parlamentario mío.

—¡Soy un pobre plantador sin influencia alguna!

—Yo os proporcionaré esa influencia que os falta —dijo Morgan secamente—. La apoyaré con los noventa y seis cañones de mi escuadra.

—¿Y si me dieran muerte?

—Sabremos vengaros.

—¡Buena esperanza! —murmuró don Rafael—. ¡Si me encuentra, no me perdonará!

—¿Quién?

—El capitán Valera.

—¿Tanto teméis a ese hombre? —Es la sombra negra del conde de Medina.

—Es imposible que le encontréis en Gibraltar —dijo Carmaux—. Estoy cierto de que sigue escondido en los subterráneos del monasterio.

—¡Hum! —dijo el plantador moviendo la cabeza—. ¡No le conocéis!

—¡Ea; terminad ya con vuestro miedo! —dijo Morgan—. Llevaréis al Gobernador de Gibraltar un mensaje mío, que ya tengo escrito, y en el cual invito a la guarnición y a la población a que me entreguen al Conde de Medina, so pena, en caso de que se nieguen, de destruir la ciudad. Y ya sabéis que Morgan siempre ha mantenido sus palabras.

—¿Y si aún no hubiera llegado, señor? —preguntó don Rafael.

—Me dirán dónde se ha refugiado. Además, estoy convencido de que ya está en esa ciudad. Carmaux, haz armar la chalupa con doce filibusteros, y que lleven a este hombre a tierra. No estamos más que a seis millas de la costa: si a las diez no tengo respuesta, ¡palabra de Morgan!, la población se acordará durante mucho tiempo de mí y de los filibusteros de las Torugas. Y vos llevad la carta: os deseo buena suerte, don Rafael.

—¿Y si el Gobernador de Gibraltar los hace ahorcar también? —preguntó el plantador.

—Nosotros los protegeremos con nuestra artillería. Además, desembarcaréis vos solo. ¡Marchad!

El filibustero puso la nave al pairo para que pudieran lanzar al mar la chalupa, y cuando la vio alejarse indicó a las naves de la escuadra que cerraran la línea y entrasen en puerto.

¡Cosa increíble!

Los españoles de Gibraltar, aun sabiendo que los corsarios se habían apoderado de Maracaibo, y habiendo probado ya los horrores del saqueo cometido por el Olonés, no habían tomado medida alguna para oponer larga defensa; así es que a las siete de la mañana las siete naves de Morgan pudieron entrar tranquilamente en la pequeña bahía y echar las anclas ante los muros y los fuertes que se prolongaban a lo largo de las orillas de la laguna.

Después de haber desembarcado a don Rafael, la chalupa volvió a bordo de El Rayo sin haber sido molestada; pero parecía que los españoles, aunque eran menos que en Maracaibo, se preparaban a la defensa, pues emplazaron la artillería frente a la escuadra y coronaron las cimas de los baluartes y las almenas de los castillos.

Después de haber dispuesto a sus corsarios en los puestos de combate y de haber hecho botar al agua, bien armadas con pedreros, todas las chalupas, Morgan se sentó tranquilamente sobre un rollo de cordaje en el alto castillo de proa de su nave, esperando la respuesta del Gobernador.

Yolanda de Ventimiglia, que había salido de su camarote apenas recibió el anuncio de que la escuadra se preparaba a asaltar la ciudad, estaba junto a él, apoyada en la borda de babor, mirando, sin manifestar ningún temor, la artillería enemiga que

amenazaba a la escuadra.

Habíase puesto un elegante vestido de seda negra con pieles y bordados, color preferido por su padre y que hacía resaltar doblemente la palidez alabastrina de su rostro.

No llevaba ninguna alhaja. Tan sólo un hilo de perlas azules, que debían de tener inmenso valor por su extraño color, se destacaba anudado en sus cabellos negros, sueltos sobre los hombros.

Parecía no prestar atención al formidable corsario, y sin embargo, de cuando en cuando, y a hurtadillas, sus ojos negros se clavaban rápidamente en él.

Como si sintiese la penetración de aquella mirada, también el filibustero salía bruscamente de su aparente tranquilidad y levantaba la cabeza, volviéndola hacia la joven.

Hacía ya media hora que la escuadra había echado anclas, sin que los españoles hubiesen hecho ninguna manifestación, cuando se oyó un cañonazo en la más alta cima de los castillos, seguido del bien conocido silbido del proyectil.

La bala partió la delfinera del bauprés y arrancó la cima de la polena, pasando por entre Morgan y la joven.

—¡Nos saludan, capitán! —dijo Yolanda volviéndose hacia el filibustero, que se había puesto en pie súbitamente.

—¡He temblado por vos! —dijo Morgan colocándose ante la joven para escudarla con su cuerpo—. ¡Bajad; los españoles nos miran!

—¡No temáis, capitán! —repuso Yolanda—. Mi padre no se espantaba ante las balas enemigas.

—Dentro de poco lloverá aquí plomo y hierro, señorita.

Otro cañonazo partió de uno de los baluartes, y la bala pasó sobre los dos e hizo pedazos el cabrestante mayor.

Morgan cogió a la joven por un brazo y la llevó a la toldilla.

—¡Los españoles pagarán caros estos dos cañonazos, disparados acaso más por vos que por mí! Saben, seguramente, que estáis aquí. ¡Señorita de Ventimiglia, a vuestro camarote!

—¿Me avisaréis cuando asaltéis la ciudad? —preguntó la joven.

—¡He aquí la sangre del Corsario Negro! —dijo Morgan mirándola con admiración—. ¡Sois digna hija del más heroico campeón de la filibustería!

La llevó hasta el cuadro de popa, mientras las naves de la escuadra hacían tronar sus cañones.

—¡Ahora, nosotros! —dijo Morgan subiendo al puente de órdenes—. ¿Contestáis a mis intimaciones con hierro? ¡Pues hierro y fuego tendréis, ya que ése es vuestro deseo! ¡Artilleros! ¡Fuego de andanada!

Las siete naves habían comenzado ya a contestar con un crescendo espantoso, atronando los baluartes y almenas de los castillos con huracanes de bombas, mientras

las chalupas bogaban rápidamente tripuladas por doscientos bucaneros, que eran los tiradores de la flota.

La fragata de Morgan, especialmente, rugía como un volcán en erupción, lanzando tremendas andanadas, que abrían considerables boquetes en las no sólidas murallas de la ciudad.

La nave, no obstante su mole, se balanceaba bajo aquellas formidables descargas como si fuera a hundirse,

y el estruendo repercutía con tal intensidad en la estiba y en las crujías, que los artilleros no lograban entenderse.

Viendo avanzar a las chalupas, los españoles volvieron contra ellas su artillería, disparando con metralla; pero los filibusteros tenían tan diestros pilotos, que era raro que los alcanzase un proyectil.

Apenas habían disparado las piezas, cuando ya las chalupas viraban con fulmínea velocidad, saliéndose del campo de tiro.

La habilidad de aquellos hombres, y sobre todo la matemática precisión de su fuego, que rara vez fallaba el blanco, no tardaron en desconcertar a los defensores, persuadiéndolos de lo inútil de su resistencia.

Y en efecto; apenas las primeras balleneras llegaron bajo los muros, cuando se vio a los españoles desalojar rápidamente los baluartes y almenas y huir hacia la ciudad, sin detenerse a desmontar su artillería.

Hasta los habitantes, que ya se habían unido a las tropas, habían escapado ya para ponerse a salvo en los espesos bosques que circundaban el lago, aunque ya demasiado tarde para librarse de los filibusteros, una de cuyas partidas se había lanzado a través de la sabana para cortarles el paso.

No había pasado aún media hora cuando los terribles corsarios del golfo de México se habían apoderado ya de la ciudad, de los castillos, de la artillería y de los arsenales.

Furiosos por la resistencia opuesta y por las pérdidas sufridas, que habían sido más considerables que en Maracaibo, aquellos bucaneros se habían entregado a un desenfrenado saqueo, sin respetar monasterios ni iglesias, aunque no todos perteneciesen a la religión anglicana, y se alabasen mucho de ser más católicos que los españoles.

Morgan, como ya había hecho en Maracaibo, se apoderó del palacio del Gobernador, con la esperanza de sorprender al Conde de Medina; pero llegó cuando ya todos habían escapado.

—¡Es una verdadera desgracia —dijo Carmaux a Van Stiller—. ¡También aquí llegamos cuando los que buscamos han huido! ¿Será ese condenado Conde un demonio como su padre? ¿Recuerdas, hamburgués, cómo huyó el duque de Wan Guld de manos del Corsario Negro cuando tratamos de capturarle, primero en Maracaibo y luego aquí?

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Stiller—. ¡Diríase que la misma historia se

repite sin variación! ¿Adónde habrá huido ese maldito Conde?

—No sabemos aún si se habrá refugiado aquí.

—¡Si pudiéramos encontrar a don Rafael!

—Eso pensaba en este instante. Ese gorrión, que finge no saber nunca nada, acaba siempre por saberlo todo.

—¡Con tal que no le hayan ahorcado! Ya sabes que el Gobernador español no es muy afectuoso para con sus subordinados.

—¡Lo sentiría —dijo Carmaux—; no merece tal fin!

—¿Qué hacemos? Es inútil obstinarse en permanecer aquí cuando los pájaros han volado. Dejemos a los demás el trabajo de registrar los sótanos y buhardillas. Los oficiales y el Gobernador no habrán hecho la tontería de ocultarse aquí. Busquemos nosotros alguna casa que saquear.

—¡Prefiero una bodega! —dijo Carmaux—. Me indigna el robo, y además, el Corsario Negro nos ha recompensado suficientemente para que necesitemos buscar medio millar de piastras

—¡Compadre, te haces viejo! —dijo riendo el hamburgués.

—¡Por eso prefiero las botellas! ¡No faltarán en Gibraltar!

Los dos filibusteros se cogieron del brazo y se alejaron sin cuidarse de sus camaradas, que se preparaban a hacer pagar terriblemente a aquellos desgraciados habitantes su breve resistencia.

Ya habían recorrido tres o cuatro calles, alejándose de las casa para evitar que cayeran sobre ellos los muebles que arrojaban por las ventanas, aturdidos por los disparos que se oían por todas partes, unidos a los alaridos desesperados de los habitantes atormentados para que confesasen dónde tenían sus tesoros, cuando en una plaza se encontraron con un grupo de filibusteros que gritaban a voz en cuello:

—¡Cogido! ¡Cogido!

—¡Echa una cuerda por aquella palmera!

—¡Ya no se escapa!

—¡Que baile el tonel!

—¡Hay que abrirle para ver si está lleno de vino o de sangre!

—¿A quién han cogido? —preguntó el hamburgués.

—¿Acaso al Gobernador de Maracaibo? —exclamó Carmaux.

—¡Corramos, compadre!

Los filibusteros, que parecían divertirse como una banda de estudiantes en vacaciones, habían formado círculo en torno de una de las palmeras que sombreaban la plaza, y uno de ellos trepó hasta la cima, lanzando a los compañeros una cuerda que terminaba en un nudo corredizo.

—¡Ohé! ¡Iza el tonel! —gritaron los de abajo.

Se oyó un grito desgarrador, que hizo apresurar el paso a Carmaux y Van Stiller, y un corpanchón realmente gordo como un tonel se elevó por encima de aquel grupo de

hombres moviendo desesperadamente brazos y piernas.

—¡Truenos de Hamburgo! —gritó Van Stiller desenvainando su espada—. ¡Don Rafael!

En pocos saltos cayeron sobre los filibusteros, que reían desaforadamente viendo los gestos del pobre plantador, y, deshaciendo el círculo, obligaron a algunos de ellos a rodar por el suelo.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó Carmaux alzando impetuosamente su espada.

El hamburgués, que era mucho más alto que su compañero, cortó de un sablazo la cuerda y cogió entre sus brazos a don Rafael, que ya estaba morado y con un palmo de lengua fuera.

La actitud de Van Stiller y el tono amenazador de Carmaux habían producido profunda sensación en los corsarios; tanta, que ninguno se había movido para impedir que el pobre plantador fuese salvado.

Tan sólo algunos instantes después un filibustero, acaso más molesto que los demás porque le habían privado de aquella diversión, se puso ante Carmaux, y le dijo con tono irritado.

—¿Has jurado acaso proteger siempre a ese papagayo? ¡Es la segunda vez que nos lo quitas de las manos, y nos vamos cansando!

—¿Serías capaz de repetir esas palabras en presencia del capitán Morgan? —le preguntó Carmaux.

—¿Qué tiene que ver en eso el capitán? —dijo el corsario con aire visiblemente contrariado—. ¡Ese papagayo es nuestro, y nos pertenece!

—Pues bien; si tienes alguna observación que hacer, ven conmigo ante el capitán. Él podría darte una respuesta más satisfactoria.

El corsario hizo un gesto que hizo estallar la risa de sus compañeros.

—¡El amigo Folgat tiene debilidad en las piernas! —dijo uno—. ¡No las siente con fuerzas para llevar su persona ante el Almirante!

—¡No, es que tiene mala la lengua! —dijo otro.

—Sí, prefiero que me creáis enfermo o cobarde —dijo Folgat riendo también—. Si es cosa del señor Morgan, prefiero dejar en paz a ese papagayo.

—¡Marchaos, pues! —dijo Carmaux—. ¡Es la consigna!

Los filibusteros que sabían que con Morgan no cabían bromas y

que el hamburgués y Carmaux gozaban de la plena confianza del capitán, se desbandaron en varias direcciones y los dejaron solos.

—¿Cómo va, don Rafael? —preguntó Carmaux al plantador a quien Van Stiller había hecho beber algunos sorbos de aguardiente.

—¡Vale más que me matéis, señores! —dijo el desgraciado—. ¡Ya soy un hombre perdido!

—¡Con toda esa carnaza encima! ¡Vamos, don Rafael; estáis mejor que nosotros!

—Si no me matáis vosotros, me matarán ellos!

—No; porque os protegeremos. ¿Habéis visto al Gobernador?

—¿A cuál?

—Al Conde.

—No; y no creo que haya venido aquí. Estoy seguro de que perdéis inútilmente el tiempo buscándole.

—¿Y el de la ciudad?

—También ha huido, señor, después de los primeros cañonazos y de haberme hecho apalear.

—¿A vos? ¿Por qué?

—Porque le he llevado la carta del capitán Morgan. ¡Tengo todos los huesos rotos! ¡Malditos gallos! ¡Sin aquella riña no me hubierais cogido, yo no tendría que soportar tantas desgracias!

—¡Os hicimos ganar un puñado de piastras, y os quejáis! —dijo Stiller riendo—. ¡Ésa es la gratitud de los hombres!

—¡Venid, don Rafael! —dijo Carmaux—. Os haremos pasar el susto con un par de botellas de Alicante, de aquel que tanto os gusta. Mi camarada sabrá desenterrar alguna bodega.

# CAPÍTULO XI

## *ENTRE EL FUERTE Y LA ESCUADRA ESPAÑOLA*

Durante seis semanas los filibusteros de Morgan permanecieron en aquella desventurada ciudad cometiendo indecibles horrores, que su mismo capitán no lograba contener, atormentando a los habitantes para hacerlos confesar dónde tenían ocultos sus tesoros, y recorriendo los bosques y sabanas con la esperanza de descubrir al Gobernador de Maracaibo.

La prima de cinco mil piastras ofrecida por Morgan a quien lograse prenderle había sido una de las causas principales de que los filibusteros se encarnizaran contra la población, esperando obtener alguna confesión acerca del refugio elegido por el conde de Medina; pero todo había sido inútil.

Durante aquellos horrores el capitán había tenido buen cuidado de no dejar bajar a tierra a Yolanda, para que la joven no formase demasiado mal concepto de la brutalidad, y hasta de la inhumanidad de sus bandas, ya irrefrenables.

La noticia llevada por algunos corsarios de los que quedaron en Maracaibo, de que los españoles habían vuelto a ocupar y armar el fuerte de la Barra, y de que tres grandes fragatas al mando de un almirante habían aparecido de improviso en la entrada de la laguna, con encargo de destruir la escuadra corsaria, decidió finalmente a los filibusteros a alejarse de Gibraltar, donde, por otra parte, ya no tenían nada que saquear.

No satisfechos, sin embargo, con el botín acumulado, obligaron a los habitantes a prometer un rescate de cincuenta mil piastras, que debía ser pagado en Maracaibo, amenazando en caso de negarse, con volver para incendiar y destruir de arriba abajo la ciudad

El mismo día los corsarios zarpaban llevando consigo a los más notables habitantes, que debían permanecer en rehenes como garantía del pago prometido.

Pero todos estaban inquietos con las noticias recibidas de sus camaradas de Maracaibo, y hasta Morgan parecía muy preocupado.

No era el fuerte de la Barra ni su armamento lo que le inquietaba, sino la llegada de aquella escuadra española compuesta de navíos de alto bordo, armado cada uno con sesenta cañones y tripulados por numeroso personal.

¿Qué hubiera podido hacer la escuadra suya, compuesta casi toda de carabelas relativamente pequeñas, asaz viejas y mal armadas?

Tan sólo la fragata de Morgan hubiera podido empeñar la lucha, y, así y todo, sin probabilidades de victoria.

—¿Qué haréis, señor Morgan? —preguntó Yolanda cuando el filibustero bajó al cuadro para informarle de la gravedad de la situación.

—Aún no lo sé —repuso el filibustero—. Pero no nos rendiremos: nos defenderemos hasta que en nuestras naves no quede un hombre ni una carga de pólvora.

—Si os cogiesen, ¿qué os harían los españoles?

—Nos ahorcarían sin misericordia. —¿Y conmigo?

Morgan miró a la joven que le había hecho aquella pregunta con voz completamente tranquila, como si el peligro no se refiriese a ella.

—Señorita —dijo el filibustero—, aún no estáis entre sus manos, y para apoderarse de vos sería preciso que antes pasasen por encima de nuestros cadáveres.

—¿Y si a los españoles les interesase yo más que vos? ¿Sabéis en qué estaba pensando?

—¿En qué?

—En el conde de Medina.

—¿El Gobernador de Maracaibo?

—Estoy segura de que ha sido él quien ha enviado la escuadra para volverme de nuevo a su poder.

—Es posible. Ese hombre tiene muchísimo interés en teneros prisionera. Le interesan los millones de vuestro abuelo. Si así no fuese, no hubiera enviado dos fragatas a las pequeñas Antillas a esperar la nave que os traía a América.

—¿Es el Gobierno español quien quiere privarme de la herencia de mi madre, o es él?

—Él, señorita.

—No puede hacer valer ningún derecho sobre las posesiones dejadas por el Duque mi abuelo.

—¿Estáis segura? —preguntó Morgan—. ¡No os dijo nada cuando os llevaron a su presencia?

—Tan sólo me invitó a firmar la renuncia de mis bienes de Venezuela y Panamá —repuso Yolanda.

—¿Con qué pretexto?

—Porque habían sido secuestrados por el virrey de Panamá para resarcirse de las poblaciones perjudicadas por las correrías y los saqueos de mi padre.

—¡Miserable! —exclamó Morgan—. ¡Todos, hasta los españoles, sabían que vuestro padre no aceptó nunca ni una piastra de los saqueos corsarios! Tenía en su patria bienes suficientes para no necesitarlo, y la parte que por derecho de conquista le correspondía se la cedía siempre a sus marineros. ¿No podéis sospechar quién pueda ser ese Conde?

—¿Por qué me preguntáis eso, señor Morgan? —preguntó la joven sorprendida.

Morgan calló algunos instantes paseando por el saloncillo, y luego, preguntó:

—Cuando vuestro padre murió como un héroe en los Alpes combatiendo contra el extranjero, ¿quién se encargó de vos?

—Una parienta lejana mía.

—¿No habéis notado nunca que en torno vuestro se ejerciese cierta vigilancia?

Yolanda calló, mirando interrogativamente al corsario.

Luego, dándose una palma en la frente, dijo:

—¡Fritz!

—¿Fritz? —exclamó Morgan—. ¿Quién era?

—Un flamenco, venido no sé de dónde, que mi parienta tomó a su servicio y que no me dejaba un instante.

—¿Viejo, o joven?

—Entonces tenía treinta años.

—¿Os acompañó cuando salisteis de Europa?

—Sí, capitán.

—¿Qué se ha hecho de ese hombre?

—No lo sé. Desapareció después del abordaje de la nave holandesa que me traía a América. Si murió en el combate o si fue hecho prisionero, no lo sé.

—¡Ése es el traidor! —dijo Morgan.

—¿Por qué?

—Debe de haber sido él quien informó al Gobernador de Maracaibo de vuestro viaje a América.

—¿Luego creéis?...

—Os digo que ese hombre fue puesto a vuestro lado por el conde de Medina.

—¿Tanto interés tenía el Gobernador en vigilarme?

—¡Más del que creéis, señorita! —dijo Morgan—. Algún día sabréis más. ¡Pero si creen los españoles que volverán a cogeros, estando bajo la protección de los Hermanos de la Costa, se engañan!

—¡Ah! ¡Vienen a cerrarme el paso con tres naves de alto bordo!

—¡Pues bien, lo veremos! Vivid tranquila, señorita: el antiguo lugarteniente de vuestro padre pone su espada a vuestra disposición.

Morgan— ¡cosa extraña! —se había animado hablando de tal modo, lo cual era muy raro en un hombre de su carácter, más bien taciturno y frío.

—Señorita —dijo—, más adelante reanudaremos nuestra conversación. Cuidémonos ahora de los españoles, y tratemos de rechazarlos al golfo de México.

Salió del cuadro, y subió a cubierta más preocupado de lo que realmente parecía.

Las naves de la escuadra navegaban en grupo, como si temiesen de un momento a otro la aparición de los tres formidables navíos españoles que ya se habían lanzado sobre sus huellas.

Procuraban sobre todo ceñir mucho en el viento para estar cerca de la de Morgan,

como bandada de polluelos que no se sienten seguros sino junto a la clueca.

Hacía varias horas que Gibraltar había desaparecido en el horizonte, y el viento los empujaba rápidamente hacia Maracaibo.

—¿Y bien, capitán?... —preguntó Carmaux acercándose a Morgan, que paseaba por el puente de órdenes.

—¿Qué quieres, viejo mío?

—¿Cómo nos las compondremos?

—¿Te acuerdas de Puerto Limón? —preguntó de repente Morgan deteniéndose ante él.

—Como si hubiera sido ayer, capitán.

—¿Qué hizo el Corsario para desembarazarse de las naves españolas que le cortaban el paso?

—Preparó un buen brulote lleno de azufre y pez, y lo lanzó contra ellas.

—¿Y el resultado?

—Una nave incendiada, y la otra, en peligro.

—Nosotros haremos lo mismo —repuso Morgan—. Ahí está la Caramada, que no vale ni cinco mil piastras, con cañones y todo.

—Tenemos a la hija del Corsario Negro, y no debemos dejar que caiga en poder de los españoles. ¡Yo estoy dispuesto a dar mi piel por esa joven!

—¡Y yo, hasta a condenar mi alma! —repuso Morgan con tan vehemente acento, que hizo levantar la cabeza al viejo marino.

Y como si se hubiese arrepentido de haber dicho tanto, añadió fríamente.

—Haremos lo que podamos.

Y reanudó su paseo con paso algo más agitado que antes, murmurando:

—¡Sí; lo que podamos!

A media noche la escuadra, que seguía teniendo viento favorable, llegaba ante Maracaibo, siendo acogida con gritos de júbilo por la pequeña guarnición que allí había dejado.

Por desgracia, las noticias que llegaron a bordo fueron poco halagadoras. El fuerte de la Barra había sido formidablemente armado con nueva artillería durante aquellas seis semanas y ocupado por fuerte guarnición, y las naves españolas no habían levado anclas, en espera de dar a los corsarios una terrible y decisiva batalla.

El paso estaba cerrado por el mar Caribe, y la lucha era, por tanto, inevitable.

Morgan, que no se sentía bastante fuerte para asaltar a las grandes naves españolas, tomó sin vacilar su resolución, con esperanza de asustar al enemigo y decidirle a dejar libre el paso.

Hizo bajar una chalupa a algunos prisioneros elegidos entre los más influyentes, y la misma noche los envió al almirante español con la intimación de dejarle libre la retirada si quería evitar la destrucción de la ciudad y la muerte de todos los españoles que tenía a bordo.

Aún no había despuntado el alba cuando los mensajeros volvían a bordo descorazonados, llevando la noticia de que el Almirante pagaría con balas de cañón el rescate pedido, y de que tan sólo se retiraría después de la restitución del botín cogido en las dos ciudades y de todos los prisioneros, sin excluir a la señorita Yolanda de Ventimiglia.

Al oír aquellas condiciones, sobre todo la última, un terrible movimiento de ira recorrió las tripulaciones de la escuadra. ¡Todo antes que entregar a la hija del Corsario Negro! Tal fue el grito que salió de todos los pechos.

Morgan llamó en seguida a bordo de El Rayo a los comandantes, y les dijo:

—¿Queréis vuestra libertad sacrificando el botín y a la señorita de Ventimiglia, o defenderos?

La respuesta, en nombre de todos, la dio Pedro el Picardo, que, después de Morgan, era el que gozaba mayor influencia entre los filibusteros:

—Preferimos hacernos matar todos antes que entregar a la hija del Corsario Negro. ¡Los Hermanos de la Costa se envilecerían con tal acción!

Pero reflexionando en las fuerzas de que disponía el almirante español, decidieron enviarle otros mensajeros con encargo de decirle que no habían destruido a Maracaibo, y que se ofrecían a poner en libertad a todos los rehenes y la mitad de los prisioneros de Gibraltar.

No viendo llegar respuesta, y sospechando que los españoles querían ganar tiempo para recibir nuevos refuerzos, Morgan decidió obrar sin pérdida de momento y sorprender a la flota enemiga.

Había pensado ya en la Caramada, que era una de las mayores, pero también de las más viejas naves de la escuadra y que podía muy bien hacer el papel de brulote, para lanzarla contra las naves españolas.

Hizo transbordar cuanto en ella había de valor, y ordenó llenar la nave de azufre, pez, alquitrán, grasas y maderas resinosas para que ardiesen de proa a popa, e hizo colocar sobre cubierta fantoches con sombreros a la filibustera para fingir que eran hombres, plantando además el estandarte de Inglaterra, a fin de hacer creer a los españoles que aquélla era la nave almirante.

Seis días se emplearon en tales preparativos, durante los cuales el almirante español, que ya creía tener a los corsarios en su poder, no dio señales de vida, siendo así que habría podido fácilmente caer sobre la escuadra y destruirla sin gran trabajo.

Hacia el ocaso del séptimo día Morgan, después de haber hecho jurar a sus hombres que no pedirían gracia hasta el último aliento, dio la señal de la marcha.

La nave brulote, tripulada por un puñado de hombres elegidos entre los más valientes, abría la marcha con todas las velas sueltas, para mejor disimular los fantoches de cubierta.

A breve distancia la seguía la fragata de Morgan, y luego iban las otras naves formadas en dos columnas.

Profunda ansiedad reinaba en todas ellas, pues nadie ignoraba que si el golpe no tenía buen éxito sería la muerte cierta para todos.

En el momento de levar las anclas, Morgan había bajado al cuadro, donde se encontraba Yolanda.

—Señorita —le dijo con cierta emoción—, vamos a jugar una partida desesperada, acaso la más tremenda de cuantas empeñé con los españoles. Suceda lo que suceda, no salgáis de aquí. Si la nave se fuese a pique, en el último momento yo estaré a vuestro lado.

—Señor Morgan —repuso la joven clavando en él sus bellos ojos—, podéis evitar esta batalla, que tantas vidas puede costar. Sobre todo, es a mí a quien los españoles quieren. Entregadme a ellos. Soy una mujer, y no me harán ningún mal.

—¡Nunca, señorita! Los filibusteros están dispuestos a dar su vida por la hija del que fue el más grande héroe del mar. Además corréis vos más peligro que nosotros.

—¿Yo? —preguntó asombrada Yolanda—. Son mis bienes lo que quieren, no mi vida: que los cojan, y yo diré, como mi padre, que tengo bastantes tierras y castillos en el Piamonte para no echar de menos los de mi abuelo.

—Si se tratara tan sólo de eso, señorita —dijo Morgan—, no habría vacilado, con vuestro consentimiento, en entrar en tratos con el almirante español; pero hay más que vos ignoráis. ¿Queréis un consejo? ¡Guardaos del Gobernador de Maracaibo, del conde de Medina, porque ese hombre tratará de haceros todo el mal posible!

—¿Por qué causa? No le vi nunca hasta mi viaje a América.

—Es un secreto que por ahora no puedo revelar. ¡Adiós, señorita: si las balas me respetan, volveremos a vernos después de la batalla! He ahí los cañones que comienzan a tronar. ¡Rogad por nuestras armas!

Dicho esto Morgan se lanzó a la escala que conducía al puente, gritando:

—¡Prontos para el abordaje, valientes!

El brulote estaba entonces a mil pasos de las naves españolas, las cuales levaban anclas para atacar a los filibusteros.

Eran tres grandes fragatas de sesenta cañones cada una, de altísimo bordo, con el castillo también muy alto y ya lleno de hombres armados.

Las naves filibusteras, exceptuando la de Morgan hacían muy triste figura frente a aquellos colosos.

Pero parecía que los españoles, confiando en sus propias fuerzas, no tenían mucha prisa por moverse ni abrir el fuego.

Sólo la nave almirante levó pronto sus anclas, saliendo al encuentro del brulote para cortarle el paso.

¡Cosa apenas creíble!

En vez de hacer tronar sus sesenta cañones, que hubieran sido más que suficientes para echarle a pique en pocos minutos, tanto más cuanto que Morgan había reducido la Caramada a un puro esqueleto, iba sobre ella para abordarla.

Era lo que deseaban los filibusteros, que no contaban con tanta fortuna.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Van Stiller, que desde el castillo de El Rayo seguía atentamente la marcha del brulote—. ¡Esos españoles están locos!

—¡Nos siguen maravillosamente el juego, compadre! —dijo Carmaux, que estaba a su lado—. ¡Dentro de poco veremos un espléndido fuego!

La distancia entre el brulote y la nave almirante disminuía, y ni un cañonazo había partido de la enorme nave.

Tan sólo las otras dos comenzaban a disparar algunos tiros sobre la escuadra, maltratándola bastante gravemente.

Los marineros de la Caramada, ocultos tras las amuras con las antorchas encendidas, esperaban en silencio.

De pronto, el piloto, que iba medio oculto por el estandarte inglés, viendo a la nave almirante atravesada, con un golpe de timón le hundió su bauprés entre las jarcias, gritando:

—¡Fuego! ¡Prended fuego y lanzad los garfios de abordaje!

Los diez o doce hombres que tripulaban la Caramada lanzaron las antorchas sobre el azufre y el alquitrán desparramado sobre cubierta y las maderas resinosas que llenaban la estiba; lanzaron luego los garfios de abordaje por entre las bordas de la nave enemiga, y, aprovechándose del estupor de los españoles, se lanzaron al agua, alcanzando a nado la chalupa que estaba a popa y cortando la cuerda que la sujetaba.

Una llamarada inmensa producida por la explosión de algunos barriles de pólvora colocados entre las materias inflamables se produjo a bordo de la Caramada y prendió en seguida en el velamen y los cordajes de la nave almirante, obligando a huir a los hombres que estaban en las amuras, preparados para rechazar el abordaje.

Una inmensa luz iluminaba el mar y las naves. El brulote ardía como una cerilla, y con él la almirante, cuya arboladura era ya pasto de las llamas.

Un alarido inmenso estalló entre los filibusteros.

—¡Adelante, Hermanos de la Costa! ¡Adelante!

Mientras las naves pequeñas atacaban a la almirante, cañoneándola furiosamente para impedir a los españoles extinguir el incendio, Morgan caía sobre otra de las fragatas, la mayor, atronándola con sus cuarenta cañones.

La tercera tenía ya sobre sí a las dos naves de reserva, que, después de El Rayo, eran las mejores armadas, tripuladas por la mayor parte de los bucaneros, admirables tiradores sin rival en el mundo, cuyos disparos eran siempre de muerte.

# CAPÍTULO XII

## *¡AL ABORDAJE, HIJOS DEL MAR!*

La batalla se había trabado con igual furor por ambas partes, entre grandes clamores y ensordecedor estruendo, pues reunían entre todas aquellas naves más de trescientas piezas de artillería.

Animados por el primer triunfo, los filibusteros luchaban con su habitual valor, procurando sobre todo diezmar a la oficialidad y haciendo un fuego infernal sobre los puentes, cubiertas y castillos para desalojarlos e intentar un abordaje fulminante.

Envuelta por las llamas, la nave almirante estaba ya perdida, incendiada por el brulote, que seguía amarrado a su flanco.

Los filibusteros de las naves pequeñas no habían encontrado resistencia, porque el fuego había estallado tan rápidamente, que la mayor parte de los españoles que tripulaban la fragata quedaron rechazados al primer intento y sofocados por el nauseabundo e intenso humo que se escapaba de la estiba de la Caramada.

Por compasión habían salvado a los supervivientes en unión de su almirante, recogido por una chalupa en el momento en que se ahogaba.

Sin embargo, aún no se había decidido la victoria, porque las otras dos naves se defendían terriblemente, poniendo a dura prueba el valor de los corsarios.

Dos veces había ya intentado Morgan abordar a la nave asaltada, y las dos había sido rechazado con grandes pérdidas.

Los sesenta cañones de la española, hábilmente manejados, habían causado tales estragos en El Rayo, que era de temer que de un momento a otro se fuese a pique, o, por lo menos, perdiera toda su arboladura.

No obstante, de la expugnación de aquella fragata dependía la victoria, ya que los filibusteros eran pocos para hacer frente a las dos. Morgan, que veía desvanecerse cuantas esperanzas había concebido, y reconocía que su escuadra estaba en peligro de ser dispersada y apresada en Maracaibo, hizo llamamiento supremo a sus hombres.

—¡A mí los valientes! —gritó empuñando con la diestra la espada y la pistola con la siniestra—. ¡Cien piastras para quien ponga el pie en la fragata! ¡Carmaux! ¡Aborda!

El francés, que llevaba el timón con Van Stiller, con un brusco golpe lanzó a El Rayo sobre la fragata, mientras los gavieros de las cofas y de las gavias lanzaban los garfios de abordaje.

Pero la española era tan alta de bordo, que las amuras de El Rayo estaban casi a

nivel de las torneras de la batería.

Los corsarios, sin embargo, animados por Morgan y Pedro el Picardo, que se habían agarrado los primeros a los bancazos intentando izarse hasta los bastiones después de haber arrojado varias bombas sobre la fragata española para alejar a los defensores, se lanzaron al abordaje dando gritos tremendos y llevando entre los dientes sus cortos sables, con los cuales solían combatir en las luchas cuerpo a cuerpo.

Pero el asalto se estrelló ante a obstinación de los españoles.

A pesar de las bombas no se habían apartado de las amuras, y fusilaban a quemarropa a cuantos enemigos intentaban poner el pie en la cubierta, precipitándolos, muertos o heridos, bien a El Rayo bien al mar.

El momento era terrible, y el descorazonamiento invadía ya a los rudos hombres de mar, cuando de improviso una voz metálica e imperiosa, que recordaba las incisivas órdenes del Corsario Negro, se elevó en el puente de El Rayo dominando el estruendo de la artillería y el fragor del combate:

—¡Sus, hombres del mar! ¡Al abordaje!

Todos se volvieron, olvidando por un momento que los españoles caían sobre ellos fusilándolos.

Yolanda de Ventimiglia, toda vestida de negro, como su padre, con una larga pluma negra clavada en su tocado y una espada en la diestra, apareció en el puente de El Rayo entre el humo de los cañones, señalando a los corsarios la fragata.

—¡Sus, hombres del mar! —repitió con aquel acento que sabía encontrar su padre en los momentos más terribles—. ¡Al abordaje! ¡La hija del Corsario Negro os mira!

Un espantoso clamor contestó a la joven:

—¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

Y aquellos hombres, que ya cedían, se aferraron a jarcias y cordajes como una legión de demonios, gritando a toda voz:

—¡Muerte! ¡Muerte a los españoles!

Tan sólo un hombre, que estaba colgado de una tronera de babor de la batería, quedó inmóvil, clavando su mirada en la heroica joven que con su presencia decidía la victoria. Era Morgan.

Pero aquella contemplación sólo duro un instante: oyendo sobre su cabeza el fragor de las espadas y los sables, trepó agarrándose a las jarcias del palo mayor, y gritando tonante:

—¡Sus, sus, hijos del mar! ¡La hija del Corsario Negro os mira!

Los filibusteros estaban ya en la cubierta de la fragata, y se lanzaron sobre la tripulación española con tal ímpetu, que la desalojaron parte a popa y parte a proa en completo desorden. El comandante de la fragata, viendo a la nave ya perdida se había dejado matar, y la mayor parte de los oficiales cayeron también al primer encuentro.

La llegada de Morgan y de Pedro el Picardo con un nuevo destacamento de filibusteros indujo a los españoles a pedir cuartel, deponiendo las armas.

La tripulación de la tercera fragata, viendo arriar del palo mayor de su compañera el estandarte español y hundirse a la nave almirante entre un vórtice de llamas y chispas y el horrendo fragor de la santabárbara, tomó rápidamente sus precauciones para no ser alcanzada.

Con dos tremendas andanadas de sus sesenta cañones rechazó a las dos naves pequeñas de la escuadra que la cercaba, y desplegando rápidamente sus velas tomó, huyendo, la dirección de la Barra.

Fuese con intención deliberada o por impericia de su piloto chocó violentamente con las escolleras del islote, y se partió en dos, yéndose a pique en pocos momentos, y dejando apenas a la tripulación tiempo para tomar tierra y refugiarse en el fuerte.

Un grito formidable, un grito de victoria que lanzaron cuatrocientos pechos saludó la fuga de la última nave.

Nunca hasta entonces los filibusteros habían obtenido tan completo triunfo. En otras cien luchas habían realizado milagros de valor y de audacia; pero ninguno como aquél.

Apenas hizo encerrar a los prisioneros españoles en las baterías y colocado en las puertas de los polvorines hombres de confianza para evitar cualquier traición, Morgan subió a su nave, en la cual Yolanda de Ventimiglia seguía tranquila y sonriente, empuñando aún la espada.

—¡Señorita —le dijo, mientras sus ojos, de ordinario fríos, se animaban con extraño fulgor—, a vos debemos la suerte de haber vencido en una de las más terribles batallas que recuerda la historia de los filibusteros de las Tortugas! ¡Sin vuestra imprevista aparición y aquel grito que tan bien imitaba la estridente voz de vuestro padre, el invencible Corsario Negro, acaso a estas horas mi flota estaría destruida y nosotros en el fondo del mar!

—¡Yo! —exclamó la joven sonriendo—. Recordé la frase que mi padre usaba cuando lanzaba a sus hombres al abordaje, y la pronuncié. ¡Una cosa que cualquiera otra mujer hubiera hecho!

—¡No, señorita —repuso Morgan con insólito fuego—, otra mujer no hubiera tenido el valor de exponerse al fuego de tan grande fragata, y se hubiera guardado mucho de salir de su camarote! ¡Tan sólo vos, por cuyas venas corre la sangre del mayor héroe del mar, podíais hacer lo que habéis hecho! ¡Contad, señorita, con mi agradecimiento y con el de mis hombres!

Y volviéndose hacia los filibusteros, que desde lo alto de las amuras de la fragata española o desde cubierta o el castillo de El Rayo contemplaban mudos a la joven, les gritó:

—¡Saludad a la heroína del mar!

Un grito de entusiasmo, que se repitió en todos los barcos que rodeaban a la nave de Morgan, se elevó de entre aquellos cuatrocientos hombres:

—¡Viva la hija del Corsario Negro! ¡Viva la heroína del mar!

Aquellos hombres rudos, que parecían locos, agitaban sus gorras y sombreros, descargando sus armas entre estrepitosos hurras que debían de llegar hasta los oídos de la guarnición del fuerte de la Barra.

Profundamente conmovida, la joven hizo con la mano un ademán de saludo, y, ayudada por Morgan, bajó la escalerilla del puente para volver al cuadro, mientras los tres hurras de rigor se elevaban en los aires, y los cañones de la vencida fragata tronaban en honor de la valiente italiana.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Van Stiller, que estaba bajo el puente de órdenes con su inseparable compadre y don Rafael—. ¡Diríase que tengo los ojos húmedos!

—¡Y yo los tengo realmente! —repuso Carmaux—. ¡Ah! ¡Qué valiente muchacha! ¡Y aquel grito! ¡Me parecía haber vuelto al tiempo en que el Corsario Negro ordenaba el abordaje desde el castillo del viejo Rayo!

—¡Sí; es una bella y valiente joven! —murmuró don Rafael—. ¡Lástima que no estuviese a bordo de la fragata de mis compatriotas!

—¿Qué murmuró, don Rafael? —preguntó Carmaux, que realmente tenía los ojos húmedos.

—Decía que si esa joven no hubiera salido de su camarote, no hubieseis vencido a la fragata —repuso el plantador suspirando.

—No digo que no. Se defendían bien vuestros compatriotas, ¡palabra de Carmaux! Nos han matado quince o veinte hombres, y heridos a otros tantos.

—¡Y aún no habéis salido de la laguna! El fuerte de la Barra ha sido reedificado, es más formidable que antes, y no os dejará pasar sin bombardearos bien.

—¡Es verdad! —dijo Van Stiller, mirando las imponentes obras de defensa que guarnecían el islote, y que en sólo seis semanas habían elevado los españoles—. Será un hueso duro de roer.

—¡Y que nos fastidiará bastante! —añadió Carmaux—. Sin embargo, es preciso marcharse cuanto antes. Pedro el Picardo ha sabido por un piloto que se halla en nuestro poder, que esas tres fragatas formaban parte de una escuadra de seis navíos encargados de exterminarnos; pero antes que lleguen debemos irnos. La suerte no sonríe dos veces seguidas. ¡Ah!...

—¿Qué te ocurre, compadre? —preguntó Van Stiller.

—Don Rafael, debo daros una noticia que no sé si os alegrará o no.

—¿Cuál?

—¿Sabéis a quién he visto entre los defensores de la fragata?

—No sé.

—Al capitán Valera.

La emoción que sufrió el pobre hombre fue tal, que cayó en los brazos del hamburgués, que estaba detrás.

—¡Ohé, don Rafael! —gritó el filibustero haciéndole ponerse en equilibrio—.

¿Qué os pasa?

—¿No ha muerto? —preguntó el plantador, lívido.

—No. Está entre los prisioneros —repuso Carmaux.

—¡Entonces, soy un hombre perdido!

—¿Tanto miedo tenéis al capitán?

—¡Si sospechase que fui yo quien os llevó al convento!

—No os vio. Además, aunque lo hubiese averiguado, es un prisionero, y si no paga un buen rescate no le dejaremos en libertad.

—¡Pobre de mí —suspiró don Rafael—. ¡Mejor hubiera sido que vuestros camaradas me ahorcasen!

El silbato del contramaestre, que llamaba a los filibusteros a lista, interrumpió la conversación.

Tras un breve consejo celebrado con los comandantes de las otras naves reunidos en El Rayo, Morgan dio orden a los maestros de maniobra de izar las velas y hacer rumbo hacia el fuerte de la Barra para expugnarlo, o por lo menos alcanzar el mar Caribe, para evitar el peligro de que las otras tres fragatas les cortaran de nuevo el paso.

Las tripulaciones de las dos naves más maltratadas y que ya casi estaban inservibles, fueron embarcadas en la nave española, ya media noche, reparados en lo posible los daños causados en las arboladuras, tomaron resueltamente rumbo hacia el fuerte para intentar el último golpe. Entusiasmados por el triunfo, ya los filibusteros estaban casi seguros de conseguir aquella segunda victoria; así es que, una vez bajo el fuerte, y sin dignarse contestar al incesante fuego de los españoles, lanzaron al agua las chalupas y tomaron tierra en número de trescientos, asaltando vigorosamente las torres y trincheras.

Pero habían confiado demasiado en sus fuerzas, y, como dijo Carmaux, el hueso era más duro de lo que habían creído.

No obstante la impetuosidad de sus ataques y la multitud de bombas que lanzaban a mano sobre los baluartes, dos horas después se vieron obligados a reembarcar, dejando un considerable número de muertos y llevándose muchos heridos.

La inesperada derrota conmovió profundamente a aquellos hombres formidables, que se reputaban invencibles, y hasta al mismo Morgan, que desconfiaba ya de la suerte.

Para consolarse, habiendo sabido que la fragata sumergida en la escollera llevaba considerables sumas, y viendo que sus despojos estaban fuera del tiro de los fuertes, los filibusteros enviaron a unos cuantos a recoger los toneles de barras de oro.

Entretanto Morgan, con el grueso de la escuadra, había vuelto a Maracaibo para tomar, de acuerdo con los jefes de las naves, alguna resolución. Prevaleció primero la idea de amedrentar a la guarnición del fuerte enviando al Gobernador algunos prisioneros con encargo de pedirle un considerable rescate si quería salvar a la ciudad,

y así se hizo.

Obtenida una rotunda negativa, Morgan se dirigió a los habitantes, quienes, para no verse completamente arruinados, se decidieron con supremo esfuerzo a pagarlo.

Con aquel millar de piastras no había mejorado, sin embargo, la situación de los filibusteros, que seguían viéndose en la imposibilidad de zarpar de la laguna, y bajo la amenaza constante de ver aparecer el resto de la escuadra española.

Decidieron ofrecer al comandante del fuerte la libertad de todos los prisioneros que estaban a bordo de las naves filibusteras, amenazando, en caso de negativa, con ahorcarlos a todos, y anunciando que después pasarían lo mismo ante el fuerte.

La contestación fue muy distinta de la que esperaban, porque el Gobernador les comunicó que si los habitantes de Maracaibo hubiesen impedido la entrada a los corsarios, como él estaba resuelto a no consentirles la salida, no se verían en tan triste condición, y que, si querían, que los ahorcasen.

Pero Morgan no era inhumano, y no quería ofrecer a la hija del Corsario Negro tan triste y feroz espectáculo. El peligro, que aumentaba con la escasez de víveres, le hizo intentar de nuevo la suerte.

Hizo repartir entre los filibusteros las 25.000 piastras recaudadas en el saqueo de las dos ciudades, parte en oro, parte en plata y piedras preciosas, y los esclavos negros; luego, a bordo de las chalupas, envió detrás de los bosques del fuerte de la Barra a doscientos de sus hombres, como si se preparasen a asaltar el fuerte por aquella parte. Pero apenas cayó la noche los hizo reembarcar con el mayor sigilo.

Engañados por aquella maniobra, y sospechando que los filibusteros atacarían el fuerte por la parte de tierra, los españoles emplazaron la mayor parte de sus piezas hacia allá.

Aquel engaño debía ser la salvación de los corsarios. En efecto; con ayuda de las tinieblas, la misma noche la escuadra salió fácilmente de la laguna con los fanales apagados, embocando el estrecho de la Barra.

Cuando los españoles se dieron cuenta de la estratagema, ya era tarde para impedir a sus odiados enemigos la salida, y en vano hicieron tronar su artillería.

Apenas llegados fuera de tiro, Morgan hizo desembarcar a la mayor parte de los prisioneros para no llevar demasiado cargadas las naves,

y saludando al fuerte con una salva, se lanzó a alta mar sin más contratiempos.

Una vez más la fortuna había sonreído a aquellos audaces filibusteros.

# CAPÍTULO XIII

## *ENTRE EL FUEGO Y EL MAR*

Hacía ya dos días que la escuadra filibustera había salido de aguas de Maracaibo y navegaba de conserva para estar dispuesta a dar batalla a las tres fragatas españolas que debían recorrer aquel mar y que aún no habían tomado parte en el combate, cuando la noche del tercer día, mientras estaban a unas 50 millas de la isla de Oruba, una nube negrísima, que no auguraba nada bueno, apareció en el horizonte.

La atmósfera hacía ya algunas horas que presentaba extraordinaria transparencia, signo infalible de próximo huracán, y el mar, aunque tranquilo en apariencia, exhalaba un olor extraño, como si súbitamente las aguas se hubieran corrompido. Era la estación de los huracanes y de los tremendos torbellinos producidos por los vientos de Poniente, que con frecuencia arrasan las grandes y pequeñas Antillas causando inmensos desastres.

Sintiendo aquel característico olor, y viendo al Sol ocultarse más rojo que de ordinario, cierta inquietud se apoderó de las tripulaciones, que conocían por experiencia la violencia de las tempestades del mar Caribe y del golfo de México.

—¡Se prepara una mala noche! —dijo Carmaux a Van Stiller, que miraba atentamente el horizonte.

—¡Mal olor! —repuso el hamburgués.

—El capitán Morgan ha tenido buena idea al hacernos pasar a esta fragata. Es mucho más sólida que su Rayo, que tiene el casco rajado y la arboladura averiada.

—Diríase que presentía el huracán —dijo Carmaux—. Pero tenemos un volcán en la estiba.

—¿Cuál?

—Los prisioneros españoles, que podrían aprovecharse del huracán y jugarnos una mala pasada. Si yo hubiera sido el capitán, los hubiera desembarcado con los otros. Me temo que de éstos no obtendrá grandes rescates.

—¡Hay peces gordos, amigo Carmaux!

—¿El capitán Valera?

—¡Ah!

—¿Qué te ocurre, hamburgués?

—¿No le has preguntado cómo ha conseguido embarcarse en la escuadra española, cuando nosotros le dejamos en los subterráneos del convento? ¿No te extraña su

presencia en esta nave?

—En efecto; es verdad —dijo Carmaux, sorprendido por la reflexión del hamburgués—. ¿Por qué ese hombre, en vez de ponerse a salvo, se ha unido a la escuadra? ¿Estaría aquí también el Gobernador?

—Cuya sombra era, según Don Rafael —añadió Van Stiller—. ¡No veo claro este negocio!

—¡Ni yo, hamburgués!

—¡Es el diablo quien le ha enviado aquí, donde está la hija del Corsario Negro!

—¡Compadre, tengo ya la mosca en la oreja! —dijo Carmaux tras breve silencio.

—¿Temes algo por parte del capitán? ¡Y yo! Soy de tu opinión. ¡Vigilemos, amigo! ¡El peor enemigo de la señorita de Ventimiglia, después del conde de Medina, es ése!

—¡A propósito del Conde! ¿Dónde se habrá refugiado, que no hemos vuelto a verle? ¿Será posible que haya renunciado a apoderarse de la hija del Corsario?

—¡Hum! ¿Tú que crees?

—El corazón me dice que volveremos a verle —repuso Carmaux—. ¡Ahora salta el viento a Poniente!¡Mala noche! ¡Por fortuna, la fragata es sólida!

Un crujido se oyó en lo alto. El foque y el contrafoque giraban bajo las primeras ráfagas. Morgan subió en aquel momento al puente con Pedro el Picardo y la señorita de Ventimiglia.

—¡Tormenta! —dijo a la joven, que miraba hacia Poniente, donde la nube se elevaba rapidísimamente—. ¿No tendréis miedo, señorita?

—¡Soy la hija de un hombre de mar! —repuso Yolanda con voz tranquila.

—Por violentos que sean, podremos resistir a las aguas y al viento —dijo Morgan —. Las naves pequeñas de la escuadra son las que lo pasarán mal y no podrán seguirnos. Pedro, toma las necesarias precauciones para afrontar el huracán. ¡No nos dejemos sorprender! Temo a esas olas monstruosas que se elevan en las épocas de las grandes mareas, y a las cuales difícilmente resisten las naves. Entre julio y octubre se repiten cada año dos o tres veces y ocasionan siempre muchos daños, especialmente en las playas de las islas. Algunas veces se forman cuando el mar está tranquilo, y se acercan a la playa con tal lentitud, que parece imposible que puedan causar daño alguno. Pero cuando llegan a cuatrocientos o quinientos pasos se alzan repentinamente, como levantadas por una fuerza misteriosa, y caen destrozando calles, ciudades y aldeas, y arrastrando a las naves ancladas en las radas a través de los campos, donde las dejan en seco. Algunas veces, por el contrario, se forman durante los huracanes, y aún son entonces más tremendas.

—He oído hablar de la violencia de las tormentas antillanas —dijo Yolanda.

—Dentro de poco tendréis una prueba de su ímpetu —repuso Morgan—. Pero no temáis: la fragata, como os digo, es sólida y vale más que mi Rayo.

Los interrumpió un formidable crujido que repercutió en el seno de la negra nube, y que parecía el simultáneo estallido de seis piezas de artillería. Casi en seguida se

oyeron por los aires largos y estridentes silbidos, como si mil corrientes se cruzasen en varias direcciones, y la arboladura de la fragata fue sacudida con violencia.

Entre el fragor de las primeras olas, los silbidos del viento y las notas estridentes de los maestres y contramaestres, se oyó la voz de Carmaux, que gritaba:

—¡Atentos a las gavias, y que la suerte nos proteja!

El mar se picaba a ojos vistas, mientras la negra nube cubría toda la bóveda celeste con fantástica rapidez, interceptando la luz de los astros.

Había caído sobre el mar Caribe una profunda oscuridad, que los dos fanales de popa de la fragata no lograban romper.

Por Poniente continuaban los silbidos, seguidos de ráfagas cada vez más impetuosas, que hacían temblar las velas. Las olas les hacían el eco mugiendo sordamente.

—Sabes lo que me recuerda esta noche? —preguntó Carmaux, que llevaba el timón, pues era uno de los mejores pilotos de la escuadra filibustera.

—¡Lo adivino! —repuso el hamburgués, que le ayudaba en la penosa tarea—. La noche en que el Corsario Negro abandonó entre las aguas, sola en una chalupa, a la madre de la señorita Yolanda, la hija de aquel maldito Duque.

—¡Sí, hamburgués! —repuso Carmaux con voz conmovida—. También entonces el mar rugía, y nos amenazaba la tormenta. ¡Quién hubiera dicho que algún día el Corsario encontraría a la joven a quien amaba tanto, siendo la reina de una tribu de antropófagos caribes, y que la haría su esposa!

—¡Y cómo lloraba aquella noche el Corsario!

Un espantoso mugido ahogó las últimas palabras del hamburgués.

—¡Es el torbellino que se forma! —dijo Carmaux—. ¿Qué les ocurriría a las naves pequeñas de la escuadra? ¡Cuidado no nos coja de costado!

La fragata hacía frente a las aguas, que la asaltaban con furor y la sacudían poderosamente, no obstante su mole, relativamente enorme.

Los gavieros habían cargado ya todas las velas bajas, conservando tan sólo los foques y las gavias, y, sin embargo, la arboladura entera sufría sacudidas violentísimas cuando soplaba alguna ráfaga.

Las otras naves comenzaban a dispersarse. Se veían sus fanales brillar en varias direcciones, algunos hacia el Sur, otros hacia Levante, como si huyesen ante el huracán. Morgan les había indicado que se refugiasen donde creyeran más conveniente, comprendiendo que no podrían seguirle en su ruta.

A media noche todas habían desaparecido. Seguramente habían tratado de refugiarse en las islas que cubren las playas venezolanas, donde podían encontrar excelentes ensenadas.

La fragata aún no había cambiado de rumbo, y proseguía hacia Septentrión para llegar, si no a las Tortugas, al menos a Jamaica, donde no correría peligro alguno, por ser colonia inglesa abierta a las naves filibusteras que habían obtenido patente de corso

contra los españoles.

Pero las ondas, ya completamente desordenadas, la molestaban bastante y la sacudían con creciente rabia, asaltándola por estribor y pugnando por lanzarla fuera de ruta.

El mar estaba cada vez más espantoso y las ráfagas aumentaban en violencia. El viento de Poniente se desencadenaba, adquiriendo la prodigiosa fuerza que suele alcanzar en las grandes tempestades, y llegando hasta arrancar los grandes cañones de treinta y dos de las baterías expuestas a su furia.

Truenos ensordecedores retumbaban en la negra nube con horrible crescendo, apagando la voz de maestres y contramaestres, y relámpagos vivísimos se sucedían sin tregua.

Aunque presintiendo que pronto el huracán alcanzaría su máxima violencia, Morgan se mostraba tranquilo y sereno.

Si era un formidable hombre de guerra, era también uno de los más valientes marineros de su época.

Erguido en el puente de órdenes y con el portavoz en la mano, daba órdenes, sin que en su acento se notara la menor traza de temor.

Yolanda, que se había negado a bajar a su camarote, estaba junto a él, agarrada a las traviesas del puente, desafiando con intrépido valor las salpicaduras de las olas que llegaban hasta aquel elevado punto, y miraba con curiosidad exenta de todo temor el báratro en que la nave se estremecía con mil crujidos.

—¿No tenéis miedo? —le preguntó Morgan.

—¡Soy la hija de un hombre de mar! —le contestó ella—. ¡En estos mares desafió mi padre a los huracanes! ¿Por qué no he de hacerlo yo también?

Hacia las dos de la mañana un ensordecedor clamoreo se elevó de entre las aguas. Parecía como si millares y millares de personas gritasen a la vez pidiendo socorro.

Morgan palideció y frunció las cejas.

—¿Qué es? —preguntó Yolanda. —El torbellino que se forma —repuso el filibustero.

—¿Nos embestirá?

—Seguramente.

—¿Podremos resistirle?

—Eso espero.

De repente el cielo pareció incendiarse de Levante a Poniente, y a la tenebrosa noche sucedió una verdadera noche de fuego.

Las olas parecían llamear, como si en su interior se hubieran abierto centenares de volcanes submarinos.

Los relámpagos se sucedían sin cesar, y tan vívidos e intensos, que los marineros cegaban. Era una verdadera lluvia de rayos que caía sobre el mar.

La tripulación miraba con terror aquel espectáculo. Hasta Yolanda parecía

emocionada.

—¡Señor Morgan! —exclama—. ¿Qué sucede?

—¡Atravesamos un meteoro de fuego, señorita! ¡Bajad a vuestro camarote! ¡Bajad!

En aquel momento se oyó gritar a una voz:

—¡Allí! ¡En la veleta del mayor!

Una esfera de regular tamaño, que parecía incandescente y proyectaba una luz azulada, giraba en torno de la veleta de los contrafoques, como si tratara de posarse en la punta de la bandera

[6].

De repente estalló con sordo estrépito, y una lengua de fuego que serpenteó a lo largo del palo envolviendo jarcias y encapilladuras alcanzó la gran gavia, esparciendo a su alrededor un pronunciado olor a azufre.

Un grito de espanto salió de entre los filibusteros de la fragata.

—¡Fuego! ¡Fuego!

La gran gavia se había incendiado, y las llamas, fomentadas por el viento, se habían corrido hacia la latina del trinquete.

Morgan iba a lanzarse fuera del puente llevando a la hija del Corsario, cuando oyó que Pedro el Picardo gritaba:

—¡También la latina se ha incendiado!

Morgan sofocó una imprecación por no alarmar a la joven; pero no pudo contener una exclamación de furor.

—¡Es la maldición que cae sobre nosotros!

Pero recobrando su sangre fría, ayudó a Yolanda a bajar la escala, invadida por las ondas.

—¡Señorita —le dijo algo conmovido y mirándola fijamente—, Morgan no es hombre que se deje abatir! ¡Tened confianza en mí!

—¡No tengo miedo —repuso Yolanda—; ya sé lo que valéis!

—¡Huid del puente, señorita! ¡Estamos entre el fuego y el agua, y los peligros no siempre pueden preverse.

—Os obedezco, capitán Morgan.

—¡Van Stiller, cuida de la señorita! —gritó viendo al hamburgués, que pasaba.

Miró a la joven, que se alejaba cogida al brazo del filibustero, siempre tranquila, como si ningún peligro la amenazase, y se lanzó a través de la tolda, en la cual reinaba gran confusión gritando con voz estentórea.

—¡A las bombas!

La fragata capeaba el temporal con sus velas de mesana para huir del huracán, que con fuerza terrible la embestía arrastrándola hacia Levante. El palo mayor y el trinquete eran presa de las llamas.

Los obenques y jarcias, los gallardetes y las cofas ardían como esparto seco, ya

que estaban recubiertos de alquitrán, y las velas dejaban caer sobre cubierta jirones de tela ardiendo y chispas en gran número.

La arboladura podía considerarse perdida: gravísimo peligro en medio de un huracán que podía durar aún muchas horas, y que privaba a la nave de toda estabilidad.

Por orden de Morgan, los corsarios habían hecho funcionar la bomba de proa y la de popa; pero la maniobra era difícil por las olas que invadían la cubierta, amenazando barker a los hombres que trabajaban en ellas.

Por otra parte, su acción no podía ser de gran eficacia. Los aparejos, aunque bañados, ardían y dejaban caer un trozo de gallardete ardiendo, o un pedazo de tela, o una cuerda, exponiendo a un continuo peligro a los marineros.

Además, el viento era inestable; así es que había probabilidades de que el palo de mesana ardiese también.

Pero aquellos hombres, habituados a todos los peligros, luchaban denodadamente. Algunos habían derribado ya los dos palos con las hachas para lanzarlos al mar, cuando Morgan, viendo que eran insuficientes, hizo llamar sobre cubierta a los prisioneros españoles que estaban encerrados en la estiba y que gritaban como energúmenos.

Eran unos treinta, entre ellos el capitán Valera y don Rafael.

Al oír aquella orden, Carmaux dio un salto.

—¡He aquí una imprudencia que puede costarnos cara! —dijo Van Stiller, que iba a su lado—. ¡Enemigos en cubierta, y fuego a bordo! ¡Compadre, abre bien los ojos!

—Creo que te equivocas —repuso el hamburgués—. Su piel vale tanto como la nuestra, y les interesará salvarla.

—A los otros, sí; pero hay uno que celebrará mucho enviarnos a todos al fondo del mar. ¡Abre los ojos, compadre!

—¿Sobre quién?

—Sobre el capitán Valera.

—Creí que sobre don Rafael.

—¡Ése está más muerto que vivo!

—Tienes razón, Carmaux: me olvidaba de que el capitán es uña y carne del conde de Medina. ¡No le perderé de vista!

—¡Truenos del aire!

—¡Y truenos de Hamburgo! ¿Qué te pasa, compadre?

—¿Oyes ese estruendo?

—¿El torbellino?

—¡Llega, compadre!

—¡No nos faltaba más que eso! Un grito que salió de proa los hizo palidecer.

—¡Fuera! ¡Cae el mayor!

Una turba de gente que pasó corriendo junto a ellos los lanzó contra las bordas. Eran los hombres de las bombas que asaltaban el castillo, no obstante los gritos e imprecaciones de Pedro el Picardo y de Morgan.

En el mismo instante oyeron a los gavieros del bauprés que gritaban:
—¡Cuidado, piloto! ¡El torbellino se acerca!

# CAPÍTULO XIV

## *EL TORBELLINO*

Un pánico indescriptible se apoderó de la tripulación de la fragata al oír el anuncio dado por los gavieros de que el temido torbellino iba a embestir contra la fragata.

¿No era ya un grave peligro el incendio de la arboladura, para que se añadiese la furia de las aguas? Faltaba aquella tremenda oleada, terror de los navegantes del golfo de México y del mar Caribe, para agravar aún más la ya precaria situación de la nave.

—¡Estamos perdidos! —exclamó involuntariamente Carmaux, que se había precipitado hacia donde estaban Morgan y Pedro el Picardo.

La fragata, asaltada por espantosas olas que subían hasta las bordas con ensordecedores mugidos, y casi privada de sus velas, se balanceaba desordenadamente inclinándose, ora a babor, ora a estribor.

El palo mayor, ya privado de obenques y de jarcias, ardiendo de arriba a abajo como colosal antorcha, oscilaba con lúgubres crujidos, dejando caer sobre cubierta trozos de gallardetes, crucetas y cofas.

Caía una verdadera lluvia de tizones ardientes, amenazando prender fuego al alquitrán esparcido por las junturas de las tablas e incendiar las embarcaciones, que habían sido quitadas de las grúas para que las aguas no las arrebatasen.

Morgan, que conservaba toda su sangre fría, había dado orden de abandonar las ya inútiles bombas. Sólo le preocupaba el torbellino, que podía hacer naufragar de golpe a la fragata.

—¡Cuatro hombres al timón! —había gritado—. ¡Listos, a virar! ¡Salvad la mesana!

Un horrible crujido siguió a sus palabras. El palo mayor, ya carbonizado por la base y privado de obenques, jarcias, etc., después de haber oscilado algunos instantes describiendo un círculo de humo, cayó a través de la fragata, destrozando los empalizados y tirando al mar uno de los cañones de caza de la cubierta.

El estruendo fue tal, que Morgan y Pedro el Picardo temieron por un momento llegado el instante final.

Por fortuna, una ola monstruosa, después de haber apagado las entenas llameantes y los restos del velamen, arrastró consigo el palo, restableciendo el equilibrio de la nave.

Ya era tiempo. El torbellino se precipitaba sobre la fragata con ímpetu irresistible.

Se había formado, o mejor, había aparecido a cinco o seis cables de proa, y avanzaba mugiendo como una inmensa muralla líquida, cuya altura no podía medirse.

En la cima, una franja de espuma que reflejaba los temblores de las llamas desprendidas del trinquete, se rizaba y se rompía bajo el constante y poderoso soplo del viento.

Viéndola avanzar, los marineros de la fragata se habían refugiado precipitadamente en el castillo, que era la parte más alta y menos expuesta.

—¡Agarraos, y tened firme! —gritó Morgan—. ¡Van Stiller! ¡Carmaux! ¡Al cuadro, e impedid que salga la joven!

Apenas había pronunciado aquellas palabras y los dos filibusteros desaparecían en el cuadro cerrando la puerta, cuando la monstruosa ola se precipitó con espantoso mugido.

Embestida a proa por aquella enorme masa líquida, la nave se elevó bruscamente y casi verticalmente, y se hundió en un abismo insondable.

Un golpe de mar la envolvió de proa a popa destrozándolo todo, y salió por el castillo, dispersando en todas direcciones a cuantos lo ocupaban.

Cuando la fragata volvió a flote, el torbellino había pasado: se alejaba hacia el Sur con espantoso ruido, y una profunda obscuridad invadía el mar.

La montaña líquida había arrancado el trinquete, arrastrándolo consigo y apagando a la vez el incendio. También algunos hombres, entre los cuales había varios prisioneros españoles, habían sido arrebatados por las aguas.

La nave se había librado del naufragio; pero ¡en qué condiciones se encontraba! ¡Podía considerársela como un despojo flotante, destinado tarde o temprano a ser pasto de las aguas.

De sus palos sólo conservaba el de mesana, porque hasta el bauprés, que fue el primero en recibir el golpe, había sido arrancado de cuajo; lo propio ocurrió con las chalupas, y hasta el timón se había de tal modo desencajado, que quedó inservible. Para colmo de desgracia, la tempestad continuaba enfurecida y no era difícil que se formase un nuevo torbellino.

—¿Se acabó, o falta poco ya? —preguntó Pedro el Picardo a Morgan, que se había izado al castillo de proa para ver los destrozos.

—El desastre no podía ser mayor —repuso el filibustero—. La nave está perdida, y no vale ya lo que una almadía. Si se tratara sólo de mí, poco importaría: otras peores hemos visto, y siempre hemos salido con bien.

—¿Es la hija del Corsario la que te preocupa?

—¡Sí! —repuso Morgan.

—¡La salvaremos, a despecho de las olas y del viento! —dijo Pedro—. ¿Dónde crees que nos hallamos?

—El viento nos ha empujado siempre hacia Levante; de modo que, teniendo en

cuenta la velocidad de la fragata, creo que estamos a la altura de las islas de las Tortugas.

—¡Qué carrera! ¿Dónde iremos a encallar, o dónde encontraremos un refugio?

—En las islas de Nueva Esparta —dijo Morgan.

—¿Hay españoles en esas islas? —Lo ignoro.

—Mejor sería huir de ellos.

—Si podemos.

—¡Si pudiésemos meternos en el golfo de Paria!

—Eso intentaremos, para no dejarnos sorprender en tan mal estado por cualquier nave española. Esperemos a que el huracán amaine, y veremos luego.

La tempestad parecía, por el contrario, muy lejos de calmarse.

El viento continuaba soplando siempre de Poniente y arrastrando a la fragata hacia Levante, pues continuaba desplegada la vela latina de mesana.

Tampoco el mar se calmaba, y las olas, que continuaban siempre altísimas, sacudían incesantemente a la pobre nave, golpeando sus pocos seguros flancos.

Viendo que ninguna vía de agua se había abierto y que no existía por el pronto temor de un nuevo torbellino, la tripulación recobró el ánimo y se dedicó a poner en orden la cubierta. También intentó ajustar el timón; pero tuvo que renunciar a ello a causa del incesante romper de las olas.

Por la mañana, cuando se hizo la luz, los filibusteros pasaron lista. Catorce de ellos y seis prisioneros habían desaparecido durante la noche.

—¡Si se hubiese llevado al capitán Valera! —dijo Carmaux, que presenciaba la llamada hecha por Pedro el Picardo.

—Ahí está mirándonos y riéndose —repuso Van Stiller—. ¡Diríase que ha adivinado tu pensamiento!

—¿Y don Rafael!

—Aún vive; y no me parece disgustado por haber escapado una vez más de la muerte, tan deseada por él.

—Pero ¡qué golpe para la fragata! ¿Qué haremos con este cascarón, juguete de la tormenta? ¡Compadre, creo que no volveremos por ahora a ver las Tortugas!

—¿Qué habrá pasado con las otras naves?

—Si el huracán las ha cogido antes de encontrar un refugio, habrán naufragado —repuso Carmaux—. Exceptuando El Rayo, no eran bastante fuertes para resistirlo.

—¿Debemos entonces dejarnos arrastrar por el huracán hasta que encontremos alguna escollera o alguna playa que nos detenga? —preguntó Van Stiller—. ¡Si al menos fuese una playa desierta!

—Temes a los españoles; ¿verdad, compadre?

—Tienen grandes colonias en Venezuela, y podrían cogernos. ¿Qué opináis, don Rafael? —preguntó, viendo al plantador, que poco a poco se había alejado del capitán Valera, como buscando la protección de los dos filibusteros.

—Que si os cogen, os ahorcarán y os quitarán a la hija del Corsario —repuso el plantador con maligna complacencia.

—No creo que tengan cuerdas para nosotros —dijo el hamburgués—. Aún somos bastantes, y no faltan balas ni pólvora a bordo.

—Balas, sí; pero pólvora... ¡Quisiera veros cargar los cañones!

—¿Qué decís, don Rafael? —preguntó Carmaux.

—Yo no sé el daño que habrá hecho el torbellino; pero puedo deciros que he visto entrar agua en el entrepuente, junto a la santabárbara, y que los polvorines deben de estar anegados.

—¡Truenos de Hamburgo! —gritó Van Stiller—. ¡Es imposible! ¡No hemos chocado en ninguna parte!

—Será otra cosa lo que habrá hundido los maderos —dijo el español—. Id a verlo.

Carmaux y el hamburgués no le escuchaban ya. Iban a descender por la escalera del entrepuente, cuando entre los furiosos silbidos del viento y los mugidos del mar oyeron un rodar sordo, acompañado de fuertes choques, como si algún ariete golpease la nave.

—¿Es agua que entra? —se preguntó Van Stiller deteniéndose, mientras Carmaux descolgaba una de las lámparas que iluminaban la cámara de la tripulación.

—Diríase que ruedan los cañones! —repuso, palideciendo, el francés—. ¿Habrán roto los frenos las piezas de la batería?

—¿O los habrá cortado alguien? —¡Veámoslo, compadre!

Bajaron precipitadamente y entraron el entrepuente, donde se detuvieron, lanzando un grito de furor.

Cortadas las cuerdas que las retenían a las torneras, cuatro piezas de la batería corrían desenfrenadamente por el entrepuente, según la fragata cabeceaba a babor o a estribor.

Aquellas masas de bronce iban y venían con sordo fragor, que los aullidos de la tormenta y los mugidos de las aguas impedían que llegase a cubierta, y golpeaban los flancos del barco con furia inconcebible, dejando los puntales y rompiendo poco a poco duelas y maderos.

Una grieta se había abierto ya en el extremo del entrepuente, cerca de la santabárbara, y las olas lanzaban por ella grandes caños de agua, que, como torrentes, corrían hacia popa, pasando a la sentina y a los españoles.

—¡Aquí se ha cometido una traición! —dijo Carmaux—. ¡Es imposible que el cabeceo haya podido hacer tales estragos!

—¿Quién habrá sido?

—¿Quién? ¡Los prisioneros españoles! Alguno debe de haberse aprovechado del incendio de la arboladura para bajar aquí sin ser visto y cortar las cuerdas; han elegido los cañones próximos al pañol de la pólvora para inundar las municiones.

—Si no logramos detenerlos, acabarán por desfondar la nave.

—¡Demos la voz de alarma, compadre!

Se lanzaron ambos arriba para advertir a Pedro el Picardo el grave peligro que corría la nave.

Una ronca imprecación se escapó de sus labios.

—¡No bastaban la pérdida de la arboladura y el torbellino que nos ha deshecho! —exclamó—. ¡A mí, marineros!

Quince o veinte corsarios se acercaron provistos de aspas, manivelas y fanales, y pasaron con precaución al entrepuente.

Las cuatro piezas continuaban su desordenada carrera con un ruido infernal. Unas veces chocaban contra los flancos de la fragata; otras, a causa del balanceo, se desviaban, y como tremendos arietes cruzaban el entrepuente golpeando las empalizadas de popa y de proa, que, bajo los formidables golpes, saltaban en pedazos.

Parecían dotadas de vida. Se detenían un momento, mostrando su negra boca, y reanudaban la carrera todas juntas.

De cuando en cuando alguna iba a dar con la culata contra una de las piezas colocadas en las torneras, giraba sobre sí misma, y volvía a correr en dirección opuesta, sin que se pudiera prever adónde iría a precipitarse.

—¡Éste es el golpe de gracia! —exclamó Pedro el Picardo—. ¡Si no logramos detenerlas, destrozarán los amarres de las otras, y entonces serállegado el final de la fragata! ¡Valor, camaradas! ¡Se trata de la salvación de todos! ¡Cien piastras a quien detenga una!

Y para incitar a sus hombres, que titubeaban porque temían ser arrastrados por aquellas pesadísimas piezas, cogió a un marinero su palanca y se lanzó resueltamente al entre puente, seguido por Carmaux y Van Stiller.

La empresa que intentaban era tan difícil y peligrosa, que sus compañeros sintieron un escalofrío de terror. Hubieran preferido lanzarse al abordaje de un barco tres veces mayor que la fragata y repleto de enemigos, a detener aquellos monstruos de bronce.

Un violento golpe de mar, que levantó la nave de popa a proa, había puesto en movimiento las cuatro piezas.

Viéndolas retroceder hacia el cuadro, Pedro el Picardo y sus compañeros se lanzaron hacia la más próxima, echaron entre las ruedas de la cureña las palancas y saltaron atrás para no ser arrastrados.

La pieza giró sobre sí misma, rompiendo aquellos obstáculos como si fuesen de paja, y reanudó su carrera hacia babor. Pasó a un metro de Carmaux, chocando contra un cañón de la batería con tal violencia, que rompió las cuerdas que lo sujetaban; casi al mismo tiempo otra pieza se desprendió en la extremidad de popa.

Pedro el Picardo, Carmaux y Van Stiller apenas habían tenido tiempo para refugiarse en la cámara de proa, donde estaban sus compañeros.

Las piezas atravesaron con vertiginosa rapidez el entrepuente, se detuvieron junto a la empalizada de proa y la extremidad inferior de la escala, y partieron de nuevo en sentido inverso, chocando contra las otras piezas y arrancando tres de sus frenos.

—¡Estamos perdidos! —había exclamado Pedro el Picardo—. ¡Dentro de diez minutos las veinte piezas de la batería estarán en movimiento y hundirán los flancos de la fragata!

Querer detenerlas era ya una locura. Hubiera sido preciso lanzar granadas bajo las cureñas para volar las piezas; pero, por desgracia, estaba la santabárbara inundada.

—¿No se puede hacer nada?-preguntó Carmaux, que se mesaba los cabellos.

—¡Prepararnos a naufragar! —repuso Pedro—. ¡La fragata está perdida!

Subieron a cubierta sombríos y descorazonados, mientras las pesadas piezas continuaban su loca carrera, hundiendo poco a poco las maderas y las duelas. Los puntales del puente habían caído ya todos.

—¡Morgan —dijo Pedro el Picardo acercándose al capitán—, todo ha terminado!

—¿Luego es verdad?

—Sí. Las piezas ya no pueden detenerse, y los costados se derrumban.

—¡Maldición! —exclamó Morgan apretando los puños.

Sus miradas se fijaron en los prisioneros españoles, agrupados en el castillo.

—¿Han sido ésos? —dijo con voz amenazadora.

—¡Ahorquémoslos a todos! —dijo Pedro el Picardo.

—¡Sí, ahorquémoslos! —gritaron siete u ocho marineros que habían oído la proposición del filibustero.

—¡Muerte a los traidores!

Morgan iba acaso a dar la cruel orden, cuando una voz dulce, pero firme, se oyó tras ellos.

—¡No daréis esa orden, capitán Morgan! ¡Los filibusteros que combatieron con mi padre no deben convertirse en verdugos!

Yolanda había aparecido detrás de los dos comandantes, abriéndose paso entre los marineros.

—¿Vos, señorita? —dijo Morgan estremeciéndose.

—¡Llego a tiempo de impedir una crueldad inútil!

—Han cortado los frenos de los cañones, señorita, y, por su culpa, dentro de poco nos iremos a pique —dijo Pedro el Picardo.

—Los filibusteros son gente de guerra —dijo Yolanda—. ¿Qué prueba tenéis par condenar a esos desgraciados? No, capitán Morgan; no daréis nunca esa orden; al menos, mientras yo esté aquí. La hija de aquel a quien llamabais el gentilhombre de Ultramar no puede presenciar fríamente semejante crueldad.

—¡Tenéis razón! —dijo Morgan—. ¡El lugarteniente del Corsario Negro no ofrecerá nunca tal espectáculo a la señorita de Ventimiglia!

—¡Gracias, capitán! —repuso la joven—. Altivos y heroicos los filibusteros, sí;

pero también magnánimos.

Nadie se atrevió a rebatir aquellas palabras; tanto era el ascendiente que ejercía sobre los rudos y batalladores hombres de mar la dulce figura de la hija del gentilhombre piamontés.

—Señor Morgan —dijo la joven—, ¿está perdida la nave? Decídmelo francamente: la hija del Corsario Negro no debe tener miedo.

—Confío en que resistiremos hasta que la tormenta amaine —repuso Morgan—. Aunque las piezas hundiesen la batería superior, el peligro no sería inmediato. No podemos estar lejos de las islas de Nueva Esparta. No os ocultaré, señora, que no me forjo ilusiones, y que la nave podría irse a pique antes de que llegásemos a esas tierras. Pero no temáis: tenemos aquí madera suficiente para construir diez almadías, y es lo que haremos en cuanto calme el temporal.

—Tengo plena confianza en vos, capitán Morgan.

—¡Sois admirable, señorita!

—¿Por qué? preguntó sonriendo la joven.

—Tal tranquilidad no se encontrará jamás en otra mujer. ¡Heroica sangre la del Corsario Negro!

# CAPÍTULO XV

## *UNA SORPRESA EN ALTA MAR*

Durante todo el día la tempestad continuó maltratando a la pobre fragata sin un momento de tregua, y las piezas no cesaron de golpear sus flancos, hundiendo maderos y compuertas.

Pero al llegar la noche el mar comenzó a aplacarse y el viento cesó de soplar de poniente, girando a septentrión.

En aquellas doce horas la nave había sido reducida a un miserable estado. Aún flotaba, pero estaba medio llena de agua, que entraba por las grietas abiertas en los costados de los cañones, que ya nadie intentaba detener.

Todas las amuras, excepto las de popa, habían desaparecido, y sólo resistía aún, por un verdadero milagro, el palo de mesana; pero no podía ser de ninguna utilidad, porque nadie se atrevía a izar una vela, ante el temor de verla caer también.

—¡Se acabó! —dijo Carmaux, que miraba desconsolado la toldilla de la nave—. Si no esta noche, mañana este pobre cascarón naufragará, a menos que encontremos una escollera o alguna costa donde encallar.

—¿Qué dice el señor Morgan? —preguntó don Rafael, que estaba a su lado.

—Que, a no ocurrir un milagro, iremos al fondo del mar. Pero yo sé que tiene idea de construir almadías.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pero, ¿dónde estamos?

—¡Quién sabe! Morgan no ha podido tomar la altura a mediodía. El sol no ha aparecido.

—¿Entra aún el agua?

—La fragata bebe sin tregua —dijo Carmaux.

—Entonces hasta la hija del Corsario está en peligro —dijo don Rafael—. No valía la pena de asaltar a Maracaibo para dejársela coger al mar!

—Os digo que haremos almadías, y... ¡oh!... ¡No faltaría más que eso! ¡Si nos ven, acabaremos antes! ¡Furia del infierno!

—¿Qué tenéis?

Carmaux no contestó. Doblado hacia adelante, miraba atentamente hacia septentrión.

—¿Qué buscáis? —preguntó don Rafael—. No veo nada.

—¡Esperad un poco! Debe de estar aún agitado el mar por allá. ¡Esperad que reaparezca!

—Pero ¿quién?

En vez de responder, Carmaux se dirigió corriendo hacia Morgan, que intentaba colocar una especie de timón formado con un gallardete, en cuya extremidad había hecho clavar dos lengüetas de áncora para hacerlo funcionar como un remo gigantesco.

—¡Capitán! —dijo con voz agitada Carmaux—. ¡Hay una nave a la vista!

—¿Dónde? —preguntó Morgan llevándole aparte.

—Viene de septentrión. He visto sus fanales.

—¿No te habrás engañado? —preguntó el capitán después de lanzar una rápida mirada en la dirección indicada por el filibustero, sin ver nada.

—¡Tengo buenos ojos!

—Sígueme a la cofa. Desde allí veremos mejor.

Subieron por las jarcias de babor de la mesana, y llegados a la encapilladura distinguieron dos puntos luminosos que se destacaban claramente en el horizonte.

—Sí; es una nave —dijo Morgan—. Debe de estar a cinco o seis millas de nosotros, y se presenta de proa.

—¿No os parece que esas luces están inmóviles? —preguntó Carmaux, que observaba con atención.

—Acaso te equivoques —repuso el capitán—. Pero no me parece que esa nave marcha muy de prisa, aun con viento de favor.

—¿Será una de las nuestras?

—¿Viniendo del norte, o sea de Cuba o de Santo Domingo? ¡Hum! No puede ser más que una española que va a Venezuela, o a la Guaira, o a Cumana.

—¡Si pudiésemos abordarla y dejar este cascajo, ya inservible! Estoy seguro de que nuestros hombres no vacilarían, tratándose de su pellejo.

Morgan había mirado a Carmaux, preocupado con aquella audaz idea.

—¿Y por qué no? —dijo luego, como hablando consigo mismo—. Abordarla en silencio, invadir bruscamente el puente, atacar con los sables a la tripulación, ya que casi no nos falta pólvora... ¿Acaso no hizo otro tanto Brazo de Hierro cuando su nave estaba a punto de naufragar?

Bajó a cubierta y llamó a su alrededor a los marineros. Ya tenía tomado su partido.

—Allí hay una nave, que supongo será española, y que va a cruzarse en nuestro camino. ¿Preferís esperar aquí la muerte, que de fijo no tardará mucho, o intentar la suerte? Aún somos sesenta, y con tal número otros filibusteros han realizado maravillosos prodigios. Si queréis, trataré de llevaros a la victoria. El que se niegue, que salga de la fila.

Ninguno se movió; antes bien, todos desenvainaron su sable, como si la nave estuviera ya a pocos pasos.

—¿Queréis todos? —preguntó Morgan.

—¡Sí, todos! —contestaron a una los corsarios.

—¡Que nadie encienda luz, que nadie grite, y yo respondo del triunfo! —dijo Morgan—. La nave está a cinco o seis millas: tratemos de alcanzarla, y el que tenga un poco de pólvora, que la reserve para los últimos momentos.

—¡Trabajaremos con nuestros sables y con las hachas! —dijo Pedro el Picardo—. ¡En un abordaje valen más que los arcabuces!

—¡Manos a la obra, pues! —dijo Morgan—. ¡Tratemos de sorprender a esa nave!

La empresa no era fácil, y podía terminar en una completa catástrofe; pero los filibusteros no eran capaces de vacilar en sus determinaciones, y aquella tenacidad constituía su fuerza.

No pudiendo servirse del palo de mesana, pensaron ante todo en afianzarle para izar la latina de popa, lo cual hicieron rápidamente, pues no faltaban a bordo obenques ni jarcias de recambio.

Izaron también un trabe a proa en lugar del trinquete para poner al viento una gavia.

El timón, mal o bien, funcionaba, y podía bastar para dirigir la nave un breve espacio.

Una vez calmado el mar, los cañones habían sido detenidos y enfrenados. Podían, pues, acercarse, favorecidos por las tinieblas, sin ser denunciados por ningún rumor.

A las once de la noche la fragata estaba bajo velas y se dirigía lentamente hacia los dos puntos luminosos, perfectamente visibles.

Pero parecía que en el tiempo empleado por los corsarios en sus preparativos la española no había ganado mucho terreno. ¿Estaba gravemente quebrantada por el huracán, que debía de haber batido todo el mar Caribe y acaso el golfo de México, o le faltaba el viento? Sin embargo, la brisa no había cesado; al menos donde se encontraba la fragata.

Aquella semiinmovilidad había preocupado no poco a los corsarios, aunque, por otra parte, les complacía poder llegar a ella antes que huyese.

—¿Qué piensas, compadre? —preguntó Van Stiller a su compañero, viéndole rascarse furiosamente la cabeza.

—¡Por los cuernos del diablo! —exclamó el francés—. ¡Pienso que ese barco debe de tener las patas rotas, y por eso no anda! ¡A estas horas debía estar ya aquí!

—¿Habrá perdido el timón? Veo varias luces brillar en el puente.

—También yo las he observado; y tú, compadre, quizás tengas razón. Esas luces delatan a los carpinteros, ocupados tal vez en alguna reparación urgente. ¡Con tal que lleguemos antes de que acaben!

—Estamos a tres o cuatro millas, y Morgan dirige nuestro barco con intento de cortar el camino a la española. Estoy seguro de que se le echará encima por proa.

—¡Y hará bien! —repuso Carmaux—. Subiremos por las trincas y delfinera del

bauprés, y estaremos en el puente antes de que los españoles se repongan de la sorpresa de la acometida.

—¿Y la hija del Corsario Negro?

—Nosotros la protegeremos y salvaremos en caso de que la fragata se hunda. Ya me lo encargó Morgan.

Entretanto el barco continuaba su lento avance casi sin ruido. Como estaba medio lleno de agua, su altura era pequeña, y Morgan había hecho teñir de negro la vela de gavia para ocultar la latitud de popa.

Los corsarios habían hecho sus preparativos de combate y ocupaban los puestos designados por Pedro el

Picardo.

El núcleo mayor había sido colocado en el centro de la nave, armado con sables y pistolas.

Dos docenas de hombres, en dos grupos, habían ocupado el puente y el castillo de proa, provistos de arcabuces, para proteger a sus compañeros en caso de que la sorpresa no pudiera realizarse. Eran casi todos bucaneros, hombres que nunca fallaban un tiro; cada arcabuzazo representaba un muerto o un herido.

A medianoche estaban a pocas brazas de la nave, y ninguno de los hombres de guardia parecía haberse enterado del peligro.

Era un gran? velero de dos palos, con multitud de troneras; probablemente alguna nave mercante armada en guerra, y acaso tripulada por numeroso personal.

Carmaux no se había engañado al afirmar que le parecía inmóvil. En efecto: casi todas sus velas estaban cargadas, y no avanzaba más que por la fuerza del viento.

Hacia popa, además de los dos grandes fanales, se agitaban varias luces y resonaban sordos golpes, como si la tripulación estuviese muy atareada en alguna urgente reparación.

—Creo que están cambiando el timón —dijo Morgan a Pedro el picardo—. No veo a nadie en el castillo.

—Están seguros de no tener malos encuentros.

—Advierte a los hombres que estén dispuestos. Voy a lanzar a la fragata contra la proa del velero.

—Iré a su frente —dijo el filibustero; y bajó a la toldilla sable en mano.

—¡Carmaux!

—¡Señor! —repuso el francés, que en aquel momento subía con Van Stiller a tomar las últimas órdenes.

—¡Al cuadro, mi viejo, junto a la joven! Si la fragata se fuese a pique, lanzaos al mar con ella y cuidad de no dejaros arrastrar por el remolino.

Acaso por vez primera en su vida el fiero filibustero parecía profundamente emocionado.

—¿Me has oído, Carmaux? —dijo tras breve pausa—. ¡Perderlo todo, sí; pero a

esa joven, nunca!

—Contad con nosotros, señor Morgan —dijo Carmaux—. Pase lo que pase, la señorita de Ventimiglia será salvada. ¡Ven, compadre Van Stiller, y tráete los salvavidas!

Apenas habían desaparecido cuando se oyó una voz que desde el castillo del velero gritaba:

—¡Una verga! ¿Qué es lo que avanza? ¡Ohé del...!

La voz fue ahogada por un siniestro crujido y un choque no muy fuerte.

Con un golpe de barra, Morgan había lanzado su barco sobre la proa del velero, del cual estaba ya a pocos pasos.

En el mismo instante se oyó la voz de Pedro el Picardo, que gritaba: —¡Sus! ¡Listos!

A la voz de Pedro el Picardo cuarenta hombres se lanzaron sin dar un grito hacia las trincas, izándose vertiginosamente sobre el palo.

En un momento estuvieron encima y se lanzaron al castillo de proa, silenciosamente, como una legión de fantasmas.

Tres o cuatro marineros del velero, apenas repuestos de la impresión del inesperado choque, y alarmados por los gritos de sus camaradas, subían entonces por la escala, mientras en la popa se cruzaban preguntas y respuestas y se veían sombras correr con fanales en la mano.

Pedro el Picardo, que había sido el primero en saltar al castillo, cayó como un tigre sobre el hombre de guardia, y de un sablazo le tiró al suelo moribundo antes de darle tiempo para lanzar un segundo grito.

Los otros, que vieron aquella irrupción y no acertaron a explicarse de dónde habían salido aquellos hombres, trataron de darse a la fuga. Su espanto era tal, que fueron a dar contra el trinquete y cayeron unos encima de otros.

Los filibusteros, que ya habían saltado sobre cubierta, cayeron sobre ellos y los amarraron y amordazaron.

Viendo Morgan que a pesar del choque la fragata seguía flotando, habíase reunido con el núcleo mayor y había tomado el castillo.

El ataque fue tan silencioso y tan rápido que cuando aparecieron los españoles que trabajaban a popa, casi todos estaban ya en el velero.

Viéndolos avanzar con las antorchas en la mano, Morgan hizo adelantarse a sus arcabuceros, gritando a los marineros españoles, que se habían detenido llenos de espanto al ver tantos hombres armados:

—¡Rendíos, o hacemos fuego!

Los hombres de guardia no eran más que siete u ocho, y por toda arma llevaban martillos y hachas.

Viendo que apuntaban sobre ellos tantos arcabuces, y distinguiendo elcastillo lleno de gente, tiraron sus instrumentos, diciendo:

—¡No oponemos resistencia!

—¿Dónde está el capitán?

—¡Aquí estoy! —gritó una voz—. ¿Quién me llama? ¿Qué ocurre aquí?

Un hombre como de cuarenta años, que empuñaba una pistola, salió de la sombra a la luz de los dos fanales de popa.

Morgan se adelantó, gritando: —¡Rendíos! ¡Somos ya dueños de vuestra nave!

—¿Quiénes sois? —preguntó el pañol elevó rápidamente la pistola.

—¡Morgan el filibustero!

Al oír aquellas palabras, el español elevó rápidamente la pistola.

Pedro el Picardo, que le observaba, le dio en la mano un sablazo.

Cuatro o cinco hombres cayeron sobre el español, alzando sobre él los sables, prontos a darle muerte.

—¡Respetad a los valientes! —dijo Morgan—. Amarradle y llevadle a un camarote. ¡Veinte hombres a la cámara de proa, y que se aseguren de los que duermen! ¡A mí, Pedro el Picardo! ¡Al cuadro!

Se dirigió hacia popa seguido por una treintena de los suyos, y bajó al cuadro, aún iluminado.

Dos hombres estaban sentados ante una mesa jugando tranquilamente, ignorando todavía lo ocurrido sobre cubierta.

El uno debía de ser un personaje perteneciente a la alta nobleza española, a juzgar por la riqueza de su traje y la magnificencia de los encajes que adornaban sus mangas.

Era un hombre de treinta o treinta y dos años, de alta estatura, aunque muy delgado, con el cabello y la barba rubios, la nariz ligeramente curvada, ojos de halcón y barbilla aguda, indicio cierto de una energía poco común.

El otro debía de ser algún oficial del velero: era bastante más joven y de facciones menos finas.

Viendo entrar a Morgan seguido por varios hombres, el gentilhombrese puso en pie de un salto y llevó la diestra a la guarda de su espada.

—¿Qué queréis y de dónde venís? —preguntó frunciendo el ceño—. Y, sobre todo, ¿quién os ha dado permiso para interrumpir nuestra partida?

—El permiso nos lo hemos tomado nosotros —dijo Morgan saludando con su espada.

Y viendo que el desconocido intentaba desenvainar la suya:

—¡Dejadla en la vaina, señor mío! —añadió con algo de ironía—. ¡No ganaréis nada con resistir! ¡Somos sesenta, y ya sabéis, sin duda, lo que valen los filibusteros de las Tortugas!

—¿Habéis salido del mar o de los infiernos? —gritó—. ¡Raza infame a quien el diablo protege para desdicha nuestra!

—¡Basta! ¡Entregad la espada! —ordenó Morgan.

—¿Y si me negase?

—Os mataría en el acto.

El gentilhombre murmuró entre dientes algunas palabras y partió en dos su espada, que había desenvainado.

—¿Quién sois vos, que me obligáis a rendirme? —preguntó con ira.

—Morgan —repuso el corsario—; un hombre al que ya conocen los españoles de Puerto Príncipe, de Maracaibo y de Gibraltar.

Una palidez cadavérica se extendió por el rostro del español.

—¡Morgan! —dijo con voz insegura—. También yo conozco ese nombre. ¿A qué precio ponéis mi rescate, ya que es vuestra inextinguible sed de oro lo que os empuja a asaltar ciudades y naves españolas?

—De eso ya hablaremos más tarde, cuando sepamos quién sois.

—Trabajo inútil, porque yo aquí soy para todos un desconocido. Además, no acostumbro a regatear. Fijad el precio y la ciudad en que deseáis ser pagado.

—Amarrad a estos dos hombres y encerradlos en un camarote —dijo entonces Morgan—. Que se pongandos centinelas en la puerta. ¡Adiós, señores! —añadió con voz algo irónica—. ¡Más adelante volveremos a ocuparnos en lo que os atañe!

# CAPÍTULO XVI

## *EL GOBERNADOR DE MARACAIBO*

No habían transcurrido cinco minutos cuando toda la tripulación, compuesta de sesenta hombres, sorprendidos en gran parte en las hamacas de la cámara de proa, se encontraba prisionera en el entrepuente de la nave, vigilada por ocho corsarios armados de arcabuces.

Ninguno había osado oponer resistencia; tanto era el temor que inspiraban en aquella época los corsarios de las Tortugas, que gozaban fama de ser invencibles y de estirpe infernal; y aquella conquista sólo había costado la vida de un hombre, el marinero de guardia en el castillo, muerto por Pedro el Picardo.

El cambio de nave no había sido todo lo satisfactorio que los corsarios esperaban, aunque el velero estaba infinitamente en mejores condiciones que la fragata, ya medio anegada.

También la española había sufrido con el huracán y el torbellino, que la había sorprendido algunas horas después que a la fragata, y había perdido el timón, toda la amura de popa y los aparejos de cubierta. Además, la tripulación había afirmado a Morgan que hacía ocho horas que la nave hacía agua, a pesar de haber trabajado con las bombas todo el día para achicar la sentina, que se había inundado.

Fuera como fuese, los corsarios se consideraban más seguros en aquel barco que en la fragata, ya que la arboladura estaba casi intacta y había madera suficiente para construir un nuevo timón.

—Señorita —dijo Morgan a Yolanda, que había transbordado al velero con Carmaux y Van Stiller—, creí ser más afortunado; pero, no obstante, no desconfío de llevar este barco a las Tortugas. Tenemos entre nosotros hábiles carpinteros que no se verán apurados para cerrar las vías de agua y construir un nuevo timón, o, mejor, terminar el que los españoles habían comenzado.

—He tenido siempre plena confianza en vos, señor Morgan —repuso la joven—, y esta confianza no se verá fallida ahora.

—Van Stiller, conduce a la señorita al cuadro; y tú, Carmaux, prepárale el mejor camarote. Los prisioneros se contentarán con el entrepuente.

—¡Vamos, compadre! —dijo el francés al hamburgués—; prepararemos a la señorita de Ventimiglia un nido agradable.

Apenas habían salido del salón cuando Yolanda se detuvo, lanzando un grito de

sorpresa.

—¿Qué tenéis, señorita? —preguntó Carmaux.

—¡Yo he visto en mi castillo de Ventimiglia una miniatura igual a ésta! —exclamó, fijándose en un cuadrito colgado de la pared, que representaba la cabeza de un anciano de blanca barba y severo aspecto.

—¡Vientre de un delfín! —gritó Carmaux retrocediendo dos pasos—. ¡Él! ¡Diecisiete años no han hecho que le olvide!

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Van Stiller—. ¡Sí; es él! ¿Cómo está aquí?

—¿Habéis conocido a ese hombre? —preguntó Yolanda con cierta agitación.

—Le hemos conocido, señorita —repuso Carmaux con aire turbado y haciendo un rápido ademán a Van Stiller.

—¿Quién es?

—Un Gobernador español que dio mucho que hacer a los corsarios de las Tortugas.

¿Y cómo se encuentra en mi castillo de Ventimiglia una miniatura igual a ésta? —preguntó Yolanda—. ¿La llevaría mi padre de América?

—De fijo, señorita —repuso Carmaux—. Le había correspondido en el reparto del botín procedente del saqueo de Veracruz.

—¡Rara casualidad! ¡Encontrar aquí la misma pintura! ¡Sí; son sus ojos, las facciones de su rostro son las mismas, la misma dura expresión! ¡Desearía saber a quién pertenece!

—Probablemente al comandante de la nave. Trataremos de interrogarle. Id a descansar, señorita; es ya la una.

Abrió varios camarotes, y habiendo encontrado uno amueblado con cierta elegancia, le rogó que entrase y se acostara en el lecho que ocupaba su centro.

Cuando volvieron al saloncillo, dos exclamaciones se escaparon simultáneamente de sus labios:

—¡Su abuelo!

—¡El duque de Wan Guld!

—Compadre Van Stiller, es preciso saber cómo está aquí este cuadro. ¡Estoy seguro de que es él!

—Aún me parece tenerle delante la noche en que apareció en el puente de su nave con la antorcha en la mano y entre los dos barriles de pólvora —dijo el hamburgués—; y al mirarle, me parece oír aún el estruendo que siguió a la explosión. ¿Te acuerdas, Carmaux?

—¡Por Baco! ¡Cada vez que pienso en ello siento un escalofrío! Compadre, tratemos de saber de quién es esta miniatura. Soy tan curioso como la señorita Yolanda.

—Vamos a preguntárselo al capitán del velero.

—Será mejor interrogar a alguien de la tripulación; al piloto, por ejemplo.

—¡Vamos, Carmaux!

—Apuremos antes estos dos vasos, que milagrosamente han quedado en pie y olvidados por el capitán y sus oficiales. ¡Nos sentarán mejor que a ellos; te lo juro!

—¡Cáspita! ¡Qué jerez! ¡Ni en la taberna del Toro lo bebimos igual! ¡Cómo se tratan estos españoles!

Los dos compadres que siempre que se presentaba la ocasión refrescaban la garganta, vaciaron de un trago los dos vasos y pasaron al entrepuente, donde estaban alineados en dos filas y amarrados los prisioneros bajo la custodia de ocho corsarios. Carmaux se acercó a los camaradas, les dijo algunas palabras al oído, y se aproximó a un viejo marinero de barba blanca, que suponía fuese un piloto, y después de haberle desatado le llevó a un rincón, diciéndole:

—Te prometo tabaco, y hasta una botella, si me das un detalle que me interesa,

—Hablad —contestó el español. —¿Conoces el cuadro de la nave? —He bajado un centenar de veces.

—¿A quién pertenece un retrato que cuelga en una de las paredes? —¿Una cabeza de viejo?

—Sí —dijo Carmaux.

—Al viajero que hemos embarcado en la bahía de Macuira, a la salida del golfo Caribe.

—Enséñamele.

—Es el primero de la segunda fila; el que está junto al capitán. Un gran señor, según parece. De fijo, un gentilhombre.

Carmaux fijó los ojos en el hombre indicado, que era el mismo que rompió su espada cuando la orden de Morgan.

—No le conozco ni le he visto nunca —dijo Carmaux después de un atento examen —. Sin embargo, mírale tú, Van Stiller.

—El brillo de esos ojos no te es desconocido, ¿verdad, compadre? —preguntó el hamburgués—. Es el mismo del viejo Wan Guld.

—Puedes engañarte, compadre.

—No lo creo, Carmaux.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Carmaux al español.

—No lo sé, señor.

—¿Cuándo le embarcasteis?

—Hace ocho semanas.

—¿Iba solo?

—No; iban con él varios oficiales, pero quedaron en tierra.

—¿Habéis estado en el mar todo ese tiempo?

—No; hemos ido a Cuba, y ahora volvíamos de Venezuela.

—¿No sabes decirme de dónde venía ese hombre cuando le embarcasteis en Macuira?

—Lo ignoro; pero el capitán debía de esperarle, porque estuvimos una semana en

la bahía sin hacer carga. Os diré que es, sin duda, algún pez gordo, a juzgar por el modo de tratarle el comandante. Él era quien daba las órdenes a bordo.

—¡Tendrás el tabaco y la botella! —dijo Carmaux llevándole entre los prisioneros.

—¿Quién crees que puede ser? —preguntó Van Stiller cuando subieron a cubierta, donde los filibusteros trabajaban en las bombas para achicar la sentina y poder tapar la vía de agua.

Carmaux no contestó. Se rascaba furiosamente la cabeza, como si así quisiera obligar a su cerebro a echar fuera alguna buena idea.

De repente exclamó: —¡Estúpidos! ¡Tres veces estúpidos!

—¿Te vuelves loco, compadre? —preguntó atónito el hamburgués—. ¿Se te subió a la cresta el jerez del capitán?

—¡Sí; tres veces estúpidos! —repitió Carmaux—. ¡Debe de ser él!

—¿Quién es él?

—¡Busquemos a don Rafael, y si no habla, te doy mi palabra de que le tiro al mar!

Echó a correr por la toldilla buscando entre los grupos de marineros y de los prisioneros de la fragata sueltos a don Rafael, y, finalmente, le encontró sentado en un rollo de cables, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el suelo.

—¡No es el momento de soñar, don Rafael! —le dijo saludándole Carmaux.

—¿Aún no ha terminado mi pobre existencia? —preguntó el desgraciado dando un suspiro—. ¿Queréis, por fin, ahorcarme?

—Se trata de otra cosa. ¿Qué queréis que hagamos con vuestra piel? ¡Ni para tambores sirve! ¡Decidme: si yo os enseñase al Gobernador de Maracaibo, al conde de Medina, ¿le reconoceríais?

—Aún no he perdido del todo el sentido común —repuso el plantador.

—¿Sabéis que está aquí?

Don Rafael se puso en pie de un salto.

—¿Os chanceáis? —preguntó—. ¡Es imposible!

—Os digo que está aquí —replicó Carmaux.

—¿En esta nave?

—Sí; y estoy seguro de que viéndole le reconoceríais.

—¿Habéis soñado?

—¡Venid, pues, testarudo! —¡Vamos —dijo el plantador—; aún conservo la vista!

—¡Compadre —dijo Van Stiller— creo que te equivocas!

—Antes de hablar, espera —repuso el francés—. No opino como tú. Cualquiera que no fuese su hijo o su pariente cercano, no tendría ese retrato de Wan Guld. Estamos en el buen camino, te lo digo yo, y el capitán Morgan quedará bien sorprendido cuando sepa el valor de su presa.

Empujado por Carmaux y el hamburgués, el plantador bajó al entrepuente, en el cual aún estaban los prisioneros, iluminado por dos lámparas colgadas del techo.

—Mirad a aquél que está el primero de la segunda fila, don Rafael —dijo Carmaux—: miradle bien, y antes de decirme si le conocéis o no, pensadlo dos veces, u os rajo como un pellejo; ¡palabra de marinero!

Apenas el plantador clavó los ojos en el gentilhombre, cuando se le escapó un grito.

—¡Sois brujo! —exclamó.

—¿Es él?

—Sí.

—¿El conde de Medina?

—Y de Torres.

—¿El bastardo del duque?

—Cien veces le he visto y le he hablado.

—¡Lo sospechaba! —exclamó Carmaux—. ¡He ahí una presa que nos compensa el poco valor de la nave abordada! ¡El capitán Morgan se pondrá muy contento!

...

Mientras Carmaux, encantado con su descubrimiento, se dirigía a informar al filibustero, un hombre a quien ninguno de los dos corsarios, y menos don Rafael, había visto, porque había permanecido oculto tras el tronco inferior del trinquete, se levantó lanzando una sorda imprecación.

Era el capitán Valera, que, sospechando algo, los había seguido en silencio, colocándose de modo que no perdió una sílaba de su conversación.

—¡Ese canalla de plantador le ha hecho traición! —murmuró—. ¡No me había engañado al suponer que fue él quien los llevó al monasterio! ¡He hecho bien en vigilarle! ¡A su tiempo pagará como merece!

Se dirigió hacia los corsarios de guardia, preguntándoles:

—¿Me permitís saludar a un compatriota mío?

—No tenemos orden de impedirlo —repuso uno de los filibusteros—. Saludadle.

—¡Gracias! —repuso el capitán—. He encontrado aquí a un antiguo amigo.

Pasó a la segunda fila de prisioneros, y se acercó al Gobernador de Maracaibo, que estaba sentado en una caja y entregado a sus reflexiones.

—Siento mucho encontraros aquí, señor conde —le dijo, sentándose a su lado—; pero no menos sorprendido quedaréis vos al verme.

El Gobernador se volvió rápidamente, haciendo un gesto de estupor.

—¡Vos, capitán! —exclamó—. ¿Es imposible?

—En carne y hueso, señor conde —dijo Valera—. No he sido más afortunado que vos, ya que la fragata a cuyo bordo iba fue capturada por ese Morgan, a quien Dios confunda.

—¿Qué fragata? —preguntó el Conde.

—¿Ignoráis, pues, que tres de los seis barcos que deberían destruir a los corsarios fueron aniquiladas por ellos?

—¿Y los nuestros se dejaron matar? —exclamó con ira el Conde—. ¿Son, pues, invencibles estos filibusteros?

—Tales los creo, señor Conde. —¿Es cierto que han saqueado a Gibraltar?

—Sí.

—¿La hija del Corsario Negro sigue en seguridad?

—No, señor, Conde; está en poder de Morgan.

El Gobernador se sobresaltó e hizo un gesto de furor.

—¡En poder de los filibusteros! —murmuró—. ¿Qué es lo que decís?

—Que está aquí, a bordo de esta nave.

—¿Quién me ha hecho traición?

—Yo no, señor Conde. —¡Contádmelo todo, todo! —dijo éste rabiosamente.

El capitán no se lo hizo repetir dos veces, y le contó brevemente cuanto había ocurrido después de la toma de Maracaibo.

El Conde de Medina le escuchó sin interrumpirle, pero con furor reconcentrado.

—¡Malditos! ¡Malditos! —murmuró cuando el capitán hubo terminado—. ¿Quién me ha reconocido?

—Ese plantador, don Rafael Caldara, a quien he visto con los filibusteros Carmaux y Van Stiller.

—Esos nombres me son conocidos.

—Eran los más adictos y los que acompañaban siempre al Corsario Negro.

—Sí; mi padre me habló de ellos. ¡Espero que ese traidor no vivirá mucho tiempo!

—Yo me encargo de que desaparezca —repuso el capitán—; tanto más cuanto que sospecho que fue él quien guió a los dos filibusteros al convento.

—¿Qué hacer ahora? Morgan no aceptará rescate alguno por mí, y me tendrá prisionero si conoce mis proyectos sobre la hija del Corsario Negro.

—Sobre vuestra sobrina, señor Conde —rectificó el capitán.

El Gobernador le lanzó una feroz mirada.

—No —dijo—; mis proyectos sobre la hija del hombre que fue fatal a mi padre y que al casarse con la Duquesa me arrebató una inmensa fortuna. Pero la lucha apenas ha comenzado, y ya que Morgan se ha erigido en protector de la señorita de Ventimiglia, encontrará en mí un implacable adversario.

—Pero sería preciso estar libres, señor.

—¿Puedo contar contigo? —Siempre, señor. He de seros fiel hasta la muerte.

—Te haré rico.

—Ya habéis sido demasiado generoso conmigo.

—Lo seré aún más con tal que me obedezcas ciegamente.

—¿Qué debo hacer?

—Impedir que esta nave nos lleve a las Tortugas.

—No será fácil la empresa. Una sonrisa contrajo los labios del Conde.

—¿Qué es preciso para echar a pique una nave? Una vía de agua abierta a tiempo, un barril de pólvora que accidentalmente estalle y la destroce en parte, unos cañones que rompan los frenos...

—Ya he hecho eso para destrozar la fragata, y sería peligroso repetirlo —dijo el capitán en voz baja—. Pondré en ejecución una idea.

—¿Tienes algún amigo en quien poder confiar?

—Dos soldados de la guarnición de Maracaibo que me son adictos.

—Promételes cuanto quieras en mi nombre.

Una voz que resonó en el entrepuente, y que hizo estremecerse al capitán, le interrumpió.

Era Carmaux, que gritaba: —¡Llevad al cuadro al gentilhombre! ¡Le esperan!

—¡Es Morgan quien os llama —dijo el capitán—. Negadlo todo y sed astuto.

—¡Seré un adversario digno de él! —dijo el Conde levantándose—. ¡Ya veremos quién me prueba que soy realmente el Gobernador de Maracaibo!

# CAPÍTULO XVII

## *DOS RIVALES FORMIDABLES*

Cuando el conde de Medina entró en el cuadro encontró a Morgan apoyado en la mesa que ocupaba el centro del saloncillo, y en la cual todavía estaban los vasos apurados por Stiller y Carmaux. Viéndole entrar, el filibustero adelantó dos sillas y dijo secamente:

—Sentaos, señor Conde; hemos de hablar de cosas importantes.

—¿Conde? —exclamó el Gobernador de Maracaibo fingiendo viva sorpresa—. He ahí un título que me gustaría tener; pero por ahora no lo poseo. Os habéis equivocado al llamarme así, capitán Morgan.

—¿Lo creéis? —preguntó el filibustero con acento burlón.

—Yo soy don Diego Miranda, y nunca tuve título nobiliario alguno.

—¿Sois acaso plantador?

—Fabricante de chocolate en Santo Domingo.

—¿Es posible que yo me haya equivocado, o mejor dicho, que se hayan equivocado los que habían conocido en funciones al Gobernador de Maracaibo? —dijo Morgan, siempre burlón—. Señor Conde de Medina, vale más que juguemos a cartas vistas.

—¡Conde de Medina! —exclamó el hijo del Duque—. ¿Es esto una broma para aumentar el precio del rescate? Si se trata de piastras, hablad: soy bastante rico para pagar, y desde ahora os ruego que fijéis la suma necesaria para comprar mi libertad.

Morgan se reía, pero con una risa seca que hizo estremecerse al Conde.

—¡Un rescate! —dijo—. No os he hecho llamar para atraparos algunos miles de piastras. He recogido bastantes en Puerto Príncipe, Puerto Bello, Maracaibo y Gibraltar para necesitar más por ahora. No tengo tierras ni castillos, como aquel gran gentilhombre que se llamó el Corsario Negro, pero soy suficientemente rico hoy día. Y, además, ¿qué me importa el oro? Señor Conde, hijo del Duque de Wan Guld, aunque de otra mujer, tirad la máscara.

—¿Cuál? —preguntó el Conde con voz sardónica.

—Ésa con que tratáis de ocultar vuestro verdadero nombre. —¿Luego yo soy...?

—El Conde de Medina y de Torres, Gobernador de Maracaibo.

—¡Buen puesto y buen título! Pero los que tal os han dicho os engañaron de lo lindo...

Morgan, que comenzaba a impacientarse, alargó la mano a la miniatura colgada en la pared, y que representaba al duque de Wan Guld, diciendo:

—Pues bien, señor Conde; negad ahora, si osáis, que ese hombre es vuestro padre. Le conocí demasiado bien cuando luchaba contra el Corsario Negro, a quien en Flandes mató a un hermano y ahorcó a traición en América otros dos, el Corsario Verde y el Rojo. ¡Negadlo!

El Conde guardó silencio.

—¡Negadlo, pues! —repitió Morgan—. Esa miniatura os pertenece.

—¿Quién os lo ha dicho? —preguntó el Conde—. ¿Quién ha sido el miserable que me ha hecho traición? ¡Maldito sea! ¡Pues bien, sí; yo soy el Conde de Medina y de Torres, hijo del Duque de Wan Guld y de la Marquesa de Miranda, y Gobernador de Maracaibo! ¿Qué queréis ahora de mí?

—Saber una sola cosa —dijo Morgan.

—¿Cuál?

—¿Por qué habéis enviado naves para que se apoderasen de la hija del Corsario, de la señorita Yolanda de Ventimiglia?

—Queréis saber demasiado, capitán Morgan. Son asuntos que a mí sólo interesan y no a los filibusteros de las Tortugas.

—Habéis olvidado que el Corsario Negro fue uno de los más grandes capitanes de la filibustería, y que, como tal, su hija tiene derecho a nuestra protección.

—¡La protección de los ladrones del mar, de hombres fuera de la ley! —dijo el Conde con irónica sonrisa—. ¡Buenos gentileshombres, a fe mía!

Un relámpago de ira cruzó los ojos de Morgan. Su diestra se dirigió hacia la guarda de su espada, y medio sacó al acero de la vaina.

—¡Matadme, o mejor, asesinadme! —dijo el Conde señalándose el pecho—. ¡Aquí late mi corazón!

Aquella calma y aquellas palabras fueron como una ducha helada para Morgan.

—Morgan se bate, pero no asesina —dijo envainando la espada—. ¡Tenéis la lengua muy larga, señor Conde!

—¡Más larga es mi espada! —contestó audazmente el caballero.

—¡Ya lo veremos si algún día nos encontramos frente a frente!

—Desde ahora acepto el desafío.

—¿Queréis contestar a mi pregunta?

—Os he dicho que son asuntos de familia.

—¿Odiáis a la señorita de Ventimiglia?

—Es posible que odie a la hija del que causó la muerte de mi padre, el duque Wan Guld.

—El Corsario Negro no le mató: fue vuestro padre quien puso fuego a los polvorines cuando El Rayo abordó su fragata. Estuve presente. Además, el Corsario tenía motivos para odiar a vuestro padre, que había asesinado a sus tres hermanos.

—Pero no para abandonar en las ondas del mar Caribe, con la tormenta desencadenada, a la hija legítima de mi padre, Honorata Wan Guld.

—El Corsario Negro había jurado el exterminio de cuantos llevasen ese nombre nefasto, y lo había jurado sobre el cuerpo de sus hermanos, el Corsario Rojo y el Verde. Además, Honorata, librada milagrosamente de la tempestad, no sólo le perdonó, sino que fue su esposa.

_Pues bien, también yo he jurado: he recogido la herencia de mi padre.

—Por las venas de la señorita de Ventimiglia corre vuestra sangre.

—Mi madre no fue la de Honorata; yo no soy un Wan Guld: soy un bastardo —dijo el Conde.

Se pasó una mano por la frente, como para alejar un triste recuerdo, y casi con impaciencia, dijo:

—En fin, ¿qué queréis hacer de mí?

—Prometedme renunciar a vuestros designios, que no pueden ser buenos, sobre la señorita de Ventimiglia, y salir para siempre de las colonias españolas de América, y os dejo en libertad.

—¡No penséis nunca arrancarme tal promesa! —dijo enérgicamente el Conde.

—Entonces, os llevaré a las Tortugas, y allí estaréis prisionero hasta que cambiéis de idea.

—Hacedlo.

—¿Con qué contáis? —preguntó Morgan irritado.

—Con el tiempo.

—Os advierto que hasta nuestra llegada estaréis encerrado en un camarote con centinelas de vista, ya que es mi deseo que la señorita de Ventimiglia no sepa que estáis a bordo.

—¡Ah! ¿Está aquí? —exclamó el Conde fingiendo sorpresa.

—¿No lo sabíais?

—Nadie me lo dijo.

—¡No os forjéis ilusiones!

—¿Qué queréis decir, señor Morgan?

—Que renunciéis a toda esperanza de poder hacer algo en contra de ella.

El Conde se encogió de hombros sin contestar.

Pero apenas Morgan volvió la espalda para llamar a los hombres que esperaban fuera al prisionero, una siniestra sonrisa apareció en sus labios.

—Señor Conde —dijo Morgan dejando paso a los dos filibusteros—, seguid a estos hombres.

—¡Está bien! —repuso el Gobernador. Y salió con la frente alta, sin mostrar la menor impresión y sin saludar a su enemigo.

—¡He ahí un hombre capaz de todo! —murmuró Morgan una vez solo—. ¡Lo mejor es darse prisa en llegar a las Tortugas! No dormiré tranquilo en el mar con tal

hombre a bordo. ¡Carmaux!

El francés, que acaso esperaba ser llamado, y que fumaba sentado en la escala con su inseparable Van Stiller, se presentó inmediatamente.

—Ha habido borrasca; ¿verdad, señor Morgan?

—Lo adivinaste, viejo mío —repuso el filibustero—. Ese hombre es terco como ninguno.

—Lo comprendí en seguida.

—Al hamburgués y a ti os confío la vigilancia del Conde. No es necesario, que te diga que es un hombre peligroso.

—Es el hijo de Wan Guld —dijo Carmaux—. Mi compadre y yo velaremos por turno ante su cama.

—Y a la señorita de Ventimiglia, ni una palabra relativa a la presencia del Conde. Acaso perdería la tranquilidad sabiendo que está a bordo.

—No somos más que cuatro los que lo sabemos, y si don Rafael habla, le tiro al mar.

—Es mejor que se lo adviertas. —Eso haré en seguida.

—¿Trabajan los carpinteros?

—Están todos en la cala, y parece que la vía es mayor de lo que suponían los españoles. No podremos andar hasta mañana por la tarde.

—Yo iré a animarlos. ¡Anda, Carmaux, y ojo avizor!

El francés se reunió con Van Stiller, que seguía en su sitio.

—¡Punto en boca, compadre, respecto a cuanto ha pasado! ¡Es la consigna!

—¡No hablaré!

—¿Has visto a don Rafael?

—Me parece haberle visto hace poco en el castillo de proa.

—¡Vamos a buscarle!

Atravesaron la toldilla, en la cual una parte de la tripulación, ayudada por algunos prisioneros, manejaban las bombas para achicar la sentina, y llegaron al castillo sin lograr verle.

—¿Dónde se habrá metido? —preguntó Carmaux—. ¿Se habrá dormido en algún rincón?

Recorrieron nuevamente la embarcación, mirando bajo las velas tendidas sobre cubierta y entre los rollos de cuerda; bajaron a las baterías, donde interrogaron a sus camaradas; recorrieron hasta la cámara de la tripulación y las despensas, sin encontrarle.

—¡Esta desaparición es misteriosa! dijo el hamburgués—. ¿Habrá huido temiendo alguna venganza del Gobernador?

—¿Adónde? —preguntó Carmaux—. Lo más probable es que se haya ahogado. ¡Deseaba tanto la muerte!

—Es posible que haya tomado tan desesperada resolución. ¡Busquémosle,

compadre!

Algunos amigos, informaron de la desaparición del plantador, se unieron a ellos y visitaron la nave de arriba abajo, acabando por convencerse de que el pobre hombre no estaba a bordo.

Uno de los prisioneros de la fragata les dijo que, estando poco antes en el puente, le pareció haber oído un chapoteo, como si un cuerpo o algún aparejo hubiese caído al mar.

—¡Se ha ahogado! —dijo el hamburgués—. ¡Lo siento de veras, porque era un buen hombre!

—O le han ahogado —dijo Carmaux.

—¿Quién? —preguntó el hamburgués, profundamente asombrado de aquellas palabras.

—Alguien que sospechase de él.

—¿El capitán Valera?

—¡Quién sabe!

—Hubiera gritado o hubiera resistido.

—Pueden antes haberle apuñalado a traición o amordazado.

—Pero yo he visto hace poco al capitán en el entrepuente hablando tranquilamente con el capitán del velero.

—¡Compadre, paz para los muertos! —dijo Carmaux—. Ya no nos servía para nada, aunque lamento que haya tenido tan mal fin ese pobre diablo. ¡A la guardia, hamburgués! ¡El Gobernador nos ha sido confiado y debemos abrir los ojos! ¡Es el más peligroso de todos!

# FIN DE YOLANDA

[1] Este hecho, rigurosamente verdadero y citado por todos los historiadores del filibusterismo, demuestra su crueldad, En el citado caso los monjes fueron los primeros en excitar a los soldados españoles a cumplir con su deber disparando sobre ellos.

[2] Se llamaban así las autorizaciones dadas por una nación a los corsarios para que éstos perjudicaran en lo posible a la nación o naciones enemigas.

[3] Otro filibustero famoso, ex marinero de Pedro el Olonés.

[4] Se llamaban así las colocadas en la cubierta para poder disparar persiguiendo al enemigo.

[5] Téngase presente que el autor se refiere a una ciudad distinta de la Gibraltar actual, en el Sur de España.

[6] Es una variedad del llamado fuego de San Telmo, que tiene por causa la saturación de electricidad atmosférica, siendo poco frecuente en la forma aquí descrita por el autor.